

REPÚBLICA DE FILIPINAS
OFICINA DEL PRESIDENTE
COMISIÓN NACIONAL DEL CENTENARIO DE JOSÉ RIZAL

OFICIALES Y FUNCIONARIOS

CARLOS P. GARCÍA

Presidente
República de Filipinas

CHAIRMAN

JOSÉ E. ROMERO
Secretario de Educación

VICE CHAIRMEN

DOMINADOR B. AYTONA y SANTIAGO F. DE LA CRUZ
Secretario de Hacienda *Comendador Supremo*
Orden de los Caballeros de Rizal

MIEMBROS

DECOROSO ROSALES <i>Chairman, Comité de Educación</i> <i>Senado de Filipinas</i>	MANUEL S. ENVERGA <i>Chairman, Comité de Educación</i> <i>Cámara de Representantes</i>
VICENTE G. SINCO <i>Presidente de la Universidad de</i> <i>Filipinas</i>	GERÓNIMA T. PECSON <i>Chairman, Comisión Nacional de la</i> <i>UNESCO</i>
ERNESTO R. RODRIGUEZ, JR. <i>Director, Interino del Buró de</i> <i>Bibliotecas Públicas</i>	BENIGNO ALDANA <i>Director, Buró de Escuelas Públicas</i>
JESÚS F. PERPIÑÁN <i>Director, Buró de Escuelas Privadas</i>	LUÍS MONTILLA <i>Chairman, Comité Histórico de Filipinas</i>
EUFRONIO M. ALIP <i>Presidente, Sociedad Nacional Histórica</i> <i>de Filipinas</i>	JOSÉ P. BANTUG <i>Agregado Cultural a la Embajada de la</i> <i>República de Filipinas en España</i> <i>(1953-1955)</i>
LEONCIO LÓPEZ RIZAL <i>Miembro, Fundador Consejo Nacional</i> <i>de Investigación Científica</i>	VICENTE OROSA <i>Ex-Secretario de Obras Públicas y</i> <i>Comunicaciones</i>
	EDUARDO QUISUMBING <i>Director, Museo Nacional</i>

LUÍS MONTILLA
Director Ejecutivo

VEDASTO G. SUÁREZ
Sub-Director y Secretario

COMITÉ DE PUBLICACIONES

LEONCIO LÓPEZ RIZAL, *Miembro*
LUÍS MONTILLA, *Miembro*
JOSÉ P. BANTUG, *Miembro*
VICENTE DEL CARMEN, *Secretario*

Publicaciones de la
COMISIÓN NACIONAL DEL CENTENARIO DE JOSÉ RIZAL

ESCRITOS DE JOSÉ RIZAL

Tomo III

OBRAS LITERARIAS

Libro Primero

POESÍAS

Por

JOSÉ RIZAL



EDICIÓN DEL CENTENARIO

MANILA

COMISIÓN NACIONAL DEL CENTENARIO DE JOSÉ RIZAL
1961

PREFACIO

OBRAS LITERARIAS (*Poesía y Prosa*)

Una de las manifestaciones de la extraordinaria capacidad intelectual de Rizal se ha dado a conocer por sus múltiples producciones literarias. De entre las muchas disciplinas humanas a que se ha dedicado, sabemos todos que, en las letras fué donde ha mostrado mas inclinación, sobre todo a la poesía; "¿Qué vale, me decía yo, (Rizal), la miseria que dicen es la eterna compañera de las musas? ¿Hay algo más dulce que la poesía y más triste que el prosaico positivismo de los corazones metalizados? Así era Rizal, que desde los ocho años de edad, había ya escrito una poesía en tagalo y así fue hasta las puertas de su muerte en que produjo su inmortal "Último Pensamiento."

Estamos con Retana y quizás con otros más en que Rizal no se compara con el mejor novelista, ni con el mejor poeta, ni con el mejor historiador, pintor, escultor, oftalmólogo etc., nó; nadie cree que así lo haya sido, ni Rizal, creemos, haya alguna vez tenido tal pretensión, pues él tenía otro propósito en la vida; pero conocido el carácter de Rizal, no nos atreveremos a dudar de que hubiera sido uno de los mejores si se hubiese empeñado en serlo, en cualquiera de estos ramos del saber humano.

En este Tomo III de la serie, consistente en dos partes, publicamos todas sus obras en verso, así como las otras en prosa de carácter puramente literario, dejando para otro tomo las de carácter político, histórico y religioso. No obstante que las consideramos puramente literarias, se notará, sin embargo, que muchas de ellas, como en los otros escritos de él, un reflejo de la idea que le ha obsesionado siempre, la patria, ya escuetamente expresa, ya simbólicamente. Todas ellas han sido debidamente autenticadas como obras de Rizal. En este respecto, queremos llamar

la atención del lector que se han descartado de esta publicación las obras también suyas que no han sido halladas así como otras que habiendo sido incluidas como de Rizal en varias bibliografías encontramos que no son suyas.

De entre estas obras, sobre todo en prosa, hay bastantes incompletas. Estas son en sí obras sin concluir o bien fragmentos cuya continuación no se ha podido hallar.

TABLA DE MATERIAS

		Página
SA AKING MGA KABATA	1869	1
FELICITACIÓN	1875	3
AL NIÑO JESÚS	14 Noviembre 1875	5
EL EMBARQUE	5 Diciembre 1875	6
EL COMBATE: URBIZTONDO, TER- ROR DE JOLÓ	5 Diciembre 1875	8
Y ES ESPAÑOL: ELCANO EL PRI- MERO EN DAR LA VUELTA AL MUNDO	5 Diciembre 1875	10
ALIANZA ÍNTIMA ENTRE LA RELI- GIÓN Y LA EDUCACIÓN	1 Abril 1876	12
POR LA EDUCACIÓN RECIBE LUSTRE LA PATRIA	1 Abril 1876	14
SAN EUSTAQUIO, MÁRTIR	2 Junio 1876	16
UN RECUERDO A MI PUEBLO	1876	75
EL CAUTIVERIO Y EL TRIUNFO	3 Diciembre 1876	77
LA CONQUISTA DE GRANADA.....	3 Diciembre 1876	79
COLÓN Y JUAN II	1877	84
GRAN CONSUELO EN LA MAYOR DESDICHA	1877	85
EL HEROÍSMO	8 Diciembre 1877	90
A LA JUVENTUD FILIPINA	22 Noviembre 1879	92
ABD-EL-AZIS Y MAHOMA.....	8 Diciembre 1879	94
A FILIPINAS	Febrero 1880	97
A LA VIRGEN MARÍA	1880	98
JUNTO AL PASIG	8 Diciembre 1880	99
AL M.R.P. PABLO RAMÓN, S.J.	25 Enero 1881	114
¡ME PIDEN VERSOS!	1882	115
A C	22 Agosto 1883	117
FLORES DE HEIDELBERG	22 Abril 1886	118
CANTO DE MARÍA CLARA	1887	120
HIMNO AL TRABAJO	1887-1888	121
A MI	15 Diciembre 1890	125
EL AGUA Y EL FUEGO	1891	126
A DON RICARDO CARNICERO	26 Agosto 1892	127
MI RETIRO	Octubre 1895	130

		Página
HIMNO A TALISAY	13 Octubre 1895	134
CANTO DEL VIAJERO	1894-1895	136
SALUDO AL AÑO NUEVO	1895	137
A JOSEFINA	1895	137
ULTIMOS ADIÓS	1896	139
"FLOR ENTRE FLORES"	Sin Fecha	141
KUNDIMAN	Sin Fecha	142
CERVANTES EN ARGAMASILLA DE ALBA	Sin Fecha	144
A MI CRIADOR	Sin Fecha	152

APÉNDICES

APÉNDICE A

MI PRIMERA INSPIRACIÓN	155
ADIÓS A LEONOR	156
KUNDIMAN	156
A ORILLAS DEL PASIG	157
DUO DE LA AFRICANA	157

APÉNDICE B

NOTAS	160
-------------	-----

POESÍAS DE RIZAL

SA AKING MGA KABATA

Kapagka ang baya'y sadyang umiibig
sa kanyang salitang kaloob ñg lañgit,
sanlang kalayaan nasa ring masapit
katulad ng ibong na sa himpapawíd.

Pagka't ang salita'y isang kahatulan
sa bayan, sa nayo't mga kaharian,
at ang isang tao'y katulad, kabagay
ñg alin mang likha noong kalayaan.

Ang hindi magmahál sa kanyang salita
mahigit sa hayop at malansang isda,
kaya ang marapat pagyamaning kusa
na tulad sa inang tunay na nagpala.

Ang wikang tagalog tulad din sa latin,
sa ingles, kastila at salitang anghel,
sa pagka ang Poong maalam tumiñgin
ang siyang naggawad, nagbigay sa atin.

Ang salita nati'y huad din sa ibá
na may *alfabeto* at sariling *letra*,
na kaya nawala'y dinatnan ng sigwá
ang lunday sa lawa noong dákong una.

—Calamba, 1869

(Reproducida del *Kung sino ang kumatha ng Florante*, por Hermenigildo Cruz.)

A MIS COMPAÑEROS DE NIÑEZ

(VERSIÓN CASTELLANA POR EPIFANIO DE LOS SANTOS)

VERSO LIBRE

Cuando un pueblo ama de veras
la lengua que la fué voluntad del cielo,
también pujará por la libertad,
cual el ave en el firmamento.

Pues por su lengua son juzgados
los pueblos, regiones y reinos;
y cada ciudadano es como
los otros seres hijos de dicha libertad.

El que haga ascos a su propia lengua,
es peor que bestia y pez nauseabundo,
por eso débesela amar
cual a madre verdaderamente amante.

La lengua tagala es también como la latina,
la inglesa, la castellana: lengua de ángeles,
porque Dios que vela por todos,
es el que de ella nos hizo merced.

Nuestra lengua es también como las otras,
de "alfabeto y caracteres propios",
que naufragó por monzón desencadenada
sobre la barquilla en el lago, cuando
la noche de los tiempos.

—Calamba, 1869

FELICITACIÓN *

"Las hermanas de tu esposa
te felicitan en tus días"

I

Si Filomena con arpada lengua
Al rubio Apolo, que su faz asoma
Tras alta loma o encumbrado monte,
Trinos envía.

II

También nosotras de contento llenas
Te saludamos y a tu noble santo
En tierno canto y fraternales metros,
Caro Antonino.

III

De tus hermanas y demás parientes
Recibe amable el cariñoso acento
Que el suave aliento del amor los dicta
Plácido y tierno.

IV

De amable esposa y cariñoso Emilio
Dulce recibas la sin par ternura,
Y en dulzura en la desgracia ablande,
Rudos tormentos.

V

Cual el piloto, que luchó valiente
Con las borrascas en la noche oscura
Mira segura su querida nave,
Llegado al puerto.

* A su cuñado, Antonino López (1875).

VI

Así, dejando los mundanos lares,
Tus ojos miren en el alto cielo
Al que es consuelo de los hombres todos
Padre querido.

VII

Y de nosotras, que con tierno acento
Te saludamos por doquier festivas
Ruidosas vivas que del pecho salen,
Grato recibe.

AL NIÑO JESÚS

¿Cómo, Dios-niño, has venido
A la tierra en pobre cuna?
¿Ya te escarnece Fortuna,
Cuando apenas has nacido?
¡Ay, triste! Del Cielo Rey
Y llega cual vil humano!
¿No quieres ser soberano,
Sino Pastor de tu grey?

14 Noviembre 1875.

EL EMBARQUE

(Himno a la flota de Magallanes)

En bello día,
Cuando radiante
Febo en Levante
Feliz brilló,
En Barrameda
Con gran contento
El movimiento
Doquier reinó.

Es que en las playas
Las carabelas
Hinchán las velas
Y a partir van;
Y un mundo ignoto,
Nobles guerreros
Con sus aceros
Conquistarán.

Y todo es júbilo,
Todo alegría
Y bizarría
En la ciudad;
Doquier resuenan
Roncos rumores
De los tambores
Con majestad.

Mil y mil salvas
Hace a las naves
Con ecos graves
Ronco cañón;
Y a los soldados
El pueblo hispano
Saluda ufano
Con afección.

A nuestra España
Hijos amados,
Bravos soldados
Del patrio hogar;
Ceñid de glorias
A nuestra España
En la campaña
De ignoto mar.

Mientras se alejan
Al suave aliento
Del fresco viento
Con emoción;
Todos bendicen
Con voz piadosa
Tan gloriosa
Heroica acción.

Saluda el pueblo
Por vez postrera
A la bandera
De Magallán,
Que lleva el rumbo
Al Oceano
Do ruge insano
El huracán.

5 Diciembre 1875.

EL COMBATE:
URBIZTONDO, TERROR DE JOLÓ

Cien bajeles aguerridos
a merced del viento manso,
dejan la alegre Manila
surcando el mar agitado.
En breve plazo se avistan
con los moros joloanos,
que orgullosos se levantan
mil banderas ondeando.

Después que hubieron sus playas
fuertes atletas hollado
y asestado sus cañones
contra el muro del contrario,
con acento varonil
habló el General: "Soldados:
"de vuestro valor depende
"del triunfo el lauro lozano.

"Antes el morir anhelo
"que desistir del asalto;
"mirad que la Patria os fia
"sus nobles timbres, sagrados."

Dijo; y cual furioso Noto
cercado de hórridos rayos
en furiosa tempestad
siembra el luto y triste llanto.
Tal el invicto Urbiztondo,
seguido de sus soldados,
siembra por doquier la muerte
con el acero en la mano.

Y cual león que en las selvas
ruge, pavor engendrando,
a la vista de la presa
que devora con estrago.
Tal los insignes guerreros
con furia y con fiero espanto,
se acercan a las murallas
dando un temerario asalto.

Y el León de las Castillas
mueve su guedeja airado
y apresta su aguda garra
por sembrar doquier el llanto.

Ocho baluartes se rinden
de los moros joloanos
al fiero estruendo de Marte
y de Urbiztondo al estrago.

¡Ah! son ellos, noble España,
cual los héroes de Lepanto,
son ellos los que en Pavía
fueron de la guerra rayos.

Consume el fuego y devora
los castillos y palacios
y cuanto Joló posee,
de los nuestros al asalto.

Huye Mahumat aleve,
Sultán impío y tirano,
y los valientes guerreros
entran en Joló cantando.

5 de diciembre de 1875.

Y ES ESPAÑOL: ELCANO EL PRIMERO
EN DAR VUELTA AL MUNDO

¿Dó va ese frágil velero
que surca mares remotos,
y que navega altanero
buscando pueblos ignotos?

¿Quién es el que el vasto mundo
invicto cruza y valiente,
desde el Ocaso profundo
hasta el sonrosado Oriente?

Es un héroe de España,
nuevo Titán del Pirene,
que desafía con saña
al huracán si le detiene.

Es Elcano, que acomete
empresa que al mundo encanta;
llevarla a cabo promete,
y su grandor no le espanta.

Y cual águila caudal
que se remonta en el viento
con un vuelo sin igual
y con veloz movimiento,

y de ronca tempestad
desprecia el silbido horrendo,
y burla con majestad
de los rayos el estruendo;

y cual peñón fragoroso
no inmutan ni los furores
del Oceano impetuoso,
ni de huracán los rigores,

tal es el invicto Elcano,
al cruzar rugientes olas,
domándolas soberano
con sus naves españolas.

Él cruzó del vasto mundo
la redondez victorioso,
y con valor sin segundo
el Orbe midió anchuroso.

Mil lauros ciñan tu frente,
Atleta del pueblo hispano;
y con diadema fulgente
orla tus sienas ufano.

5 de diciembre de 1875.

ALIANZA ÍNTIMA ENTRE LA RELIGIÓN Y LA EDUCACIÓN

Cual hiedra trepadora
Tortuosa camina
Por el olmo empinado,
Siendo entrambos encanto al verde prado,
Y a la par se embellecen
Mientras unidos crecen;
Y si el olmo compasivo faltase,
La hiedra al carecer de su consuelo
Vería tristemente marchitarse;
Tal la Educación estrecha alianza
Con alma Religión une sincera:
Por ella Educación renombre alcanza;
Y ¡ay! del ser que ciego desechando
De santa Religión sabias doctrinas,
De su puro raudal huye nefando.

Si de la vid pomposa
El tallo ufano crece
Y sus dulces racimos nos ofrece,
En tanto que al sarmiento generosa
Alimenta la planta cariñosa:
Tal límpidas corrientes
De célica virtud dan nueva vida
A Educación cumplida,
Guiándola con sus luces refulgentes;
Por ella delicado olor exhala,
Y sus frutos sabrosos nos regala.
Sin Religión, la Educación humana
Es cual nave del viento combatida
Que pierde su timón en lucha horrible
Al fragoroso impulso y sacudida
Del proceloso Bóreas terrible
Que la combate fiero
Hasta hundirla altanero
En los abismos de la mar airada.

Si el rocío del cielo
Vigoriza y sustenta a la pradera,
Y por él, en hermosa primavera,
Salen las flores a bordar el suelo;
Tal si a la Educación fecundizara
Con sus doctrinas Religión piadosa,
Hacia el bien placentera caminara
Con planta generosa;
Y dando de virtud lozanas flores
Esparciera doquiera sus olores.

19 de abril de 1876.

POR LA EDUCACIÓN RECIBE LUSTRE LA PATRIA

La sabia educación, vital aliento
Infunde una virtud encantadora;
Ella eleva la Patria al alto asiento
De la gloria inmortal, deslumbradora,
Y cual de fresca brisa al soplo lento
Reverdece el matiz de flor odora:
Así la educación, con sabia mano,
Bienhechora engrandece al ser humano.*

Por ella sacrifica su existencia
El mortal y el plácido reposo;
Por ella nacer vense el arte y ciencia
Que ciñen al humano lauro hermoso;
Y cual del alto monte en la eminencia
Brotó el puro raudal de arroyo undoso;
Así la educación da sin medida
A la patria do mora paz segura.

Do sabia educación trono levanta
Lozana juventud robusta crece
Que subyuga el error con firme planta
Y con nobles ideas se engrandece:
Del vicio la cerviz ella quebranta;
Negro crimen ante ella palidece:
Ella domeña bárbaras naciones,
Y de salvajes hace campeones.

Y cual el manantial que alimentando
Las plantas, los arbustos de la vega,
Su plácido caudal va derramando,
Y con bondoso afán constante riega
Las riberas do vase deslizándose,
Y a la bella natura nada niega:
Tal al que sabia educación procura
Del honor se levanta hasta la altura.

* En Retana, *Vida y Escritos del Dr. José Rizal*, el final de la primera octava:
Tal la educación al ser humano,
Bienhechora engrandece con sabia mano.

De sus labios las aguas cristalinas
 De célica virtud sin cesar brotan,
 Y de su fe las pródidas doctrinas
 Del mal las fuerzas débiles agotan,
 Que se estrellan cual olas blanquecinas
 Que las playas inmóviles azotan:
 Y aprenden con su ejemplo los mortales
 A trepar por las sendas celestiales.

En el pecho de míseros humanos
 Ella enciende del bien la viva llama;
 Al fiero criminal ata las manos,
 Y el consuelo en los pechos fiel derrama,
 Que buscan sus benéficos arcanos,
 Y en el amor del bien su pecho inflama:
 Y es la educación, noble y cumplida,
 El bálsamo seguro de la vida.

Y cual peñón que elévase altanero
 En medio de las ondas borrascosas
 Al bramar del huracán y Noto fiero,
 Desprecia su furor y olas furiosas,
 Que fatigadas del horror primero
 Se retiran en calma temerosas;
 Tal es el que sabia educación dirige
 Las riendas de la patria invicto rige.

En zafiros entállense los hechos;
 Tribútele la patria mil honores;
 Pues de sus hijos en los nobles pechos
 Trasplantó la virtud lozanas flores;
 Y en el amor del bien siempre deshechos
 Verán los gobernantes y señores
 Al noble pueblo que con fiel ventura
 Cristiana educación siempre procura.

Y cual de rubio sol de la mañana
 Vierten oro los rayos esplendentes,
 Y cual la bella aurora de oro y grana
 Esparce sus colores refulgentes;
 Tal noble instrucción ofrece ufana
 De virtud el placer a los vivientes,
 Y ella a nuestra cara patria illustre
 Inmortal esplendor ofrece y lustre.

POR LA EDUCACIÓN RECIBE LUSTRE LA PATRIA

La sabia educación, vital aliento
Infunde una virtud encantadora;
Ella eleva la Patria al alto asiento
De la gloria inmortal, deslumbradora,
Y cual de fresca brisa al soplo lento
Reverdece el matiz de flor odora:
Así la educación, con sabia mano,
Bienhechora engrandece al ser humano.*

Por ella sacrifica su existencia
El mortal y el plácido reposo;
Por ella nacer vense el arte y ciencia
Que ciñen al humano lauro hermoso;
Y cual del alto monte en la eminencia
Brotó el puro raudal de arroyo undoso;
Así la educación da sin mesura
A la patria do mora paz segura.

Do sabia educación trono levanta
Lozana juventud robusta crece
Que subyuga el error con firme planta
Y con nobles ideas se engrandece:
Del vicio la cerviz ella quebranta;
Negro crimen ante ella palidece:
Ella domeña bárbaras naciones,
Y de salvajes hace campeones.

Y cual el manantial que alimentando
Las plantas, los arbustos de la vega,
Su plácido caudal va derramando,
Y con bondoso afán constante riega
Las riberas do vase deslizando,
Y a la bella natura nada niega:
Tal al que sabia educación procura
Del honor se levanta hasta la altura.

* En Retana, *Vida y Escritos del Dr. José Rizal*, el final de la primera octava:
Tal la educación al ser humano,
Bienhechora engrandece con sabia mano.

De sus labios las aguas cristalinas
 De célica virtud sin cesar brotan,
 Y de su fe las pródidas doctrinas
 Del mal las fuerzas débiles agotan,
 Que se estrellan cual olas blanquecinas
 Que las playas inmóviles azotan:
 Y aprenden con su ejemplo los mortales
 A trepar por las sendas celestiales.

En el pecho de míseros humanos
 Ella enciende del bien la viva llama;
 Al fiero criminal ata las manos,
 Y el consuelo en los pechos fiel derrama,
 Que buscan sus benéficos arcanos,
 Y en el amor del bien su pecho inflama:
 Y es la educación, noble y cumplida,
 El bálsamo seguro de la vida.

Y cual peñón que elévase altanero
 En medio de las ondas borrascosas
 Al bramar del huracán y Noto fiero,
 Desprecia su furor y olas furiosas,
 Que fatigadas del horror primero
 Se retiran en calma temerosas;
 Tal es el que sabia educación dirige
 Las riendas de la patria invicto rige.

En zafiros entállense los hechos;
 Tribútele la patria mil honores;
 Pues de sus hijos en los nobles pechos
 Trasplantó la virtud lozanas flores;
 Y en el amor del bien siempre deshechos
 Verán los gobernantes y señores
 Al noble pueblo que con fiel ventura
 Cristiana educación siempre procura.

Y cual de rubio sol de la mañana
 Vierten oro los rayos esplendentes,
 Y cual la bella aurora de oro y grana
 Esparce sus colores refulgentes;
 Tal noble instrucción ofrece ufana
 De virtud el placer a los vivientes,
 Y ella a nuestra cara patria ilustre
 Inmortal esplendor ofrece y lustre.

SAN EUSTAQUIO, MÁRTIR

Obra Escrita en Italiano

(año 1869)

Por el Padre ENRIQUE VALLE, S. J.

TRAGEDIA

PUESTA EN VERSO CASTELLANO

(Abril y Mayo de 1876)

Por

El Colegial del Ateneo de Manila

D. JOSÉ PROTASIO RIZAL

SAN EUSTAQUIO, MÁRTIR *

(*Tragedia*)

PERSONAJES

ADRIANO	Emperador.
EUSTAQUIO	General romano.
TITO	Hijo menor de Eustaquio.
FLAVIO	Hijo mayor de Eustaquio.
CLAUDIO	Amigo de Flavio.
CORNELIO	Favorito del emperador y rival de Eustaquio.
METELO	Amigo de Eustaquio.

AL LECTOR

QUERIDO LECTOR:

No fué la vanidad, la que me impulsó a poner en verso esta religiosa y útil tragedia, intitulada SAN EUSTAQUIO: fué mi único deseo el saber versificar, el probar si podría ser un hijo de las

* De *Poesías de Rizal*, editado por el Profesor Jaime C. de Veyra, Biblioteca Nacional Manila, 1946.

Musas, y ser útil a mis semejantes. En este drama a cada paso encontrarás, mi querido lector, una palabra impropia que criticar, un verso duro y mal forjado que componer, expresiones oscuras que iluminar, etc., etc., defectos propios de un novel e inexperto escritor. Además, ¿qué hacer? Mi limitado talento, mi escaso número y mi pequeño caudal en la lengua castellana (porque no nací en su seno) no me suministran abundantes raudales de poético hablar, ni ricas expresiones; porque, además de que no estoy dotado de una viva imaginación, carezco también de buen gusto y es corta mi edad (14 años cumplidos y cerca de 15).

Critica mi obra, piadoso e indulgente lector, pero no el plan. Es verdad que los versos son míos, las rimas mías, pero el plan no me pertenece. Si su autor, cuyo nombre ignoro, llegare, por desgracia, a saber que su tragedia se puso en versos rimados precisamente, e indignos por consiguiente del hermoso y oportunamente elegido plan, dignese perdonarme; porque puesta en parangón la hermosura con la fealdad, formarán un contraste en que resaltará más aquella al par que se confundirá esta.

No he puesto aquí pensamiento mío, ni invención mía, a excepción de la escena sexta del acto quinto, la cual si te agrada puedes conservarla, y si al contrario te disgusta, eres dueño de despreciarla. (*El P. Sánchez entregó al jovencito Rizal la traducción del original italiano en prosa castellana*).

Paciencia, lector, soy nada menos que un niño, y la obra de un niño, en general, niñada es, nada de bueno ofrece; además, no he visto más que una vez representar tragedia, y la única que recuerdo haber leído es la de Prometeo, escrita por Esquilo, Griego. Perdona mi osadía, si a los 14 años me atreví a escribir y a meterme en el esclarecido cuanto delicado teatro de poetas, oradores, historiadores y retóricos: y si no deponéis vuestra justa cólera, sabed que demasiado castigado estoy por mi ignorancia.

No la hice para presentarla al público y para que no me la censuren, no; al contrario, la escribí para guardarla por muchos años y para que me la corrijan todos los que a ello se atreven, pues me conformo con Horacio, que dice:

*“Si quid tamen olim
Scripseris, in Metii descendat iudicis aures,
Et patris, et nostras; nonumque prematur in annum,
Membranis intus positis. Delere licebit
Quod non edideris: nescit vox missa reverti.”*

DEDICATORIA DEL AUTOR

Salud, oh Criador del Cielo y de la tierra, vosotros mis queridos bienhechores, dulces amigos de mi perdida infancia, amigos de mi presente juventud, caros deudos: paz, bienestar y salud.

A vosotros dedico mi insignificante obra; recibidla como muestra de mi sincero y dócil amor; deplorad conmigo mi ignorancia, compadeceos de mi poca capacidad. Esta es mi primera obra concluída, pero quizás incompleta; yo la dedico a vosotros, pues no tengo otra cosa que daros, además de mi cariño y corazón. Espero no la desdénaréis: atended al deseo del que os la dedica, no a su valor. Y vos, mi amado profesor, P. Francisco de P. Sánchez, S. J., recibid mi más cumplido reconocimiento, por cierto, incapaz de recompensar vuestros afanes.

Y vos, Mártir del Calvario, mi dulce Redentor, aceptad la vida de un mártir, escrita por vuestro siervo, para más gloria vuestra.

JOSÉ RIZAL.

CALAMBA, 2 de junio de 1876.

El Teatro representa un Salón del Palacio de Adriano con aposentos a uno de los lados.

ACTO PRIMERO

ESTENA I

Cornelio y Metelo

CORNELIO. Llegó el día fatal, día funesto
 Para mis crueles, fieros adversarios:
 Es tiempo que a temerme ellos aprendan:
 Basta de humillaciones; ha llegado
 El día de venganzas, ¡oh! Metelo;
 ¿Quién apartarle puede de mi brazo,
 De mi saña y furor? Su alegre gozo
 Veré yo convertido en triste llanto.
 Victorioso a los muros él se acerca:
 Se acerca fiero mi rival Eustaquio;
 ¡Cuán costosa serále su victoria;
 En ella vengaré males y agravios!

METELO. Mas, ¿por qué enciendes odios y discordias
Preparándole mil terribles lazos
De venganza y rencor? Si victorioso
De la guerra viene; si el Senado
De su valor y fuerza está contento,
Participa también, Cornelio caro,
De su victoria. Cede, amigo, cede
A su buena fortuna y feliz hado.

CORNELIO. Los laureles con que ceñirme debo
El me los ha robado; nobles lauros
Adornan su orgullosa, altiva frente;
A mi valor injusto fué Trajano,
Y a mis clamores sordo, el almo cielo.
De los soldados el debido mando
A mi valor y fuerza, Eustaquio tiene.
Burló mis esperanzas. Laureado
El ha de penetrar los fuertes muros.
¿Crees que tolerar puedo el agravio
No vengando mi fama mancillada?
Con Tito en las batallas, con Trajano
Estuve siempre. Fieles mis servicios
Le presté que le fueron dulces, gratos.
Manifesté valor, creció mi fama
En las mismas batallas. Mas a Eustaquio
Le prefirieron en aquesta guerra
Contra rebeldes Dacios y los Partos:
Del Danubio en las bélicas riberas
Debía conducir a los romanos
Y mostrar mi valor y mis talentos,
Pues conocen mi ardor ha muchos años.

METELO. De tu fortuna puedes contentarte;
Sus armas y valor le tributaron,
¡Oh!, Cornelio las honras que la ofrecen.
Tú gozas en la paz del rico estado
Que el rey te concedió por tus servicios.
No le envidies, pues; ambos sois romanos
Y ambos podéis apeteer la gloria . . .

CORNELIO. ¿Quieres que el triunfo no sea envidiado
 Cuando debía ser mío? Si es noble,
 Más lo soy yo, porque nací romano;
 Siento en el corazón perder la gloria,
 Las deseadas honras y los lauros.
 Volver debo a buscar nueva alabanza
 Perdiendo a mi rival, el fiero Eustaquio;
 Porque una vez perdido, victorioso
 General yo seré de los soldados.

METELO. Perderle no podrás: fieles servicios
 A la patria prestó; mas aumentando
 A sus premios y méritos el triunfo
 Que hoy obtiene, la paz a los romanos
 Volviendo, di: ¿podrás usar la fuerza
 Para perderle? Sólo los engaños
 Y la calumnia . . .

CORNELIO. (*interrumpiéndole*) Nunca la calumnia
 Emplear quiero para el cruel daño
 De mi enemigo. Mas un gran delito
 Le perderá, sus méritos nublando;
 Y volviéndose en noche tenebrosa
 La luz de sus victorias; infamado
 Aparecerá un día ante los ojos
 Del pueblo que su sien ciñe de lauros.

METELO. ¿Qué, piensas encontrar en su nobleza
 Algún delito cruel, torpe, nefando
 Que pueda derribarle en su fortuna?
 (Si de Escipión el crimen perdonaron
 Los romanos más crueles y severos
 De lo que ora son, sólo recordando
 Sus victorias; no sólo de la muerte
 Se libró, mas su falta fué su lauro).

CORNELIO. Yo puedo convertir en triste llanto,
 Este glorioso triunfo de que goza;
 Mas advierte que jóvenes romanos
 Se dirigen acá . . . Calla, Metelo,
 No lo digas, por Jove, lo que hablamos
 Ha poco, y si me ayudas en mis planes
 Ten por seguro el premio a tus trabajos.

ESCENA II

Claudio, Flavio y los dichos

- CLAUDIO.** Participad conmigo de la dicha,
Caros amigos, pues que de la guerra
Salimos victoriosos . . .
- METELO.** ¿Tú has llegado,
Claudio?
Agradecer al Dios quisiera,
Porque a veros he vuelto, y la Fortuna
Nos dió de su amistad hermosas pruebas
Cobijando el valor de los Romanos
Contra sus enemigos, en peleas.
- CORNELIO.** ¡Oh noble Claudio! gózome del triunfo
Contra los Dacios, pues la Roma nuestra,
Vence sólo con el nombre, presentando
Sus águilas invictas y banderas.
Pues en los Partos tímidos difunde
El ignoble temor y huyen ante ellas.
- CLAUDIO.** ¿Qué dices? ¿Del valor dudas acaso
De nuestro Capitán, de tropas nuestras?
Pregúntale si al nombre los contrarios (*señalando a
Flavio*)
Huyeron o al valor que ellas demuestran.
- FLAVIO.** A Jove y al estrago de la espada
De nuestro General, deben que sean
Las insignes banderas victoriosas.
Yo vi, yo vi, Cornelio, en la agria prueba
De las dudosas lides los romanos
Palidecer con vergonzosa afrenta
En frente de los crueles enemigos.
Talento militar, valor y fuerza
Sostenían el ímpetu guerrero.
No existirá mortal que pensar pueda
En lo rudo y sangriento del combate,
Si afeminado vive en casas bellas.
- CORNELIO.** Esto lo cree Adriano, y a Eustaquio
Destina tal honor, que duras penas.
Los peligros y afanes del combate
Colmarán su cumplida recompensa.

FLAVIO. Todo se debe al bélico talento,
Al invencible brazo y a la fuerza
De invicto General, que a los soldados
Manda, rige, pelea y los alienta
Al combate, destroza, hiere y mata;
¡Y empuñando la lanza con la diestra
Hace brotar la sangre de los pechos!
¡Muertos y heridos vense por doquiera!
Cuando se halla ante tropas enemigas,
No fiero Marte vió sobre la tierra
Otro atleta mayor y delicioso.
Dacios y Partos múestranle obediencia.

CORNELIO. No temas que le paguen su victoria.

CLAUDIO. ¿Sientas tal vez Eustaquio se merezca
El premio que darále nuestro Adriano?
Pues aun a ti, Cornelio, te lo diera.
Si tú hubieses salido victorioso.

CORNELIO. Claudio, yo no lo siento: si a la guerra
Los dioses me negaron la partida;
Pero el que, vitoreado Eustaquio sea
En aquesta Ciudad, sufrir no puedo;
Antes procuraré que en la gran fiesta
Del sacrificio a Jove, Eustaquio se halle
Y de Roma la inmensa concurrencia,
Y que logre su premio deseado,
Premio que sus trabajos merecieran.
Voy a Adriano, porque de su talento
Se instruya. Acompañarme, amigo, quieras (*a Me-
telo*).

ESCENA III

Claudio y Flavio solos

CLAUDIO. Al fin llegamos, Flavio, a nuestra tierra
Después de tolerar desgracias tantas:
Sufrimos mil afanes en la guerra
Y ahora disfrutamos paz colmada.
De las orillas tristes del Danubio
En tanto que luchamos con constancia

Con los bárbaros Dacios en las lides,
 Volvía a nuestros lares mis miradas.
 ¡Por fin te veo, suelo bienhadado!
 ¡Por fin te huella con segura planta!
 Contemplas tú también los altos muros (*a Flavio*)
 Que circundan a Roma soberana;
 También contemplarás costoso lujo
 Que ostentan de los templos ricas aras
 Y asistirás al santo sacrificio,
 Por aquesta victoria, tan colmada;
 Al cual con tus intrépidos soldados
 Asistir debes viendo su arrogancia.

FLAVIO. Tú eres romano y vives placentero
 En Roma, do hallas padres caros, Patria,
 Amigos, deudos, fieles servidores
 Que con suave ternura dulces te aman.
 Yo no, Claudio, pues hado inexorable
 De mi padre apartóme; cruel venganza
 Ejerció sobre el pecho lacerado.
 Siempre mi corazón con vivas ansias
 Pide al cielo mi padre me devuelva.
 Por eso la carrera de las armas
 Seguí; en los reinos vastos de Europa
 Le busqué y en las hórridas batallas:
 Porque en mi juventud contar le oía
 Combates, enemigos, muertes y armas . . .

CLAUDIO. ¡Qué tierno corazón encierras, Flavio,
 En tu pecho, y cuán noble ha sido tu alma
 Que jamás olvidó al autor querido
 De tus días y vida prolongada!
 Si tu padre existe, tal vez de hijos
 Amantes, de fortuna dulce, grata
 Goza contento! Pobre Flavio mío;
 Tal vez buscas tu padre en las batallas,
 Que ya de ti se olvida, de tu nombre,
 De tu amor, y quizás tiene olvidada
 Tu memoria feliz. ¡Tiempo altanero
 Borra el amor del pecho, cual el alba
 Disipa con sus rayos negras sombras!

FLAVIO. ¿Quizás, Claudio querido, tú te engañas!
 Mi corazón, al dar su vuelta el tiempo,
 ¿Olvidar puede acaso en la desgracia
 Al que me dió este ser, nobleza y vida?
 Su semblante, sus gestos y su cara
 Hélos cierto olvidado: mas su afecto
 Con indelebles tintas en el alma
 ¡Grabado está! Pues mira, Claudio, mira:
 Me esfuerza a que le busque la paz santa
 Debida a los cariños de mi padre;
 Y si ceso, me dice con voz clara:
 “¡Ingrato! busca, busca al noble padre!
 Busca con nuevo ardor y nueva llama.”

CLAUDIO Tu dulce natural, querido Flavio,
 Fué el más estrecho lazo y liga santa
 Que contigo unióme. Que volvieses
 A encontrarle también yo deseaba;
 Pues nobles sentimientos tener debe
 Cual los tienes tú: pero, si no hallas
 ¿Le buscarás do quiera y a porfía?
 Debes estar contento de la patria,
 Del favor que tú obtienes de las tropas,
 De la paz y la suerte que son gratas.

FLAVIO. ¿De mi fortuna esté contento quieres
 Cuando ignoro la suerte y la morada
 Paternal? Quizás mísero penando
 Agobiado de penas mil amargas
 Vive mi anciano padre trabajando!
 ¡Oh! Cuál es el contento cuando halla
 A un hijo su querido y cano padre;
 Sus socorros la edad senil alcanza
 En las fuerzas de noble y robusto hijo
 Y muro fuerte contra las desgracias.
 Por él resuelto estoy, oh Claudio,
 A dejar esta tierra abandonada,
 Que feliz la contemplo, y a ti, Claudio;
 Los mares pasaré; cruzaré tantas
 Riberas por doquier buscando errante
 Al autor de mis días, vida cara.

CLAUDIO. ¿Acaso de encontrarle estás seguro?
 ¿Y de abrazarle tienes esperanza?
 ¿Y a tu fiel Claudio dejas de esta suerte
 Cruel? ¿y su amor fraterno desamparas?
 Tal vez arrebató Jove a tu padre
 Para que compartieses la morada
 Conmigo, descansado y felice.
 A tu fidelidad hoy esperaba
 En la ciudad mostrarme agradecido;
 Y tú, ¡ingrato! ¿me dejas sin la calma?
 ¿Y a Claudio desamparas? ¿Y tu afecto
 Así me muestras? ¿Burlas la esperanza
 Que confiado abrigué? Si comparamos
 El amor que a tu padre fiel mostrabas;
 Más te quiero yo. Pero mira, Flavio:
 Suponte que vagando le encontraras;
 Que él te vea e ignora tu linaje:
 ¿Cómo conocerás que es de tu raza?
 ¿Qué señales podrás darle? Sí; en vano
 Le buscas . . . y procuras tu desgracia . . .

FLAVIO. Tal vez los dioses cedan algún día
 A mi triste clamor, tierna plegaria,
 Haciéndome feliz, viendo a mi padre.
 No imposible lo creo cual pensabas;
 Pues es indicio cuanto yo te dije
 Que de él me separaron en la infancia
 En la orilla de un río do me puso
 Cuando intentó pasar las turbias aguas.
 Cuando llegado había a la ribera
 Y no pudiendo verle por las plantas,
 De los vecinos montes, de repente
 Vinieron furibundas muchas aguas
 Que inundaron el río por do quiera,
 Y verle ya no pude. En mi desgracia
 Quizás pensó mi padre desdichado
 O por la inundación o hambre causada!
 Que morir debía; mas el cielo
 Propicio se mostró; pues de las aguas
 Un bondadoso pastor sacóme inerte
 Y al instante llevóme a su cabaña.
 Me prestó paternal y tierno amparo.

Siendo ya vigoroso, de las armas
 La carrera tomé; seguí afanoso
 Las banderas, las águilas romanas
 En las lides del Istrio y del Danubio
 De donde vencedor vuelvo a tu patria.
 Hélas aquí mis señas que pudieran
 Afirmar la verdad si le encontrara
 En el campo, en las lides, en los reinos . . .

CLAUDIO. Viene Adriano por este lado . . . Calla.

ESCENA IV

Adriano y los dichos con lictores

ADRIANO. ¿Dónde está el General?

FLAVIO. De la lid vino.

ADRIANO. (*dirigiéndose a Claudio*) Vé al primer cuarto . . .
 Díle que presto venga.

FLAVIO. Señor, él mismo
 Vendrá, para homenaje tributaros.

ADRIANO. Feliz eres, ¡oh! Claudio, ues modelo
 Hallaste de valor, fuerza en Eustaquio!

CLAUDIO. Sus ejemplos, señor, son nunca vistos.
 ¿Con su Tito pequeño ya ha llegado?

ESCENA V

Eustaquio, Tito, Metelo y los dichos

(*Cuando Adriano diga.—Adiós, Eustaquio . . . vánse todos menos
 Eustaquio y Tito.*)

ADRIANO. ¡Oh noble triunfador de los rebeldes!
 A verte, caro Eustaquio, por fin he vuelto!
 Esos Dacios, que osaron levantarse
 Su tratado de paz viles rompiendo,
 Turbando la quietud de los romanos,
 ¡Hallaron un castigo bien severo!

Adriano es justo y sabe dar la gloria
 Al atleta que lucha por su imperio,
 Pues en Jerusalén me conociste
 Aun siendo yo joven. En tus esfuerzos
 Empresas formidables y victorias
 Esperé; mas superas mis intentos,
 Jefes recibirán y centuriones
 Mi orden, porque te sigan hacia el templo,
 Do grandes sacrificios a los dioses
 Ofrecerás. Si Roma y el imperio
 Agradecidos muéstranse, ¡oh! Eustaquio,
 A tu fuerza y valor; mas al supremo
 Jove debes mostrarte agradecido
 Por tu triunfo. Si justo es el aprecio,
 Que oyes de mí, mayor del Capitolio
 Recibirás delante del imperio
 Del augusto Senado, en mi presencia.

EUSTAQUIO. ¡Oh Señor, esperar no quiero el premio
 Por el triunfo obtenido contra Dacios!
 Sólo pido, señor, estés contento
 De servicios inútiles que a Roma
 Tributé. A tu favor grato me muestro.
 A mi fuerza y valor, que tanto ensalzas,
 Bástales el vencer a Partos fieros.
 De Tito y de Trajano a tomar armas
 Aprendí; y a tu solio noble vuelvo,
 Cual me enseñaron, bélicos mis frutos.
 Tantos honores, tanta fama creo
 Ser demasiado grande a mis servicios.
 Mas sí; el campo marcial, cual don, te acepto
 En donde lucharé con mis contrarios.
 Yo jamás aprendí a rehusar esto
 De mis emperadores soberanos,
 Pues como buen soldado hacerlo debo.

ADRIANO. Pues mira, Eustaquio, supe por los jefes
 Que te siguieron hasta el campamento,
 Cuán alabados sean de tus tropas
 Tu virtud; y ardor bélico no menos;
 Soberbia ni ambición tu pecho noble
 Jamás con sus engaños le perdieron:

Mas admitir debes los honores
 Con que Roma r egala a sus guerreros.
  Ves cómo el sacro Júpiter un padre, (*a Tito*)
 Tito, te concedió cuyos ejemplos
 Imitar debes noble cual romano
 Valiente?

TITO.  S olo amarle, señor, puedo,

Pues niño soy aún! Cuando los años
 Me concedan vigor para ser diestro
 Procuraré imitarle . . . mientras tanto
 Fidelidad al trono le prometo.

ADRIANO. V e, Metelo, a decir al sacerdote

Que mi real mandato cumpla presto,
 Y que prepare cuanto necesita
 El santo sacrificio. Te concedo (*a Metelo*),
 Metelo, descansar en el camino . . .
 Adiós, Eustaquio . . . Tito . . . adiós, os dejo.

ESCENA VI

Eustaquio y Tito solos, sentados

TITO.  Oh, qué indecible gozo!  qu e alegría!
 Mi corazón embarga cual lo siento.
 Sólo por t   qu e inmenso placer llena
 El alma m a!

EUSTAQUIO. Tito, yo contento,

Igualmente estar a;  por t  sólo
 No lo estoy!

TITO.  Qu e me dices, padre? **Creo**

Que a nuestro emperador he contestado,
 Si no cual t  deseas, con respeto.

EUSTAQUIO. No, mi dulce solaz, pues complaci ome
 Tu juvenil respuesta. Un pensamiento
 Elevado mi mente ocupa, Tito, . . .

TITO. ¡Dios mío, haberte airado cuánto temo!
¡Oh! castiga, castiga mi delito,
Pues sólo complacerte, padre, quiero.

EUSTAQUIO. Escucha, Tito: olvida vanos nombres
De enemigos, de ejércitos, de premios,
De Adriano y Roma. Llama a Jesucristo.
Y dócil obedece sus preceptos.
Prometiste obediencia al gran Adriano;
A tu Dios debes antes haberlo hecho;
Si sientes un espíritu que digno
Es del nombre de cristiano. Por su imperio
Cuántas veces expuse mi existencia
En las pasadas guerras con los fieros
Enemigos de Roma; también, Tito,
En ciertas ocasiones has de hacerlo.
Ahora, ¡Dios me llama a un combate
Para honor de su nombre! Yo no puedo
El sacrificio hacer al falso Jove . . .
Cristo nos lo prohíbe; y si protesto
Que cristiano yo soy, menospreciando
Al falso Jove, muerte cierta tengo,
Que la deseo, Tito, con la palma . . .
¡A Dios fidelidad guardar anhelo!
Un laurel inmortal me muestra alegre
Y con voz paternal me llama al cielo.
Mas tú, ¿quieres seguirme?

TITO. ¡Oh, caro padre!
Sí, contigo morir; contigo quiero
Juntarme para siempre. ¿Quieres viva
Sin ti, en este llorado y triste suelo?
¡Sin padre, a Dios infiel, ningún amparo! . . .
No, nada temas: nada me da miedo,
Ni los castigos crudos, ni la muerte.

EUSTAQUIO. ¿Si te preguntan si al supremo
Jove adoras?

TITO. Diré que soy cristiano,

EUSTAQUIO. Sí; pero te dará ricos tesoros
Y te regalará mil y mil premios,
Adriano, si renuncias a tu culto
Y si adoras a Jove aun tú fingiendo.

TITO. Júrote renunciarlos, noble padre.

EUSTAQUIO. ¡Oh! quizás renunciar puedes los premios,
¿Pero si te amenazan con la muerte?

TITO. Antes el cruel cuchillo el tierno cuello
Segará, pues martirio sólo anhela
Mi corazón cristiano, y a Dios ruego
Que mi vida en su seno la reciba,
Y reciba contigo el premio eterno.

EUSTAQUIO. ¡Estando ella lejana no la temes!
Mas estando presente, cuando fiero
Soldado te prepare el rudo golpe
Que te quiere acabar, con temor ciego
Te escaparás quizás de los soldados.

TITO. ¡Ah! no me escaparé, créeme, padre:
Doblaré mis rodillas en el suelo;
Con la lengua diré: "Señor, recibe
Mi alma, pues por tu amor y fe yo muero."

EUSTAQUIO. ¡Cristo tu corazón conserve, Tito,
Te salve, tu inocencia protegiendo!

TITO. ¿No dijiste que Cristo fortalece
Y anima el corazón con premio eterno
Para que resistir al infiel pueda?

EUSTAQUIO. ¡Sí, Tito, sí; esperar de Dios debemos
Fortaleza, valor, firme constancia!
Él prometió asistir sus fieles siervos
En su martirio noble y glorioso.

He conocido a débiles y tiernos
 Niños, mujeres, jóvenes, ancianos
 Que armados del poder de Dios vencieron
 Los trabajos, la muerte, con fe pura,
 Cual resplandor brillante del gran Febo,
 Llenando de pavor a sus enemigos,
 Cercados de luz célica los vieron;
 Constantes y alegres estas tierras
 Dejaron y volaron a los cielos.
 Pero tú, Tito, escúchame cual debes:
 Adorar a los dioses no podemos.
 Mas podemos huír, Dios no lo niega;
 A otra parte, si quieres, nos iremos
 Antes que a un peligro tú te expongas.

TITO. Pero, padre, ¿por qué siempre temiendo
 Estás de mi valor? Si tú me inspiras,
 ¡Oh Dios, este amor hacia ti, que cierto
 Él esté de mi amor! ¡Ay, padre mío,
 No sé ya qué decirte, lloro, ruego
 Y ofrezco a Dios mi vida! . . .

EUSTAQUIO. ¡Hijo mío!

(*Al cielo*) nuestra vida recibe cual don tierno,
 Que desde su niñez grato te ofrece.
 ¡Tú me haces feliz, y pronto el premio (*a Tito*)
 De Dios recibirás; mis esperanzas
 Colmaste y seguirásme al almo cielo!
 ¡Cuál será la alegría de los Santos,
 Al saber tu sagrado juramento
 Que primero morir antes que a Jove
 Adorar! ¡Victorioso entrar, es menos,
 En Roma con cautivos y con triunfos,
 Que contigo subir al firmamento,
 A do Cristo nos llama, do felices
 Y contentos seremos en su seno!

TITO. Así lo espero, padre, y que apresure
 Nuestro fin, y subamos a los cielos.

(FIN DEL ACTO PRIMERO)

ACTO SEGUNDO

(La misma decoración que en el primer acto)

ESCENA I

Cornelio y Metelo

CORNELIO. ¿Ves, oh Metelo, cómo la victoria
De Eustaquio convirtióse en propia ruina?
Él cristiano es: Adriano le condena
A muerte. Su valor, victoria misma.
Yo, amigo, exagerando, grande fiesta
En Roma preparé, do en aras ricas
Hiciese sacrificios a los dioses . . .!

METELO. ¿Mas, crees que tu vida no peligra?

CORNELIO. ¿Por qué razón?

METELO. Quizás él se convierta
Regalando a los dioses sus primicias;
Y si logra salvarse de la muerte
Se vengará quizás de ti algún día.
Cambie quizás de religión y la vida,
Porque adorar a Júpiter él puede
Obedeciendo a Roma, aunque lo finja.

CORNELIO. ¡No temas que a los dioses se convierta!
Mi rival tiene el alma endurecida;
Fe, fuerzas y valor a toda prueba
Cual todos los que siguen secta impía.
Añadiendo que Eustaquio ama mil veces
La religión y el culto que su vida.
No pienses, pues, adore a nuestros dioses
Siguiendo al gran Adriano o que lo finja,
Pues su ley y religión se lo prohiben.

METELO. ¿Le condenará a muerte si averigua,
Si es cristiano? La muerte o sacrificio
Adriano mandará que Eustaquio elija:
Nunca atleta feroz será a tal prueba
Puesto, pues poco importa otra fe siga
Eustaquio.

CORNELIO. Si le importa poco, a Roma
 Cuidados da el tener la fe distinta,
 Pues la ciudad impaciente ya espera
 El sacrificio y fuerza es que le exija
 Adriano, y de Trajano sacras leyes
 Es forzoso también que de él lo pidan . . .
 Por ese lado viene el gran Adriano.
 Calla, y hoy hablaré cuando lo exija.

ESCENA II

Adriano y dichos . . .

ADRIANO. Vé, Metelo, a buscar a Tito en el cuarto,
 Procura que contigo sólo venga (*vase Metelo*).
 Ora por fin entiendo, por qué Eustaquio
 Rehusa el hacer a Jove ofrenda
 Y tambien el honor: pues aunque de esto
 Sólo tengo temor, leve sospecha,
 Tú más que yo lo sabes; di, Cornelio,
 ¿A qué Dios él adora y su creencia?
 ¿Cierto es que ha prohibido con edicto
 Trajano el adorar esta fe nueva?

CORNELIO. Tal delito jamás sospechar puedo
 De él. Para abandonar toda sospecha
 Podrás hablarle.

ADRIANO. Quise le llamaran
 A Tito, que dirá la cosa cierta.
 ¡Que él, inocente, salga del delito,
 Que no puedo absolver, los dioses quieran!

CORNELIO. ¿Cómo impune dejar tal crimen puedes
 Lo que obligó a Nerón derramar sangre
 De muchos que siguieron esta secta?

ADRIANO. ¿Mas hácesme recordar aquel tirano
 Cuyos crímenes quieres yo cometa?
 A su madre mató con furor loco
 Y a su noble maestro, el sabio Séneca.

CORNELIO. Si monstruo fué Nerón, gran Vespasiano,
 Fué bueno, su memoria aun se venera;

Y sin embargo al Papa dió la muerte,
De aquesta hidra herida la cabeza.

ADRIANO. Saturnino su muerte fué quien quiso;
Vespasiano siguió petición fiera.
Tito fué aún más piadoso. Es alabada
Y querida de todos su clemencia;
Y permitió que en cuanto a ciertos cultos
Uno puede seguir el que más quiera.

CORNELIO. Si quieres, si permites que yo te hable
Con suma claridad y con llaneza
Con que te debo hablar, Señor . . .

ADRIANO. *(Interrumpiéndole)* Cornelio,
Tu intención y consejos manifiesta.

CORNELIO. Sé que Tito en verdad era piadoso
Y paz tuvo con ellos duradera.
¿Sabes qué sucedió? Muchos se hicieron
Discípulos y hermanos en la secta,
Que por la paz de Roma, Domiciano
Pareció ser de lúgubre miseria
Y furor hijo. Tito fué clemente.
Mas no tuvo justicia ni grandeza.
El ser clemente quieren los monarcas.
Faltas dejando impunes, no es clemencia
Para el que la justicia ama. ¡Las Leyes
Le acusan con rigor y claman estas
Al cielo que es crueldad la bondad que usa!
Si Eustaquio fuese reo, le condenan
Las Leyes de Trajano; tú de él eres
Un digno sucesor. Júpiter reina
Por ti en el firmamento, y tú por Jove.
¡Glorioso y libre reinas en la tierra!
El mundo paz tendrá, si justas leyes
Culto sólo de un numen él tuviera.

ADRIANO. Dime, Cornelio, ¿Júpiter acaso
Nos mira desde el cielo do gobierna?

CORNELIO. Es cosa saludable para Roma
El que Jove nos mira todos crean.

ADRIANO. ¡Pero Eustaquio ayudó mucho al imperio!

CORNELIO. ¡Si es contrario a los dioses, él no presta
Ningún servicio a Roma con las armas!
Con el ejemplo hará que se conviertan
Muchos a su cristiana fe y culto;
Y de su fe añadiendo nueva prueba
A Roma dañará. Si, de Trajano
La Ley y tu robusto brazo puedan
A muerte condenarle con justicia,
No temas que algún hombre se atreva
A rebelarse contra sacros dioses,
Y verás cómo todos te respetan.

ESCENA III

Metelo, Tito y dichos

ADRIANO. En el vecino cuarto espera, y vuelve (*a Cornelio*),
Cornelio, aquí después de poco tiempo. (*Vase Corne-*
lio)

TITO. ¡Dios mío! confortadme con la gracia
Y no permitáis falte al juramento!

ADRIANO. ¿Y quieres a tu padre?

TITO. Señor, mucho.

ADRIANO. ¿Sabes que rehusó los ricos premios
Y hacer no quiso a Jove sacrificios?
Di: ¿por qué del honor que yo le ofrezco
Se privó?

TITO. No rehusa tus honores;
Mas su triunfo a los dioses ofrecerle
Detesta . . .

ADRIANO. ¿Qué dijiste?

TITO. No lo creo
Que su triunfo se debe al Jove vuestro,
Pues ni favorecerle Jove puede.

ADRIANO. ¿Y a quién, pues, lo debió?

TITO. Al Dios verdadero.

ADRIANO. ¿Acaso no lo es Jove? ¿No ves cuántos
Despojos del contrario en sacro templo
Están puestos cual prendas de su fuerza?
Tú eres joven, tu corto pensamiento
Quizás ignore cómo nació Roma,
Y cómo los romanos siempre ardiendo
En guerras y triunfando, sujetaron
De Europa, Asia, África los cetros;
Y siendo belicosos, a los dioses
Obedecen, no obstante, aquestos pueblos.

TITO. El origen de Roma y los combates
De sus hijos no son para mí ajenos.

ADRIANO. Luego también no ignoras, Tito amado,
Quiénes son Escipiones y Metelos,
Los Emilios, los Césares, los Fabios,
Los Silas, los Calpurnios y Pompeyos.

TITO. Lo sé, señor.

ADRIANO. Sin duda tú bien sabes
Que Júpiter por dios reconocieron,
A quien le deben todas sus victorias!
¡Es ceguedad y error de entendimiento!
¿Por qué guerreros célebres erraron?

TITO. Niño soy y explicártelo no puedo.
Mi padre, si tú quieres, descubrirte
Podrá de tu creencia el culto ciego.

ADRIANO. Por ti, ni por tu padre, de las cosas
De vuestra religión instruirme quiero.
La obediencia tan sólo quiero, Tito.

TITO. Esta siempre, señor, al trono debo;
Más no en cosas que nuestro Dios prohíbe.

ADRIANO. ¿Cuáles son?

TITO. Adorar al Jove vuestro . . .

ADRIANO. ¿Por ventura se envidian nuestros dioses?

TITO. ¡Hay un Dios inmortal y solo! Jove,
Si existió, fué mortal.

- ADRIANO.** Sí, pero fué hecho
Inmortal superior a los mortales.
- TITO.** ¿Y quién lo hizo? ¿Poder tenía inmenso?
- ADRIANO.** ¿Tal me hablas, y no temes mi venganza?
¿No piensas que segar puedo tu cuello?
- TITO.** ¡Aquí, Adriano, me tienes preparado!
Huir yo de tu cólera no puedo,
¡Y aun si pudiese nunca lo quisiera!
Ofrezco mi cabeza a tus guerreros,
Y tú mismo si deseas, ¡oh gran Adriano!
¡Rompe el corazón mío con tu acero,
Abre mis tiernas venas, y mi sangre
Derrama, sí, derrama en este suelo!
¡Mas no pienses mi frente yo doblé
Ante tus locos dioses embusteros!
A ti sólo, Señor, sólo te adoro
(*Mirando al cielo*):
Por ti valiente estoy, por ti me muero.
¡Y tú, conoce en esta mi confianza
(*a Adriano*)
A mi Dios y al de siglos venideros!
- ADRIANO.** A tu juventud perdono tu delito.
¡Vive, Tito, pues puedes; serás luego
Un hombre poderoso de mi corte!
Adora a Jove. ¿Quieres tener premios
Honores y riquezas?
- TITO.** Señor, mucho.
Celestiales riquezas tanto quiero
Que por ellas detesto tus livianas.
Amo a Dios, que feliz, rico y contento
Puede hacerme: por eso lo rehuso
Cuanto me das y a Jove no venero.
- ADRIANO.** Mas prometiste ser fiel a mi trono.
- TITO.** Y de nuevo, señor, te lo prometo;
Aquí tienes a Tito que desea
De su padre seguir nobles ejemplos.
Y siempre se dispone obedecerte.
¡Ojalá te mostrase el blanco acero

Cubierto de despojos enemigos!
Y cual mi padre, hacerte ver mi pecho
Cubierto de gloriosas cicatrices . . .

ADRIANO. ¿Y por qué no me guardas juramento?
¿Rehusas adorar a nuestros dioses?

TITO. No lo quiere Dios.

ADRIANO. Eres mi guerrero,
Como lo soy de Júpiter: luego eres
Soldado de mi dios.

TITO. Señor, no puedo
Vasallo suyo ser, ni tú tampoco.
No me hables de Júpiter. Resuelto
Estoy a perecer si tú deseas.

ADRIANO. Bien. Morirás con pena y tormento,
Que tú mereces, para que los dioses
Se aplaquen y que cause horror tremendo
Al duro corazón del loco Eustaquio.
Por fin; ¿la muerte escoges o los premios?
Escoge lo que quieras: mas medita
Lo que a tu corazón es más acepto.

TITO. A Dios amo; y temer o amar las cosas
Fuera del verdadero Dios no debo.

ADRIANO. ¿Pero amas a tu padre?

TITO. Mucho le amo.
Con él, a mi Dios fieles, morir quiero.
Y en el cielo de paz dulce y eterna
Mi padre y yo dichosos gozaremos.
Héla aquí mi respuesta: Jove es nada;
Es un ídolo vano. Así le niego
Los debidos honores: hay un Dios sólo.

ADRIANO. Ven, y a su padre vuélvele, Cornelio;
Mas habla con él antes. De sus vidas
Ni medios, ni esperanza incierta tengo
Si no vences, como quiero, al padre;
Retírate después a mi aposento.

ESCENA IV

Cornelio y Tito solos

- CORNELIO.** ¡Oh, Tito, sálvete el insigne Jove! . . .
- TITO.** De nuestro Dios la salvación espero.
- CORNELIO.** El Dios que más te guste, mi buen Tito,
Pero . . . ¿por qué te turbas? Soy Cornelio,
El fiel amigo de tu caro padre.
Ay, Tito, tu peligro mucho siento,
Y mucho más tu muerte . . .
- TITO.** Lo que temes
Es ciertamente lo que yo deseo.
Y lo que es para mí dulce esperanza,
No debe ser para ti torpe miedo.
- CORNELIO.** Háblame claro. El corazón rebosa
De amor para contigo y de contento.
Adriano con su gracia me enaltece,
Y si deseas, aun salvarte puedo.
- TITO.** Este favor, Cornelio, no me hagas,
Y el cielo te conceda justo premio
Al amor que, según dices, nos tienes.
- CORNELIO.** ¿No temes el furor de Adriano nuestro?
- TITO.** No, Adriano sólo puede darme muerte;
Pero la cruda muerte sólo anhelo.
¿Cómo querrás, pues, que su saña tema?
- CORNELIO.** ¡Digno descendiente, noble, excelso,
De esclarecidos padres y valientes!
En tu virtuoso corazón contemplo
La firmeza y valor de tus mayores,
Antepasados nobles y guerreros;
Alabo tu constancia, libre siga
El corazón su Dios y su deseo;
Consiga gloria quien a nada teme,
Quien todo lo supera fuerte, intrépido.
- TITO.** Bien aconsejas, pero mal arguyes;
Sigo tu parecer, pero detesto
Tus raciocinios. Vuélveme a mi padre . . .
Quizás me busca.
- CORNELIO.** Viene ya, te dejo.

ESCENA V

Eustaquio y Tito solos

- TITO.** ¡Querido padre!
- EUSTAQUIO.** ¿Qué haces, hijo mío?
¿Por qué estás con Cornelio? ¿Por qué andando
Estás por estos sitios?
- TITO.** Padre mío.
Todo te lo diré: me ha llamado
Nuestro Metelo, y me ha dejado a solas
Con el gran Adriano.
- EUSTAQUIO.** ¿Sólo con Adriano?
- TITO.** Él sólo estaba; pero Jesucristo
Me acompañaba a mí: su nombre santo
Invoqué al presentarme en la presencia
De nuestro Emperador
- EUSTAQUIO.** ¡Criador amado,
Rige su corazón en la escabrosa
Hosca senda do sigue caminando!
- TITO.** Preguntóme por qué tú rehusabas
Sacrificar ante Jove soberano:
Le contesté que la victoria tuya
Se debía al gran Dios de los cristianos.
- EUSTAQUIO.** ¿Mas, que te ha dicho?
- TITO.** Quiso convencerme.
Que el impúdico Jove es soberano
Y que innúmeros dioses hay propicios.
Yo lo negué, y por fin me ha amenazado
Darme la muerte. La esperaba alegre;
Mas sentía morirme sin tu abrazo,
Sin entregarte mi postrer suspiro.
Ora ya no sería desdichado,
Pues con tus tiernas súplicas y ruegos
Dios me daría venturoso lauro.
- EUSTAQUIO.** No permita Jesús que me separe
De ti sin abrazarte, Tito caro.
¿Nada más preguntóte? ¿Por fin, hijo,
Adriano te dejó plácido y salvo?

- TITO.** Mira, querido padre, me parece
Que estás meditabundo y disgustado,
Yo temo que mis culpas se me opongán
A penetrar en el lugar sagrado
Do mora celestial la alegría
Do no se siente el mísero quebranto . . .
- EUSTAQUIO.** No temas; a Jesús en don ofrece
Tu placentera vida, y pecho casto
Por tu padre, que triste se arrepiente.
- TITO.** Que Dios acepte mi infantil regalo . . .
¡Ah! ¿Por qué, padre, tu alba faz se turba,
Corre por tus mejillas triste llanto?
Testigos son los cielos venerables
Que me porté con ánimo esforzado
En presencia de Adriano.
- EUSTAQUIO.** La memoria
El corazón me turba de los años.
Cuando en oscura noche y tenebrosa
Vivía envuelto en míseros engaños
Del ciego paganismo. Noche oscura
Que cubrió a Roma con su negro manto.
Yo también, yo seguí fatales huellas
Doblando mi cerviz a dioses falsos.
¡Oh Dios santo, del mísero perdona
Torpe infidelidad! . . . recibe en tanto
Mi humilde corazón que hoy se renueva.
¡Perdona, oh Dios, a un hijo desgraciado
Que inocente es del crimen de su padre
Sumido en ciego error y necio engaño!
Tú mismo nos prometes que bondoso
Perdonarías penitente humano
Que se arrepienta y que un olvido eterno
Las culpas cubrirá que borra el llanto.
- TITO.** Espero, padre, que el bondoso Cristo
Me reciba en la gloria de los santos,
Él mismo enciende plácida esperanza
En mi inocente corazón cristiano.
- EUSTAQUIO.** Su voluntad santísima, oh mi Tito,
Hágase en nuestras vidas. Quizá Adriano

Doblegar mi valor constante espera . . .
Mas a su fe y su Dios fiel será Eustaquio.

(FIN DEL ACTO SEGUNDO)

ACTO TERCERO

ESCENA I

Flavio y Claudio

FLAVIO. ¡Ay, Claudio; ay, amigo; tú no sabes
El agudo dolor que el pecho veja!
Imploro tu consejo: tus palabras
Quizás del pecho desterrar pudieran
Los horribles combates que tramara
La suerte de mi padre. Claudio, sepas
Que mi padre aun existe y vive en Roma,
Y triste muerte le amenaza fiera.
¡Oh dioses, socorredle!

CLAUDIO. ¿Qué me dices?
¡Por ventura hoy a tu padre encuentras.
Al padre que buscabas por los mares!
¡Oh cielos! ¿Dónde está, que verle pueda?

FLAVIO. ¡Ay! no lo crearás: él es, Eustaquio . . .
Mi padre, y su hijo soy . . . ¿qué me aconsejas?
¿Descubriréle acaso que soy su hijo?
O ¿evitaré por siempre su presencia?
Corre por la ciudad que él es cristiano,
Y Adriano no lo ignora. Muerte cierta
Tiene mi padre, triste y desgraciado.
Soy feliz, por tan fúlgida nobleza
Y por tener un belicoso padre . . .
E infeliz, pues la muerte le rodea.
Expuesta veo su gloriosa vida:
¡Ay! ¿por qué, ¡oh! cruel desgracia, me atormentas?
¿No toleré ya tu pesada mano?
Mas, ¡ay! ¿y si él muere? mas no quiera
Adriano condenarle. ¿Es honroso
La muerte recibir, cuando en la guerra
Su generosa sangre ha derramado
Por defender nuestra imperial diadema?
¿Y es de un emperador acaso digno
Dar a Eustaquio tan necia recompensa?

No; mil veces no. ¡Tito es mi hermano!
 ¡Oh! cuál ruge en el pecho la tormenta
 Que el sordo hado inexorable lanza!
 En vez de la alegría, la agria pena
 El corazón devora. ¿Por qué, padre,
 Con terribles castigos me atormentas?
 ¿No te amé? ¿Te ofendí? Di, Tito fiero,
 ¿Qué te hice, porque ser cristiano quieras?
 ¿Podré esperar que al conocerme Eustaquio
 Adorara a Jove? ¡Ah! si pudiera
 ¡Salvarle! Claro no lo veo, Claudio;
 ¡Dioses! ¿Qué debo hacer? ¿qué me aconsejas,
 Amigo?

CLAUDIO. ¿Qué deseas que te diga?
 Acaso tienes las seguras pruebas *
 Y engañarte no pueden los indicios
 Que el pasado veloz poco recuerdan?

FLAVIO. Escucha, Claudio, y por ti mismo juzga
 Si conocerle debo. ¿No te acuerdas
 Que en las orillas de un aciago río,
 Después de atravesar inculca selva,
 Me separé de mi querido padre?
 ¿Te acuerdas bien de que mi edad tan tierna
 No era de más de un lustro? Pues bien, Claudio,
 Con agudo dolor Eustaquio cuenta
 Esto de su hijo a Fausto, y me lo dice
 Fausto también a mí duda no queda:
 Su relación, sus hechos, su memoria
 De que es mi padre claros me comprueban.
 Y recordando su pasada vida
 A Tito, el noble Fausto con tristeza
 Los sucesos pasados refería.
 ¿Aun dudar podré, Claudio, si es cierta
 Esta esperanza que devora el pecho?

CLAUDIO. Si Fausto la verdad pura te cuenta
 Y también él, serás tú ciertamente
 Su hijo. Mas, Tito, por ahora piensa
 Y trata de salvarle. Yo comprendo

* "Aseguras", sic. Corrección: seguras.—Ed.

Qué afectos en tu pecho se despiertan
 Para hacerte la guerra. Mas escucha:
 Yo quisiera que a ti mismo te venzas
 Ocultándote. En esto, amigo Flavio,
 Su dulce salvación sólo se encuentra.
 Eustaquio creo que amaré la vida,
 Cuando de su hijo la existencia sepa.
 Débesle descubrir que su hijo vive
 Y vive en Roma; pero que obedezca
 Al mandato de Adriano y verá entonces
 Al hijo. Corazón y heroica fuerza
 Le faltarán para llevar el peso
 Del amor paternal y el ansia inmensa
 Oprimirán el dulce y noble pecho
 De un padre y doblegada su dureza
 Con gusto adoraría a nuestros dioses.
 He aquí lo que mi alma te aconseja.

FLAVIO. ¡Ay, Claudio, cuán pesado es tu consejo,
 Más duro que el acero y que la piedra!
 ¿Cómo quieres que yo, infeliz, oculte
 Que soy su hijo? ¡Ah! en vano, esperas
 Que de mi amor filial obtenga tanto.
 ¿Flavio disimular que su hijo sea,
 Cuando el objeto encuentra de sus ruegos?
 ¿Que su amor paternal, no mi alma, venza
 Amor de un caro padre en tal peligro?

CLAUDIO. Su peligro enfrenar tu amor debiera
 Por salvarle del trance malhadado.
 Yo contigo estaré, y esta contienda
 Del amor sostendrémosla nosotros
 Y de afectos internos dura guerra.
 Que del amor vencido el noble Eustaquio
 Será, mi corazón constante espera.

FLAVIO. Seguiré tu consejo, y me preparo,
 Claudio, para tan cruel y cruda empresa,
 Como tú quieres. Si ceder rehusa,
 Firme permaneciendo con dureza
 En su opinión, oh Claudio, dime:
 ¿Qué será mi esperanza lastimera?

CLAUDIO. Esto no temo. De ello estoy seguro;
Ten ánimo, virtud recobra y fuerza.
Mira que tu valiente padre viene
Por esta parte presto ya se acerca.

ESCENA II

Eustaquio y los dichos

EUSTAQUIO. Quizás sea el postrero aqueste día . . .
Mas . . . el gusto de veros he tenido.

FLAVIO. ¿Qué dices tú, señor?

CLAUDIO. Esto no temo,
Pues en esta ciudad están contigo
Tus fieles siervos. Mas ¿qué hacer deseas
Por qué quieres un daño tan prolijo?
¿Qué a rehusar de Adriano los mandatos
Te obliga? Te he, cual cuerdo, conocido,
Y por qué de este modo obras, lo ignoro.

EUSTAQUIO. Debo, Claudio, si tengo sano juicio
No obedecerle y tolerar constante
Hasta la muerte aquel feliz castigo.

FLAVIO. ¿Y constancia es armarte contra el César,
Contra Roma y los dioses que propicios . . .?
¿No quieres el augusto sacrificio;
Y no temes la cólera de Adriano?
¿Ah! perdona a mi amor, general mío . . .
Tú que estás adornado de mil dones,
¿Quieres mostrarte cual ingrato hijo
A Júpiter; rebelde al mandamiento
De nuestro Emperador; cruel a ti mismo?
¿Y podré yo decirte lo que a Fausto
De tu triste historia has referido?
¿No sientes, por acaso, las desgracias
Que te ha causado el haber seguido
Un nuevo Dios desconocido en Roma?
¿Él te sustrajo del feroz castigo
Con que el airado Júpiter te oprime?
Tu paternal riqueza se ha perdido;
Condenado a que salgas de la patria,
Anduviste vagando en otro sitio

Do manejaste la afrentosa azada
Ofreciendo a los hombres dulce trigo,
Mientras el duro arado el buey tiraba.
También no ignoro cómo un querido hijo
Perdiste en apartado bosque . . .

EUSTAQUIO.

¡Basta!

Flavio. ¿Por qué a un padre dolorido
Reclamas la memoria tan acerba
De aquel lance más fiero que un suplicio?
¿Quieres serme cruel, cuando te he amado
Como ama un padre a su querido hijo?
Más, ¡ay! recuerdo con tu nombre sólo
A mi hijo. Mas no fué ningún castigo
De vuestros falsos dioses mi desgracia.
Tú, mi Dios, oh Señor, Tú, Jesucristo,
Tú castigaste mis pasadas culpas,
Porque yo en otro tiempo ciego, mísero,
Tu prepotente Ser no conocía;
Mas en Su ira benévolo, benigno
Fuiste, Señor. Yo fuí también de dioses
Falsos adorador del *impió* * rito.
No rehusó acordarme de los yerros
Que me arrojaron en aquel abismo
De densas nieblas y de horror cubierto.
Mostróme Dios su luz de claro brillo
Y abracé su doctrina, arrancando
El repugnante velo que he tenido.
Entonces conocíle y con el nombre
Las costumbres mudé; y tesoros ricos,
Pingües ganados, fértiles campiñas,
Heredades y campos mil fructíferos
Quitóme Dios. Errando largo tiempo
Lejos de Roma estuve. Un caro hijo,
Que seis años tenía, en las orillas,
—¡Memoria acerba!—abandoné de un río;
Yo quería probar el ancho vado,
Y de las aguas arrastrado he sido . . .
Socorrerle no pude. ¿De qué sirve
El que me acuerde del querido mío,
Si Dios el fausto día me apresura
En que le vea en el dichoso asilo?

* Véase la nota en la pág. 103 *Poesías de Rizal*—por J. C. de Veyra.

FLAVIO. Este hijo, que piensas ser difunto,
Vive y en Roma vive. Pues él mismo
Cuenta el triste suceso que nos dices;
Duda no existe que él sea tu hijo;
Que un pastor le librase de la muerte,
Quiso la voluntad del Dios propicio.
También se llama Flavio, conocémosle:
Si quieres verle, augustos sacrificios
Ofrece y a los dioses reverencia.

EUSTAQUIO. ¿Cuentas la verdad? ¿Vive mi querido
Hijo? ¿Conócesle? ¿Podré creerte?

CLAUDIO. Te dice la verdad, y así yo digo
Que él es tu hijo, si repite Fausto
Tus palabras fielmente.

EUSTAQUIO. ¡Dios benigno!

¡Qué escucho! ¡Cielos, socorredme! Y vive . . .
¡Decid en dónde, amados! ¿en qué sitio
Mi hijo está?

FLAVIO. Sacrifica al sacro Jove,
Y le descubriremos. Si el castigo
Que a ti amenaza yerra su fortuna.
¿Cómo ver quieres al perdido niño?

EUSTAQUIO. Quisiera que él también fuese partícipe
De mi muerte futura y del destino.
Si fué educado en la cristiana vida . . .
¡Ay! Quizá adora a Júpiter impío
Las primeras ideas olvidando
Y al único Dios.

FLAVIO. Él ha prometido
Seguir y honrar a nuestros sacros dioses.
Porque Roma los honra. Resolvimos
Por nuestro amor no descubrirle, Eustaquio,
Si tú no profesas un temor divino
Hacia los dioses: lograrás salvarte
Y a él de esta manera.

EUSTAQUIO. ¡Ay! amigos,
Si supiéseis el áspero tormento
Que sufre el corazón . . . Sed compasivos . . .

- FLAVIO.** Tenemos compasión de ti y por esto
Tu hijo ocúltase a nosotros mismos.
- EUSTAQUIO.** No es compasión, amigos, para un padre.
- FLAVIO.** ¡Y la tuya no es para tu pobre hijo!
- EUSTAQUIO.** Le amo más que vosotros. ¡Ciertamente
Debe tener costumbre, portes lindos *
Como en su tierna infancia demostraba!
- FLAVIO.** Y tales todavía. Mas tú mismo
A ti salvándote, salvarle debes,
Y juntamente tu pequeño Tito.
- EUSTAQUIO.** Nunca seremos salvos, no dejando
De aquesta vida el miserable asilo;
No consagrando a Dios nuestra existencia . . .
- CLAUDIO.** Mas, ¿qué veo?
- FLAVIO.** Te ruego, señor mío . . .

ESCENA III

Adriano, Cornelio y dichos

- ADRIANO.** ¡Idos pronto, y que Eustaquio permanezca!
(a Flav. y Claud.)
Mira en qué situación estoy, Cornelio,
El campeón más intrépido de Roma
Niega la ofrenda a Júpiter excelso.
- CORNELIO.** Señor, sé tu clemencia y su delito.
- EUSTAQUIO.** Ningún delito, culpa o error tengo
Por quien usar él su clemencia deba.
- ADRIANO.** Cumple el mandato y el odoro incienso
Al sacro Jove complaciente ofrece.
- EUSTAQUIO.** Si es delito rehusarlo cual lo quiero.
Condénenme a muerte vuestras leyes.
He vivido bastante; y mi deseo
Es descansar tras penas y fatigas
Y una tranquila paz. Sólo tu acero

* En *Cult.*, partes: creemos error tipográfico, y por eso, lo corregimos, haciendo portes.—Ed.

Me la concederá. Del noble trono
En mi vida mostréme su guerrero;
En paz y en guerra, rígido, incansable
Al hostil hierro preparé mi pecho.
Si en las lides expuse mi existencia,
De Tito y Trajano bajo el cetro,
Luchando con valor y en el combate
Derribando a peones y a guerreros;
Si mis heridas derramaron sangre
En esta guerra con invicto esfuerzo
De donde vuelvo vencedor, triunfante;
Por la fe que a mi Dios jurado tengo,
Dios infinito, sabio, omnipotente,
De fortaleza igual armarme debo
Por sangre derramar sufrir la muerte.
Señor, ¿dónde está Tito, ese guerrero
A quien tanto serví con mis espadas
Durante mis primeros y años tiernos?
Augusto Emperador, ¿dó, está Trajano?
Ese escogió que desde mi destierro
Me escogió para sujetar los Partos,
Para salir del Lacio, fuerte y clásico,
Para vencer penosos duros viajes,
Para atravesar cálidos desiertos,
Para habitar inhospitables tierras.
Exponiendo la vida a los sucesos
Cruelles de tan difícil guerra. ¿Dónde,
Señor, están? ¿Podré esperar un premio
O algún socorro a mis cansados años?
Y tú, señor, a quien en Roma encuentro
Del gran Trajano sucesor glorioso,
A quien monarcas bárbaros presento
Del metal afrentoso bien ceñidos;
Pueblos, que desconocen el imperio
Del águila romana, hoy de tu trono
Tributarios ya son y prisioneros;
¿Qué galardón en la futura vida
Me puedes prometer? Si conociendo
Que mi existencia es breve, la paz busco,
¿Me puedes conceder un digno premio?
Si eres agradecido a mis victorias,
¿Le puedes prometer un lauro eterno

A mi valor, que fué tan fiel al trono?
 Un sacrificio del profano incienso
 Con que tú quieres que mi fe ultraje
 A vuestro impuro Júpiter lo niego.
 El Dios omnipotente inmortal lauro
 Me lo promete y con un reino eterno.
 ¿Cómo invocar en vuestro Capitolio
 Un vano nombre que en el fiero estruendo
 De los combates no me fué propicio?
 A mi Dios invoqué, y en el momento
 Conmigo estuvo contra fieros Partos;
 Y a do iba seguía el triunfo presto.
 ¡En su nombre vencí a tus enemigos!
 Este solo Señor con el incienso.
 En la cumbre diré del Capitolio;
 No siendo ya Él, a Júpiter desprecio . . .

ADRIANO. ¿En qué Dios piensas? Sábese bastante
 Que el hombre a quien adoras era reo,
 Y los mismos judíos le mataron.
 ¡Jerusalén, sí, contemplóle muerto!

EUSTAQUIO. Comprender no puedes de qué modo
 Él mortal era, si tu oscuro pecho
 La luz divina no ilumina bella.
 Pero ¿no sabes que vengó el Eterno
 Su nombre en los hebreos miserables,
 Con tal venganza que al mundo entero
 Llenó de espanto? Y, señor, nosotros
 Si no lo ignoras y soldados nuestros
 Fuimos la ira y furor de sus venganzas.
 Acuérdate, señor, de aquel suceso,
 De aquella guerra que llenó de espanto,
 Con la cual asolamos aquel reino . . .
 Un millón y cien mil de los judios
 La dura muerte míseros sufrieron:
 Unos por hambre, otros por espada,
 Aquéllos por las fieras perecieron.
 De la divina furia vengadora
 Bastante fe prestaron tantos muertos.
 Este mismo, señor, el mismo Cristo
 Le predijo tan lúgubre suceso,
 Tú, señor, y yo estábamos con Tito

En aquel siempre memorable asedio . . .
 No es romana crueldad ni furor loco
 Sino de la justicia un gran ejemplo.

ADRIANO. Esto fué un tiempo, y no conviene
 Recordar una guerra que yo creo
 La memoria de Tito mucho ofenda.
 Tú eres romano y de Roma es deseo
 Que honres a nuestros dioses.

EUSTAQUIO. Soy cristiano.

ADRIANO. ¡Luego de la infeliz muerte eres reo,
 Y la ley de Trajano te condena!

EUSTAQUIO. A la sentencia conformarme quiero;
 Pronto estoy a morir y mi dulce hijo.

ADRIANO. Supiste siendo intrépido guerrero
 A otros dar muerte con valor terrible,
 Y sufrirás con valor el mismo efecto . . .
 Pero de tu hijo gritará la sangre,
 Pidiendo cruel venganza . . .

EUSTAQUIO. No la temo.

ADRIANO. Soy para mi hijo padre bondadoso.
 De mi palacio no saldrás tan presto,
 En los últimos días que te quedan
 Sino para ofrecer el suave incienso
 O para perecer. A tus soldados (*a Cornelio*)
 Y a ti lo fío; guárdale, Cornelio.
 Mas tú entretanto delibera y toma
 Digno de tus virtudes un consejo.
 Vé y vuélvete mudado de lo que eres
 Para cumplir más pronto mi deseo.

EUSTAQUIO. Otro del que ahora soy en vano esperas
 Verme, Adriano, de un modo tan violento.
 No, no verás infiel a Dios a Eustaquio,
 Al que supo vencer muchos guerreros;
 Ni me verás en las impuras aras
 De vuestros falsos dioses ofreciendo
 Incienso a Jove por temor villano.

ADRIANO. Retírate por hoy, y piensa un momento
Que la obediencia y sumisión me debes:
Tus atrevidos locos pensamientos
Con que ultrajas a César y a los dioses
Por tu invicto valor te los concedo;
Pero, si tenaz eres, mi clemencia
Es igual a mi cólera.

EUSTAQUIO. No temo.
No, tu furor, ni compasión imploro.

ADRIANO. Soldados, custodíadle al momento.

EUSTAQUIO. No temas que me escape; Dios me guarda
Mejor que los soldados del imperio (*váase*).

ESCENA IV

Adriano y Cornelio

ADRIANO. (*Aparte*)—Ceñido de laureles está Adriano,
De flores y en un trono colocado;
Pero vese en la dura alternativa
De condenar a su guerrero caro
O de absolverle, pareciendo flojo.)

CORNELIO. ¡No conozco, señor, por qué al culpado
Le retardas la muerte! Su respuesta,
Tan soberbia como imprudente, acaso
No digna a tu valor, pues tal locura
Es indigna de un hombre tan sensato.

ADRIANO. ¿Cuántos de la ciudad saben que adora
A otro creado dios imaginario?

CORNELIO. Sábelo la ciudad toda.

ADRIANO. Quisiera
A su valor no parecer ingrato
Y a su fidelidad, por quien yo reino.

CORNELIO. (*Con ira*) ¡A su fidelidad y valor falso
Su presente impiedad bastante eclipsa!
Desobedece Eustaquio tus mandatos,
Y la ley sigue que aborrece Roma.
Los padres del imperio, los romanos
Que atribuyen a Jove su alto triunfo,

Ni cruel te llamarán, ni rey ingrato,
 Pues en los númenes augustos creen
 No a aquel Cristo a quien adora Eustaquio . . .
 Mira que cuanto más le amenazas
 Tanto menos te teme ese malvado.
 Y Roma en tanto impaciente espera
 Ver si defiendes los edictos sacros
 Del gran Trajano, y que respeto encierra
 Tu noble pecho a nuestros dioses santos.
 Roma cree que Jove la protege
 Y la defiende en el imperio vasto;
 Así, sumisa, a nuestros dioses ama,
 Y ama y respeta a los dioses tanto . . .

ADRIANO. Por esto hele a Eustaquio prohibido
 Que salga fuera de mi gran palacio,
 Si acreedor a Jove no conoce
 De las empresas cien gloriosos lauros.

CORNELIO. Jamás lo hará; mas tengo un medio sólo
 Para obtener que siga tus mandatos.

ADRIANO. ¿Cuál?

CORNELIO. Condénale a muerte al niño Tito,
 Y tu ira temerá con gran espanto,
 Pues cegado y burlándote, se cree
 Que no será jamás él condenado,
 Y entonces temerá, cuando el efecto
 De tu furor él vea.

ADRIANO. Ejecutarlo
 Has tu mismo consejo y que hoy fenezca (*váse*).

CORNELIO. Mi consejo entendió mal; entre tanto
 Por obra lo pondré. Al ver su muerte,
 Se afianzará en su opinión Eustaquio.

(FIN DEL ACTO TERCERO)

ACTO CUARTO

ESCENA I

Cornelio y Metelo

CORNELIO. No, no queda ya efugio para Eustaquio,
 Pues cuanto más Adriano le amenaza

Tanto en su voluntad está más firme,
Y por nos afrentar con soberbia habla
Y a nuestros dioses; muerte deseando
Acusa que los hombres la retardan.

METELO. Mas cuando vea que no son en vano
Del César las airadas amenazas,
Tal vez la muerte que para él desea
Infúndale temor al contemplarla.

CORNELIO. Induje a Adriano darle muerte a Tito;
Saldrá quizás la cosa muy contraria:
Mi opinión te diré yo francamente,
Cuando para explicarla tiempo haya.
Por ahora tardar no me conviene:
A Tito le daré a fieras airadas,
Porque estos espectáculos al pueblo
Le gustan y quizás su autor alcanza
Por ellos nuevo mérito y laureles.
Muerta una vez del padre la esperanza,
Con nuevas ansias buscará la muerte
Y más, le culpará si la retardan . . .

METELO. ¿Sabe Eustaquio la muerte de su Tito?

CORNELIO. No la sabe: él morir no lo rechaza.
De su prisión le sacaré, Metelo;
Tomaré de su padre mi venganza,
Y de esta suerte burlaré del padre
La siempre recelosa vigilancia.

ESCENA II

Flavio y dichos

FLAVIO. ¡Cornelio, por piedad permite que hable
Con Eustaquio! ¡Me niegan tus soldados
La entrada en sus terríficas prisiones!

CORNELIO. Pues humilde lo pides, de buen grado
Te lo concederé. Por un momento
Espera que lo saquen de palacio.
Ven, Metelo, acompáñame si quieres
Para cumplir las órdenes de Adriano.

ESCENA III

Flavio solo

FLAVIO. ¡Oh destino feroz! ¡Oh Roma ingrata!
 Que así atormentas al guerrero invicto
 Que por tu bien campea en los combates.
 ¿Por qué tu cólera he merecido?
 ¡Nación ingrata! . . . ¡Miserable pueblo . . . !
 Si regís ¡dioses sumos!, los destinos
 De los mortales en aquesta tierra,
 ¿Por qué soy infeliz con el castigo?
 ¡Otro premio esperaba de mis obras!
 ¡Infeliz padre de un hermano mío! . . .
 ¡Lágrimas tiernas, ablandad de Eustaquio
 El corazón de mármol y granito!
 ¡Oh! ya viene: propicios, almos cielos,
 Compadeceos de un guerrero mísero!

ESCENA IV

Eustaquio y Flavio

EUSTAQUIO. Aquí, aquí me tienes, Flavio mío . . .
 ¿Qué me quieres? ¿Por qué . . . no estás contento?

FLAVIO. ¡Tú, morir quieres y arrastrar contigo
 A Tito! ¿Por qué, pues, del desconsuelo
 La causa me preguntas? ¡Estás firme
 En tu mísero y triste pensamiento!
 ¡Tú, perder quieres al pequeño Tito;
 A aquella gloria que con grande esfuerzo
 Y con invicto brazo has conquistado
 A tus contrarios bélicos venciendo . . . !
 ¡Las lágrimas no son para un valiente;
 Mas vence el llanto un corazón de hierro!

EUSTAQUIO. ¡Ay! si me amas, no quieras, caro Flavio,
 Atormentar mi corazón paterno!
 En paz déjame, deja que el triunfo
 Concluya en un pacífico sosiego.
 ¡Cuánto quisiera que mis pasos sigas
 Tú, que en las lides con valor guerrero
 Seguiste el tremolar de las banderas

Y de las armas el rumor y estruendo!
Si me seguiste por buscar ciudades,
También debes seguirme a un reino eterno . . .

FLAVIO. Te amo con el amor de un hijo amante:
Mas ¿contigo perezca es tu deseo?

EUSTAQUIO. No digas que me quieres, ¡porque agravas
Mi dolor! mientras pobre te contemplo
Que careces de un bien eterno y puro . . .
Pero no finjas un amor ajeno.

FLAVIO. No finjo, señor. Júpiter excelso
Atestigua del pecho la pureza
A quien consume del amor el fuego.
Mas si de tí piedad no tienes; Tito
Morirá sólo por tu cruel deseo.
También perecerá tu mayor hijo
Al que, si accedes, descubrirle puedo.
Mas para no morir a vuestros ojos
Le oculto.

EUSTAQUIO. Y ¿es amor? no; que es tormento.
Y engaño fabricado por vosotros
Para mitigar mi corazón paterno.
Bastante tu valor conozco, Flavio,
Y tu piadoso amor te lo agradezco.

FLAVIO. Ni engaño es, ni conoces todavía
Mi amor que a tu persona sólo tengo.
Mas di ¿quieres morir sin ver a tu hijo,
Sin decir nada ni el adiós postrero?
Si a él y a mí nos amas ciertamente,
Muéstramelo y verás mi pensamiento . . .
¿Lloras? . . . ¿Por qué tu rostro vuelves? . . . ¿dime?
¡Querido padre! Aquí en mi triste pecho
Encuentras un filial amor. ¡Soy Flavio!
¡Soy el que sufre sin igual tormento!
¡Piérdeme o sálvame contigo, Eustaquio!
Si me quieres salvar, iré contento . . .
Llévame a Tito, a mi querido hermano,
Pues convencerle y abrazarle quiero
Ya que tu corazón es inflexible . . .

EUSTAQUIO. ¡Oh! ¿Quién, Dios, tus altísimos secretos
 Sondear puede? Me volviste a mi hijo,
 Y lo debo a tus célicos decretos.
 Pero si al seno de su padre vuelve,
 Dios eterno, condúcele a buen término;
 Para gozar de tu dichosa gloria.
 Muda su corazón y sentimiento
 Para que sea Flavio también tu hijo.
 ¡Oh! tu faz me hace recordar objetos,
 Tiernos objetos a mi mente gratos.

FLAVIO. ¡Oh padre mío! Cuando te encuentro,
 También te pierdo en el instante mismo . . .
 ¿Puedes sufrirlo? Fausto sin saberlo
 Uniónos; y ¿querrás morir ahora?
 ¿Separarte de mí quieres de nuevo?

EUSTAQUIO. Dios fué quien nos unió, querido Flavio,
 En mis días pacíficos postreros,
 Y tú podrás estar unido siempre
 A tu hermano y a mí, Flavio, en el Cielo.
 Que en esta vida, fugitiva y vana,
 Has olvidado que en tu tierno pecho
 De religión cristiana, en tierna infancia,
 Aprendiste los dulces sentimientos.
 Las primeras ideas, que en tu mente
 Fueron escritas, son del verdadero *
 Criador. Créeme, Flavio, cree a un padre:
 Felice vivirás, dulce y contento,
 Si siguieres las célicas doctrinas
 De nuestra santa religión. Confieso
 Que en mi robusta edad dejé los dioses,
 Creyendo en las doctrinas del Eterno.
 También cristiana fué tu cara madre . . .

FLAVIO. ¿Do está mi madre, porque verla quiero?

EUSTAQUIO. Terminó felizmente su existencia,
 Dando fiel testimonio al Dios eterno.
 Ella mora en el Cielo y nos convida
 A su feliz y placentero seno.

* El texto de *Cult. Soc.* dice: *eran*, que nos permitimos cambiar en *son*, para eliminar una sílaba, que no cabe en la medida.—*Ed.*

¿Te acuerdas cuánto te quería, Flavio?
 Ya la veré en las puertas de aquel reino
 Más bella que el sol, más que la luna,
 Tendiéndome sus brazos placenteros,
 Abrazarme y besar al feliz Tito
 Y preguntarme con doliente acento:
 "Esposo dulce, ¿do está mi Flavio?"
 Mas, hijo, di: ¿qué responderla puedo?
 ¡Es de nuestro Criador cruel enemigo,
 Que adora y sirve a otros dioses pérfidos;
 Que por crueles engaños luz le falta
 Y que preso será de hórridos fuegos
 Y vengadores de la fe sagrada!
 Ofrecí a aquel Señor, al Dios inmenso
 Que tú le adorarías desde niño (*a Flavio*),
 Y por esto esperaba tener premio:
 Pero diréla que, al salir del mundo,
 Te hablé, te mostré el feliz sendero;
 Mas te mostraste duro a mis palabras.
 Entonces, separado en el Averno
 Estarás de Dios, de ella, del caro Tito:
 Entonces aquel Flavio, su hijo tierno,
 No verá de los cielos las delicias;
 El Flavio aquél que fué su amor primero.
 Ya que la quieres, que doliente lloras (*a Flavio*),
 Ansioso busca su materno seno,
 Tan dócil a los ruegos de sus hijos.
 Ella te espera, Flavio, y en el Cielo.

FLAVIO. Amo a mi padre y no dejarme debe.
 Sumido en mi dolor y en llanto extremo
 Él no debe morir, pues mira en Flavio
 A un hijo triste y falto de consuelo.

ESCENA V

Claudio y dichos

CLAUDIO. ¿Do está Tito? . . . ¿do, señor, se encuentra? . . .
 ¡A dura muerte véisle conducido
 A leones y fieras entregado!
 Y ¿no buscas refugio para tu hijo?

EUSTAQUIO. ¿Qué dices? ¡Ay de mí! . . . ¡Mi hijo peligra!
 Más ¿qué? aun no nos dieron el castigo . . .

Pero ¿le has visto tú? ¿Cómo lo sabes?
¿Por qué? ¡Cuéntame, cuenta, Claudio mío!

CLAUDIO. Conducido por pérfidos soldados
Cerca al anfiteatro yo le he visto:
La turba al espectáculo corría
Para mirar al desgraciado niño.
Repetía la plebe confundida:
¡Mira al hijo de Eustaquio, mira a Tito
Entregado a las fieras; es cristiano!

EUSTAQUIO. Criador omnipotente, Dios benigno (*mirando al Cielo*),
Su tierno corazón suave conforta.
Señor, sosténle, a ti te le confío;
¡Sé dulce en el instante de su muerte!
Triunfa, Señor, de cuantos enemigos
Hay en el mundo. Exalta de tu nombre
La gloria, porque seas tú temido.
Roma vea que tú, Señor, le ayudas.
Su alma recibe . . . Mas ya dulce Tito,
Hijo mío, feliz gustoso ofrece
Tu sangre por tu hermano, hijo querido.

FLAVIO. ¿Qué dices, padre? ¡Oh! ¡cuál me oprime el pecho!

CLAUDIO. ¡Oh! mi Flavio, bien tienes tú, motivo
De llorar . . . en los ojos . . . en el rostro . . .

EUSTAQUIO. Mas ¿qué parecía, Claudio mío?

CLAUDIO. Radiante, alegre cual naciente Febo
Apenas me vió cuando, Claudio, dijo:
“Adiós, y di a mi padre que apresure
El feliz día por estar conmigo”

FLAVIO. ¡Ay, salvarle quisiera! . . . mas ¿que miro?

CLAUDIO. Tú no lo ignoras, que también es tu hijo
Y ¿no le salvas del dolor que sufre?

EUSTAQUIO. ¡Ay, salvarle quisiera! . . . mas ¿que miro?

ESCENA VI

Tito y dichos

CLAUDIO. ¿Cómo? Pues . . . ¿te salvaste? ¡No lo entiendo! (*a Tito*)

- TITO.** ¡Ay! padre . . . ¡ay! amigos . . .
- EUSTAQUIO.** Hijo amado,
¿Te mantuviste fiel a Dios?
- TITO.** Sí, padre.
- EUSTAQUIO.** ¿Cómo huiste del premio deseado?
- TITO.** No pienses que fuguéme, caro padre.
- EUSTAQUIO.** ¡Oh Dios! me temo algún pérfido engaño.
- TITO.** No temas, no, pues preparado estaba
A recibir la muerte cual cristiano.
- EUSTAQUIO.** ¿Que ha sido, pues, de ti? Refiéreme al instante.
- TITO.** Apenas me dejaste, entró en mi cuarto
Y me sacó de él el feroz Cornelio,
Confiándome a sus pérfidos soldados,
Pues a la muerte condenado estaba
Por el mandato del insigne Adriano.
De ahí me condujeron al instante
Al ancho y espacioso anfiteatro.
Y al momento me veo en la arena
De la gente y paredes rodeado.
Rugidos desde las cerradas cuevas
Oía de leones no contados.
Yo doblé en tierra mis rodillas tiernas
Y pienso en mi Señor. Su nombre santo
Con ferviente clamor lloroso invoco . . .
Avivo la esperanza, pues cercano
Ya veo el asilo de los justos.
“Toma tu siervo,—con fervor exclamo,—
Y el sacrificio de mi vida acepta.
Te encomiendo, Señor, mi padre amado
Y mi aliento recibe bondadoso.”
Esto dije, y al punto los soldados
A dos leones las barreras abren
Que furioso al medio se lanzaron;
Airados mueven sus guedejas largas
Y sus colas agitan con espanto; *

* Alguien ha interpolado la palabra *fero*, entre “con” y “espanto”, resueltamente hemos eliminado la voz, por requerirlo la integridad del metro.—Ed.

Y rugiendo cual truenos fragorosos
 Hambrientos salvan el inmenso patio.
 Sus dientes y sus garras me mostraban;
 Mas al llegar a mi, deponen el estrago,
 Y me acarician con ternura suma.
 Y volviéndose plácidos y mansos
 Tres veces rozan su rojizo lomo
 Ligeramente a mi derecho lado.
 Y plácidos mirándome descansan
 Y de la arena se echan a lo largo . . .

EUSTAQUIO. ¡Oh consejos de Dios inexcrutables!
 ¡Tú a los leones haces tornar mansos;
 Su corazón con tu palabra ablandas
 Y endureces también a los malvados!
 Por tal prodigio a tu Señor bendice (*a Tito*)
 Y dale gracias por dejarte salvo.
 ¡Ciega Roma! abre tus nublados ojos
 Y reconoce al Dios de los cristianos.
 Mas di ¿cómo has venido?

TITO. El pueblo entero
 Del suceso tal álzase admirado
 Y al instante también yo me levanto,
 Yéndome a los que guardan las entradas
 Que quizás por ti, padre, me dejaron.
 Y fuíme a ti por el camino recto.
 Haz, Señor, lo que sea de tu agrado (*mirando al Cielo*)
 Que el sacrificio de mi vida ofrezco.

CLAUDIO. Tu Dios desea verte sano y salvo
 Para que a Jove plácido obedezcas.

EUSTAQUIO. Por tal medio no quiere él sea salvo.
 Ni lo puede querer.

CLAUDIO. ¿Por qué no puede?

EUSTAQUIO. Porque no quiere que a su fe seamos
 Unos traidores pérfidos. ¡Oh! Tito
 Mira a tu hermano en el guerrero Flavio
 Te referí.

TITO. ¡Querido! . . . ¡dulce hermano! (*va a abrazarle y le
 detiene Eustaquio.*)

- EUSTAQUIO** ¡No le abracés! ¡Contrario es del Dios nuestro!
- TITO.** ¡Infeliz Flavio! ¡Hermano desgraciado! . . .
¡Señor, su corazón de hierro vence!
- EUSTAQUIO** ¡Mira cuán cruel te muestras, hijo ingrato! (*a Flavio*).
Debió vencerte Tito con su ejemplo *
Y el saber que las fieras se domaron.
Mira que Dios el ímpetu salvaje
De los leones fieros ha domado
Por darte a conocer que su ser es Supremo.
Con valor me seguiste cual soldado
No temiendo el espectro de la muerte . . .
Por la gloria marcial fiel, acatando
Al caudillo de las romanas armas **
Y siguiendo la voz de mi mandato.
Y a mi querer pusiste el noble pecho
A las densas saetas de los Partos,
Valeroso e intrépido cual siempre . . .
Y ahora necesito de ti, Flavio,
Aquel valor, fidelidad debidos
A un Dios criador, potente y soberano.
Tú me reconociste por tu padre
Y ¿tu querer mudaste, Flavio ingrato?
Más ¿por qué intento doblegar un alma
Que se hace sorda a mis consejos sanos?
¡Hijo infeliz, de mi presencia huye,
Por no escuchar mis postrimeros fallos,
Las quejas dolorosas de tu padre
Que el corazón lastiman. Parte, Flavio,
Vé lejos de tu padre a quien desoyes.
Y di al menos: "Adiós, padre . . . hermano . . ."
- TITO.** ¡Ay! Flavio . . .
- EUSTAQUIO** ¿Tienes corazón bastante
Para decirlo? No lo tienes tanto.
Tú tal ingratitud no manifiestas.
¡Ay! responde, responde desgraciado.

* En *Cult. Soc.* "Debió vencerte de Tito el ejemplo." Estábamos dispuestos a dejarlo sin alteración, confesando nuestra deficiencia en no acertar con lo correcto y propio: un padre jesuíta que lo vió, apuntó el verso del texto, lo que nos pareció bueno, y lo acogimos con agradecimiento.—*Ed.*

** Hemos rearmado el orden de palabras para reconstruir estos dos versos, añadiendo *romanas* en el segundo, para completarlo.—

FLAVIO. ¡Venciste, padre, y a tus plantas vesme! (*se arrodilla*)
 Adoro a tu Criador, le adoro y amo.
 Conozco al Dios Supremo de mi infancia.
 Si me reciben sus amantes brazos,
 Le querré más que nunca. ¿Esperar puedo
 Que recibirme quiera aunque malvado?

EUSTAQUIO Si, Flavio, y por mi boca te promete
 Que Él te admite en su asilo sacrosanto,
 Con tal que le ames con amor de un hijo.

FLAVIO. ¡Era ciego e infeliz, hace diez años! . . .

EUSTAQUIO Tus infidelidades cometidas
 El arrepentimiento borra, Flavio,
 Levántate y reposa bien contento.*

FLAVIO. Contigo espero el premio deseado
 Que me prometes . . . ¡Tito, ven y abrázame!

EUSTAQUIO ¡Abrázale y muramos abrazados!

(FIN DEL ACTO CUARTO)

ACTO QUINTO

ESCENA I

Claudio y Flavio

CLAUDIO. En fin, oh Flavio, ¿qué de tu existencia
 Puedo esperar?

FLAVIO. Yo pienso, caro amigo,
 Que en el Cielo me aguarda un dulce asiento
 Y duradera paz; pero conmigo
 ¿No estarás?

CLAUDIO. Veo que paterna ciencia
 Pudo ya encaminar tu entendimiento
 A los senderos do odiarás tu vida.

FLAVIO. No ya por el amor busco la muerte.
 La razón a opinión tal me convida.
 Si mi padre (no quiéralo la suerte)

* Agregamos *bien*, entre "reposa" y "contento," pues a la línea le falta una sílaba, para ser verso.—Ed.

De Adriano obedeciese los mandatos,
Estaría más firme que una roca,
Y yo calificándolos de ingratos
Continuaría en lo que Dios me enseña.

CLAUDIO. Pero . . . ¿esta fe tu sangre, Flavio, exige?

FLAVIO. Lo pide ahora; pero, Claudio, mira:
Si quisiese luchar, como te dije,*
Por monarca, que mísero suspira
Y por Roma animoso me ofreciese:
¿Algún premio feliz he merecido?
Pues mucho más morir y luchar debo;
Pues si esto a un miserable lo debiese.
Por mi Dios que con su gloria me convida
¡Más debería a Dios esclarecido!
Y más, Adriano levantar no puede
Mi cuerpo de la tumba ya olvidada
Ni que more en región tan regalada
Como la que mi Dios ya me concede.
Deja que vaya a nuestros aposentos**
Para tratar de religión querida . . .
Los últimos momentos de mi vida . . .

CLAUDIO. (*Interrumpiéndole*) ¿De tu vida los últimos momentos?

Piensa, Flavio, y con juicio determina.

FLAVIO. Pienso y me duele mucho, caro amigo,
Que no tengas feliz parte conmigo
En el gozar de la bondad divina.
¡La paz busquemos en el cielo santo!

CLAUDIO. No quiero el cielo. Sé que más te estimo
De lo que crees, Flavio. ¡Qué quebranto!
¡Por haberte estimado, triste gimo!
¡Oh corazón cruel ingrato y duro!

FLAVIO. No lo es tan duro que por ti no sienta
Un agudo dolor que triste apuro,

* Nos tomamos la libertad de suprimir *lo*, entre "te" y "dije," que aparecen en la edición de *Cult. Soc.*, por requerimiento del metro.—*Ed.*

** "Deja que vaya a nuestros departamentos," (*Cult. Soc.*), que no es verso endecasílabo: también estábamos por dejarlo intacto; y el propio sacerdote, mencionado en nota de la pág. 119, propuso el cambio de la voz "departamentos" por *aposentos*, y así se salva el inconveniente.—*Ed.*

La pasada inquietud que me atormenta.
 ¡Ay! por tu obstinación, inquieto muero!
 Tal vez harás lo que desechas ora
 Y entonces alegría encantadora
 Por tu mudanza religiosa adquiero.
 Y si tu corazón ardiente me ama,
 Apaga el fuego que mi pecho inflama.

ESCENA II

Metelo, Cornelio y dichos

CORNELIO. ¡Alejaos de aquí! y tú vé a Adriano (*a Flavio*):
 Te mando que a él vayas al instante . . .

FLAVIO. ¿Por qué? . . . ¡me llama nuestro soberano!
 (Pues veo en su faz gesto amenazante.)

CORNELIO. ¿Y lo preguntas? ¿Sabes que un romano
 Importunar no debe al gobernante?
 Vé, Flavio, y lo sabrás en el momento;
 Y tú, parte también en seguimiento (*a Claudio*).
 (*Vanse.*)

ESCENA III

Metelo y Cornelio Solos

CORNELIO. ¿Sabes que Flavio sigue ya y adora
 Al Dios de los cristianos y que es hijo
 Del Criminal?

METELO. De averiguarlo acabo;
 ¿Mas qué será del desgraciado joven?

CORNELIO. Arrancado del lado de su padre
 Vivirá; y de los númenes al culto
 Por las lisonjas volverá de Adriano;
 Y más, Adriano tiene un ateniense,
 Hombre de rara ciencia y de talento,
 De elocuentes razones persuasivas
 Que contrariar difícilmente pueden,
 Y le disuadirá con su discurso,
 De modo tal que cederá gustoso . . .
 Y de su padre lejos no es posible
 Que a los ruegos resista y que la muerte
 Busque, demente, con un tal deseo.

- METELO. ¿Vivirá Flavio?
- CORNELIO. ¡No me importa nada!
Pues él poco se opone a mis designios.
Eustaquio, sí, se muestra mi contrario,
Con Tito morirá y en breve plazo
Si Adriano lleva a cabo sus designios.
- METELO. ¡Por ellos, en verdad, compasión siento!
¿Y apresuras la muerte a reos míseros?
- CORNELIO. Si reos son, ¿por qué tardar la muerte?
- METELO. ¡A los cristianos los defiende el Cielo!
- CORNELIO. ¡El Cielo!
- METELO. ¿No lo viste en ese Tito?
¿Quién refrenar el hambre de las fieras
Puede sino la omnipotente fuerza?
- CORNELIO. ¿Cómo defiendes su cruel delito,
Cuando tal crimen los acusa y hiere?
- METELO. Con tal defensa, digo, los acusas.
- CORNELIO. ¿Y las mágicas artes no conoces
Que sirven con frecuencia a los impíos?
Y ¿verás aún más raras maravillas? . . .
Además, lo desea nuestro Adriano.
A pesar de ser lento, le he movido
Que me los deje y que decida de ellos . . .
- METELO. Pero ¿tú crees que delitos tienen?
- CORNELIO. Así lo quiere: sé lo que me hago:
Helos aquí que vienen con cadenas.
- METELO. ¡Ay, que derramas inocente sangre!
¡Oh, qué terror! ¡Qué leyes tienes, Roma!

ESCENA IV

Eustaquio, Tito encadenados y dichos

- CORNELIO. Manda el Emperador que te dijera
Su prepotente voluntad postrera,
Y determina bien sobre tu suerte:
¿Quieres el sacrificio o bien la muerte?

- METELO.** ¡Piensa que en ti perece tu victoria,
Juntamente con Tito tierna gloria!
- EUSTAQUIO.** Por tu amor y piedad te doy las gracias (*a Metelo*).
- CORNELIO.** ¡Me duelen mucho, amigo, tus desgracias!
- EUSTAQUIO.** Cumple con tu deber . . . no digas cosa
Que no la siente tu alma mentirosa.
Te conozco, Cornelio, y te perdono.
La muerte escojo que me ofrece el trono.
Metelo, ¿di, está Flavio, di?
- METELO.** Delante
De Adriano está. No en el error constante,
Porque resolución tomará Flavio
Digna de un joven tan discreto y sabio.
Dejará las erróneas costumbres
De nuestra religión a los vislumbres.
Y tú vive por Roma, por vosotros,
Por tus caros amigos y por otros
Que te quieren. Vé, pues, al sacro templo
De Júpiter y muestra grande ejemplo
De religiosidad.
- EUSTAQUIO.** Pecaré, amigo,
Contra mi Dios, si tus consejos sigo.
- METELO.** ¿No quieres ver a Flavio?
- EUSTAQUIO.** Yo quisiera
Verle antes que con Tito pereciera.
¡Cornelio, por piedad, sé más humano!
- CORNELIO.** Eustaquio, tu deseo será en vano.
Tú sabes que obedezco a la corona.
- TITO.** ¡Oh padre! Flavio ya nos abandona,
Y se vuelve de Júpiter al culto.
- EUSTAQUIO.** ¡Ay! qué afrenta feroz, qué cruel insulto!
Con mis queridos hijos presentarme (*alzando los
ojos*)
Pensé, con ellos, ¡oh Señor!, juntarme

Y a tus pies altísimos postrarme
 ¡Ante tu trono anhelo
 Esa felicidad para mi pecho!
 ¡Y tú, mi Flavio, has mi placer deshecho!
 Y si mi corazón probar quisieres,
 Que así con tu justicia un alma hieres.
 Tú puedes sostenerme con tu gracia
 Contra el peso feroz de mi desgracia . . .
 Perdona mi dolor, yo desconfío
 De mi Flavio infeliz, y en ti me fío.
 ¿Qué fuerza le podrá cambiar al triste
 De corazón, si tu favor le asiste?
 Por ti muero y espero algún consuelo
 De encontrarle glorioso en el cielo.
 Por mi culpa tus votos lo permiten
 Que a mi querido Flavio me lo quiten
 ¿Hablarle no podré de ningún modo? (a Cornelio).

CORNELIO. ¡Pídeslo en vano!

EUSTAQUIO. ¡Sufrirélo todo!
 El amargo dolor en sacrificio
 Acepta y de mis días el suplicio.
 Cumplamos su deseo, y vamos, Tito;
 La muerte venga y al edén subamos.
 Tu tierno corazón a Dios levanta;
 Sufre la muerte que al culpado espanta.

TITO. Vamos, ¡oh padre! alegres al suplicio.
 ¡Recíbeme! Mi vida doy por Flavio;
 Por Flavio ofrezco a Dios mi sacrificio
 Y sufrir por Dios cualquier agravio.

EUSTAQUIO. Si tienes corazón piadoso y fuerte (a Metelo),
 Dile a mi Flavio que en la cruda muerte
 Sentí que con nosotros no estuviera,
 Pues con Flavio contento pereciera.
 Y mientras que de Dios piadoso implora
 Que me perdone el alma pecadora,
 Acuérdesse del Cristo soberano,
 De una madre, de un padre y de un hermano
 Que en el cielo le esperan impacientes.
 Anima, Tito, los tus pies dolientes (le lleva y anda).

ESCENA V

Flavio y dichos andando

FLAVIO. ¡Oh padre . . . deténte! . . . ¿Por qué con cadenas
Caminas gustoso? ¿a do vas?

EUSTAQUIO. Al cielo.
¿Y a do te diriges, mi dulce consuelo?

FLAVIO. Me voy con vosotros, por muerte sufrir.

EUSTAQUIO. Querido, ¿será cierto?

FLAVIO. ¡Qué ataque terrible
De premios, promesas, lisonjas, razones,
Miradas terribles, airadas acciones,
Pensando que pueda del bien desistir!
Mas Dios ha vencido por mí, y al instante
Morir con vosotros desea mi alma;
Morar placentero y feliz en la calma,
Cantando alabanzas al Justo Criador.

EUSTAQUIO. Inundas mi pecho, mi Flavio querido.
Eustaquio temía por ti solamente.
Y tiembla ya el pecho con gozo ferviente,
Por verte resuelto a morir con ardor.

CORNELIO. ¿Los dioses no adoras?

FLAVIO. ¿Los dioses de Roma?
Adoro al Eterno Criador de la tierra,
Al Dios soberano de paz y de guerra;
Por Él morir quiero y servirle cual fiel.

CORNELIO. Ponedle cadenas, venid, oh soldados (*vienen*).

FLAVIO. ¡Cuán dulces las siento! ¡qué suaves cadenas!

EUSTAQUIO. Por fin, me quitaron las lúgubres penas;
Rebosa mi pecho dulzor, suave miel.
Veréte por cierto, oh Dios, con mis hijos . . .
Por Dios convertiste mi fúnebre llanto
En gozo abundante de célico encanto,
Que llena de gozo el feliz corazón.

TITO. ¡Felices ya somos!

FLAVIO. ¡Dischosos nosotros!

CORNELIO. Llevadlos, soldados, a darles la muerte.

EUSTAQUIO. Venid y suframos con pecho el más fuerte,
Pues Dios nos convida a su eterna mansión.

ESCENA VI

Cornelio y Metelo

METELO. No se conoce tal virtud en Roma,
Pues reciben alegres la sentencia
Y se contentan si del mundo parten . . .
Tan resignados miran la hora extrema,
Que es posible que un numen les dirija
Superior numen en poder y fuerza.

CORNELIO. Te engañas. Valor finjen los cristianos,
Porque de intrépidos la fama anhelan.
Si morir saben, en reinar soy sabio . . .
Por fin, vencí triunfando de la fiera
Que la corona arrebatar me quiso.

METELO. "Presto se cae el que veloz se eleva."
La fortuna es voluble, y desde lo alto
Precipita al mortal en la cisterna.

CORNELIO. Después de Adriano, yo seré el primero,
Y mandaré en la comenzada guerra.

METELO. Si cayó tu enemigo, tú que subes
En tu futura caída cree y piensa.

CORNELIO. Como no tengo la fortuna tanta,
No temo que me arrojen con la fuerza.

METELO. Creo que así discurren los humanos
Que de sí mismos míseros se ciegan.
Sobre la suerte ajena cuerdos somos;
Pero, ciegos, acerca de la nuestra.
Y con ella mancharme no quisiera.
Yo, Cornelio, soy reo de su sangre,

CORNELIO. Así te lo parece, pues su muerte
Hace que compasión tu ánimo sienta.
También sentía yo remordimientos . . .
Mas será Adriano quien la culpa tenga.

METELO. Mas si tienes delito y no lo temes.
¿No temes a Adriano?
¡Oh! ¿qué piensas?
El Emperador, digo, no te manda
Que le dieses la muerte sin su venia.

CORNELIO. Él habló, de manera que ya no temo . . .
Él estaba dudoso, según muestra
En condenarlos o dejarlos libres;
Pero, vencido en fin por mi elocuencia,
"Cornelio, dijo, a ti te los entrego" . . .
¿Qué puedes replicar?

METELO. Sólo un instante
Aguarda, pues parece que alguien se acerca.

CORNELIO. Vé y presto toma los dioses . . . ¡Ay! ¡qué pena
Siente mi corazón desesperado!
Cruels remordimientos se apoderan
De mi alma infame. Las airadas furias
Vengativas mi corazón lo cercan.
Paréceme que veo sus espectros
Silenciosos vagar pidiendo cuenta
De mis maldades. ¡Nada! ¡Nada! es tarde.
¡Ninguna salvación! ¡nada me queda!

METELO. ¡Adriano viene con la faz turbada!

CORNELIO. ¡Temo que Claudio . . . siento la sentencia!

ESCENA VII

Adriano y dichos con lictores y sacerdotes

CORNELIO. ¡Oh! salvóse por fin la ley trajana,
El honor de los dioses juntamente.

ADRIANO. Pero no la palabra corneliana
Ni su fidelidad. Precisamente
Todo el bando del águila romana
Tus calumnias verídico desmiente;

Pues apenas los Jefes lo supieron
A Eustaquio persuadirle prometieron.

CORNELIO. Gran Emperador, por Jove juro
Que de lento acusarte se atrevían
En condenar a Eustaquio, y te aseguro
Que por verle morir se complacían . . .

ADRIANO. Apresurado has, pérfido perjurio,
La tal condenación que lo pedían,
Como dices, las leyes de Trajano
Ejecutándola por tu propia mano;
Pero, no obstante, quédome dudoso . . .
Quiero ver si cual cuerdo me serviste,
Cuando te entregué a Tito el animoso
Para darle a su padre, ¿obedeciste
A lo que te mandaba? ¡Ah! cruel, doloso,
¿Puedes aun recordar lo que dijiste?
¿Con qué fidelidad hasme servido?
¿Mis mandamientos has contradecido?

CORNELIO. Señor . . . ¿Qué duda es ésta? yo no entiendo . . .
Habléle cual me habías tú mandado . . .
Mas, ¿cómo recordar, no lo pudiendo?

ADRIANO. Si en tu mente no tienes lo grabado,
Acuérdate del crimen tan horrendo
Animándole a Tito, desgraciado
Contra Júpiter, Roma a rebelarse
¡Pensando que puédeme ocultarse!
Ya descubrí tu crimen, y no obstante
También tu palidez me lo confiesa.
Tú sentir deberías al instante
Que veas que el delito, ya te pesa.
Tito no me lo dijo, fué un amante
Apreciador de la infeliz vida esa
Que de sacrificar acabas fiero
En las aras de un numen carnicero.
Y finges serme fiel estimulando
A que nieguen de los dioses la potencia.
Cuando muchos caudillos esperando
Conseguir el perdón de mi clemencia,
Tú te levantas sólo maquinando
A que les apresure la sentencia . . .

Esto lo causan tus fingidos celos
 Dando al Emperador grandes desvelos;
 Tú creyendo que en ti yo confiaría
 La nave y poder del vasto estado
 Y que tu personaje se pondría
 En mi radiante y majestuoso lado . . .
 Mas te concedo yo, por su osadía,
 Que te embarques ahora apresurado
 Que a Ostia vayas por tu infame yerro
 A sufrir para siempre el cruel destierro.
 Jamás saldrás de allí por ser ingrato;
 No alivio gozarás sino tormento,
 Ni pisarás a Roma, pueblo grato,
 Ni probarás allí rico alimento
 Por desobedecer a mi mandato.

CORNELIO. Señor, perdona . . . ruego a tu clemencia . . .

ADRIANO. Envidioso, vé y sal de mi presencia.

METELO. Eres tú, señor, justo y clemente,
 Pues procedes cual debe un soberano.

ADRIANO. Y tú, Metelo, piensa y no te aliente
 La envidia y ambición, no, de un humano.
 Mira a Cornelio que en matar consiente
 A los leales por su propia mano,
 De la infidelidad huye del templo.

METELO. Aprenderé, oh Adriano, con tu ejemplo.

ESCENA ÚLTIMA

Claudio y dichos

ADRIANO. ¿De dó vienes, Claudio? ¿Qué nuevas me traes?

CLAUDIO. Eustaquio, ¡oh! Adriano, murió con sus hijos
 Tras dura batalla y dolores prolijos.
 Decirte no puedo la fiel relación.
 El pueblo lloraba de llanto movido,
 Al ver a los niños que alegres reían
 Y plácido el rostro contentos morían.
 Movióse mi pecho por dulce emoción.
 Orando ofrecía su cuello al verdugo
 El cándido Tito, que suave reía . . .

Saltó su cabeza que hermosa se erguía
 Del hierro al impulso de mano feroz.
 Su padre al instante la coge y la besa
 Con tierno cariño en el rostro marcado,

.....*

Orando ferviente y en plácida voz.
 De Flavio, mi amigo, la hermosa cabeza
 Se aparta del tronco en el mismo momento.
 Lloraba mirando suceso sangriento,
 Que el pueblo tenía lloroso también.
 Eustaquio siguiólos alegre y contento
 Y ofrece su vida con ánimo fuerte
 Del hierro y el fuego esperando igual suerte
 Por ver a sus hijos en célico edén.
 Morir yo pensaba al mirarlos tan fieles,
 Al verlos con rostro sonriente y contento
 Sufrir animosos el fiero tormento.
 ¡Qué imagen tan tierna, feliz sumisión!
 Movióme en extremo que Flavio que Tito,
 Con voz cariñosa decíame a mi:
 "Oh Claudio, oraremos nosotros por ti"
 Aguda saeta me hirió el corazón.

ADRIANO. La ley de Trajano y el fiero Cornelio
 Privaron a Roma de un hombre valiente.
 De secta cristiana que odiaba la ley.
 Sentía en extremo que fuese creyente;
 Sentía en extremo obligarle mi mando
 Haciendo que crea en un numen potente,
 Querer que privóme de un Jefe valiente
 Dejando esparcida su bélica grey.

CLAUDIO. De lástima dignos no fueron por cierto.
 Nosotros lo somos . . . Un Dios prepotente
 Existe, que manda y gobierna clemente . . .
 Futura existencia se encuentra también.
 ¡Cuán fuertes los vemos a tantos cristianos
 Que sufren, toleran la muerte con gusto:
 Así lo ejecutan honrando al Dios justo,
 El Dios de cristianos que hizo el Edén!

FIN

* Falta aquí una línea: el sentido y la rima lo denuncian.—Ed.

UN RECUERDO A MI PUEBLO

(Kalamba—La Laguna)

Cuando recuerdo los días
Que vieron mi edad primera
Junto a la verde ribera
De un lago murmurador;
Cuando recuerdo el susurro
De Favonio que mi frente
Recreaba dulcemente
Con delicioso frescor;

Cuando miro el blanco lirio
Henchir con ímpetu el viento
Y tempestuoso elemento
Manso en la arena dormir;
Cuando aspiro de las flores
Grata esencia embriagadora
Que se exhala cuando aurora
Nos comienza a sonreír.

Recuerdo, recuerdo triste
Tu faz, infancia preciosa
Que una madre cariñosa
¡Ay! consiguió embellecer;
Recuerdo un pueblo sencillo
Mi contento, dicha y cuna
Junto a la fresca laguna
Asiento de mi querer.

¡Oh! si mi insegura planta
Holló tus bosques sombríos,
Y en las costas de tus ríos
Hallé grata diversión;
Oré en tu rústico templo
De niño con fe sencilla
Y tu brisa sin mancilla
Alegró mi corazón.

(Texto facilitado por el Dr. Leoncio López-Rizal)

Vi al Criador en la grandeza
De tus selvas seculares
En tu seno los pesares
Nunca llegué a conocer;
Mientras tu azulado cielo
Miré, ni amor ni ternura
Me faltó, que en la Natura
Se cifraba mi placer.

Niñez tierna, pueblo hermoso,
Rica fuente de alegrías
De armoniosas melodías
Que ahuyentan el pesar;
Volved al corazón mío
Volved mis horas süaves
Volved, cual vuelven las aves
De las flores al brotar.

Mas ¡ay! ¡Adiós! Vele eterno
Por tu paz, dicha y reposo
Genio del bien que bondoso
Tus dones da con amor;
¡Por ti mis fervientes votos
Por ti mi constante anhelo
De aprender, y plegue al cielo
El conservar tu candor!

Calamba, 1876

J. RIZAL

EL CAUTIVERIO Y EL TRIUNFO

(Batalla de Lucena y prisión de Boabdil)

Taladas las comarcas de Montilla,
Provoca el arrogante Abencerraje
A los bravos atletas de Castilla
A que humillen feroces su coraje.

El conde de la Cabra presto llega
Ostentando el acero en brazo fuerte,
Cual la Parca que lúgubre despliega
Sus negras alas de matanza y muerte.

Avanza, cual león de presa ansioso,
Hacia las tropas de una raza impía;
Don Diego acompañábale ansioso,
Como el radiante sol al nuevo día.

Así cual huye el ciervo fugitivo
Evitando la alígera saeta,
Amedrentado el corazón altivo,
Tal huían las huestes del Profeta.

Mas no así la feroz caballería,
Antes expone por escudo el pecho,
Esperando la lid con bizarría
Por combatir con mísero despecho.

A sus legiones Boabdil alienta
Ardiendo en rabia y en furor salvaje:
Píntase en su semblante la tormenta,
Y habla a los fugitivos con coraje:

“¿A dó os conduce, moros desdichados,
El torpe miedo que os acosa y ciega?
¿De quién huís? ¿Con quiénes, desgraciados
El fuerte corazón lidiar se niega?”

Dijo; y la trompa suena amenazante;
Llegan los nuestros, y la lid se traba;
Y el rudo son del hierro centelleante
Por doquiera tan sólo se escuchaba.

Don Alonso Aguilar los arremete
 Con denuedo y furor, por un costado;
 Hiere, degüella, asola y acomete
 Cual fiero lobo al tímido ganado.

¡Ay! vanamente implora a su Profeta
 El obstinado y cruel mahometano,
 Mientras las riendas y la lanza aprieta
 Contra el fuerte y magnánimo cristiano.

Allí fenece el adalid valiente
 Entre el fiero tumulto de la guerra:
 Caballos, lanzas, yelmos, tristemente
 Hechos pedazos vense por la tierra.

Huye ante los cristianos victoriosos
 Su acobardada y ya rendida gente;
 Cual se escapan los ciervos temerosos
 Ante el rugido del león valiente.

El Rey en tanto hallóse abandonado;
 Y viendo que la fuga era ya tarde,
 Se apea del caballo consternado,
 Y en el bosque se oculta cual cobarde.

Dos invictos cristianos le encontraron;
 Y por la real insignia conocido
 A Don Diego al instante le llevaron
 Cual prisionero real que fué vencido.

El Dios de los cristianos, en Lucena
 El poder humilló del altanero
 Que al hispano amarrar dura cadena
 Quiso y hacerle triste prisionero.

3 de diciembre de 1876.

LA CONQUISTA DE GRANADA

Era una noche silenciosa y triste
Cuyo recuerdo el corazón lastima,
Postrera noche en que el monarca moro
El bello suelo del Alhambra pisa.
Pálido el rostro, los cabellos sueltos,
Ojos cansados de mirada fría,
Cabeza baja, reclinado el rostro
El triste moro sus palacios mira.
Los mira el moro, y abundante llanto
Sus ojos baña, surca sus mejillas,
Y en el dorado y arabesco techo
Pone de nuevo su cansada vista.
Lloroso entonces las hazañas moras
Recuerda triste y las gloriosas lizas;
Y comparando los presentes males
Con los combates de pasados días,
"Adiós, Alhambra,—dice;—Adiós, Alhambra,
Mansión de gozo y abundantes dichas;
Adiós, palacio de placeres lleno,
Inagotable fuente de delicias.
Triste te dejo y al presente voyme
Al cruel destierro, lleno de fatigas,
Para no ver tus altos torreones,
Tus claras fuentes y moradas ricas."
Dijo; y gimiendo, los vestidos caros
De los dorados aposentos quita;
Y despojadas de sus bellas joyas
Las grandes salas, triste se retira,
Y en medio del silencio de la noche
Cuando los pobres árabes dormían,
Cuando sólo el susurro de los vientos
Por la ciudad pacífica se oía;

Y atravesando las calles
De aquel reino ya desierto,
Pálido quedóse y yerto
Bañado en sudor mortal;

Sólo profundos suspiros
Oíanse por do quiera,
Y alguna voz lastimera
Lanzada en su fiero mal.

Paróse el rey, vió las torres;
Contempló aquellas murallas;
Se acordó de las batallas
Que diera en tiempo feliz;
Mas no pudo contenerse
Y bajó la vista al suelo
Y dijo con desconsuelo
Inclinando la cerviz:

“¡Ay! ¿qué fué de ti, Granada?
¿Qué fué de tus caballeros?
¡Ay! ¿dó duermen tus guerreros,
Que tu congoja no ven?
¡Sí! yo, tu Rey desdichado,
A las líbicas arenas
Arrojado y con cadenas
Por la suerte voy también.

“Hoy todo, todo lo pierdo:
Reino, palacio, tesoro,
Y tan sólo el triste lloro
Me prepara el cruel dolor;
Hubo un tiempo en que tus torres
Gobernaba prepotente
Y de escuadrones al frente
Era el estrago y pavor”.

Dijo; y ve los escuadrones
Mandados por Talavera,
Tremolando la bandera
De cristiana Religión;
Que iban por real mandato
A ocupar las fortalezas
Del Alhambra y de sus piezas
Para tomar posesión.

Y a Fernando Talavera,
Que los caballeros rige,
Respetuoso se dirige

El desdichado Boabdil;
Y de esta manera le habla
Con acento lastimero,
Sumido en el dolor fiero,
Anegado en ansias mil:

“Id, Señor, id presuroso
A tomar esas moradas
Por el gran Dios reservadas
A vuestro potente Rey;
Alah castiga a los moros;
De sus bienes los despoja;
De su patria los arroja
Pues no guardaron su Ley.”

No dijo más; su camino
El agareno prosigue
Y su fiel bando le sigue
En silencio y con dolor;
No volvían sus miradas
Para contemplar su suelo,
Pues quizás el desconsuelo
Los hiera con más ardor.

Y contemplan que a lo lejos
El cristiano campamento
Muestras daba de contento
Al ver la Cruz celestial
Que en la Alhambra se ostentara
Al ser la ciudad rendida;
Y era de raza vencida
La precursora señal.

Y oye el Monarca infelice
La voz de “¡Viva Castilla!”.
Y ve cómo se arrodilla
El ejército español;
Y escucha de las trompetas
Las armonías triunfantes
Y ve los cascos brillantes
Heridos del claro sol.

Entonces sus pasos guía
 A do vase el rey Fernando
 Que adelanta gobernando
 Su tropa con majestad;
 Y al acercarse al monarca
 Las llaves le entrega el moro,
 Única prenda y tesoro
 De la mora potestad.

“Ved ahí, Boabdil le dice—
 Lo que regalaros pueda,
 Y lo único que me queda,
 De árabe dominación:
 Reino, trofeos, personas,
 Moradas, campos, victorias,
 Torres, jardines y glorias
 Todos, todos, vuestros son.”

Así dijo Boabdil;
 Y prestado el homenaje
 Se aparta de aquel paraje
 Testigo de males mil;
 Siguiendo su lenta marcha,
 Despidieron sus guerreros
 Mil gemidos lastimeros
 Dejando el bello Genil.

Entretanto el clarín belicoso
 De Fernando pregona la entrada
 En la bella y hermosa Granada,
 Ya cristiana y sin rastro de infiel;
 Los cautivos del moro vencido,
 Que dolientes llevaban cadenas
 Y tormentos sufrían y penas,
 Se presentan con gozo a Isabel.

Cual bravos guerreros sufridos
 Los saluda el Monarca clemente,
 Su contento mostrando en su frente
 Porque viólos ya libres del mal;
 Y la Reina abundante limosna
 Distribuye con mano bondosa;
 Esa Reina que siempre es piadosa
 Ceñir debe corona inmortal.

Y oyendo los moros
 Festivos clamores,
 Sonoros tambores
 Y alegre cantar,
 Lloraban su suerte,
 Su gloria perdida,
 Su raza vencida,
 Su patria sin par.

Sus tristes gemidos
 Ocultan cuidadosos,
 Sus ruegos llorosos,
 Su necio clamor.
 Temiendo que oídos
 Aumenten la gloria
 De aquella victoria
 Que causa el dolor.

¡Ya la España su bandera,
 Altanera,
 Tremola sobre los muros,
 Ya seguros,
 De la Granada gentil!

Ya los Católicos Reyes
 Sabias leyes
 Dictarán desde su asiento
 Opulento
 A los hijos del Genil.

Ya la Alhambra deliciosa
 Orgullosa
 Es de cristianos morada,
 Y Granada
 Pertenece al pueblo fiel.

Ya Dios mira desde el Cielo
 Con consuelo
 Las bellas torres y almenas
 Todas llenas
 De trofeos y laurel.

3 de diciembre de 1876.

COLÓN Y JUAN II

(LIRA)

“¡A ti, Cristóbal, gloria
Y corona inmortal y gran renombre
Te tribute la historia!
Llegue tu augusto nombre
A la posteridad y de él se asombre.

“Bendígate la tierra
En cánticos de amor y de contento
Y todo cuanto encierra
Lusitania al momento
Pregone de tu fe el noble ardimiento.

“¿Quién como tú, apacible,
Resignado, constante y generoso?
Tú venciste el horrible
Furor del mar undoso
Y al marino cobarde y alevoso.

¡Salve! ínclito Almirante
De pecho firme y en la lucha ardiente;
A tu valor constante
Hoy ofrezco clemente
Alcázares y honras juntamente.

“Yo, yo seré tu aliento
Por mi proclamar ante mis pendones
Virrey de valimiento
Y sobre los torreones
Pondré tu nombre en regios pabellones.”

Dijo así el soberano
De Portugal, D. Juan esclarecido.
Gran gloria de antemano
Ofrece al aguerrido
Y en su palacio el puesto más lucido.

Mas . . . huye presuroso,
Colón, de la perfidia engañadora
Del palacio ambicioso;
Corre, vuela, a do mora
La cristiana Isabel, su bienhechora.

GRAN CONSUELO EN LA MAYOR DESDICHA

Leyenda

Apenas Febo luciente
Las nubes tiñó de grana
Asomando la mañana
Con delicioso frescor;
 Cuando en los aires enhiesta
Y sobre una frágil quilla
El pabellón bicolor.
Aparece de Castilla

* * *

Colón, el gran Almirante
De la nación española,
Es quien al viento tremola
El pendón en alta mar,
 Y, la nave resbalando
Por las aguas cristalinas,
Quiere su gente a las minas
De oro muy presto aportar.

* * *

A su paso, el gran Cacique
Cortés y afable visita;
El Almirante medita
Devolverle con amor;
 Y aquel Cacique arrogante
Le ofrece de su tesoro
Descomunal barra de oro,
Prenda de inmenso valor.

* * *

Era la noche, y al común sosiego,
Olvidando del día las fatigas,
Se entregan los valientes de la nave;
Sólo un joven en vela resistía.
 Tres veces el silencio aterrador
Al blando sueño con placer le invita;

Por el mar anchuroso dirigía . . .
 Ríndese al fin . . . En mísero abandono
 ¡Ay, que la nave deja! . . . ¡cruel desdicha! . . .
 A manos inexpertas confiando
 El nombre y la grandeza de Castilla.

Y en tanto	Y el buque al
Rompiente	Bajío
Vehemente	Bravío
Sonó,	Corrió.

Colón despierta al golpe repetido
 De la rompiente, al punto se levanta,
 Y el mal conoce: grita conmovido . . .
 Su gente acude, y viéndole se espanta:
 ¡Qué confusión! . . . ¡qué voces! . . . ¡ronco ruído
 Se oye doquier! . . . la flota se adelanta
 Al bajío; en luchar todos se empeñan,
 Y algunos dudan si dormidos sueñan.

Sólo Colón, cual retumbante trueno,
 En medio de la noche pavorosa,
 Alza la voz; al agua echar sereno
 Un bote con palabra majestuosa
 Manda . . . mas pronto el buque lleno
 De hombres que emprenden fuga vergonzosa:
 Sólo él se anima, él sólo firme espera;
 Lucha y relucha con la muerte fiera.

Los esfuerzos son vanos, y la ciencia
 Contra el airado líquido elemento
 En vano opone débil resistencia
 Al empuje mortífero violento,

Y Colón ya conoce la impotencia . . .
 “¡Aquí nos tienes!” suena en tal momento,
 Más sonoro que el grito de victoria.
 Y la trompeta de aclamante gloria.

Este es Vicente Yáñez, quien afeando
 De los demás la vil alevosía
 Dispone de la gente de su mando
 En favor de Colón con bizarría.
 En tanto que las olas van entrando

En la nave que débil ya se hundía . . .
 Y la muerte cruel les amenaza
 Mientras la carabela despedaza.

Colón a los suyos
 Salvarlos procura
 Y ve con tristura
 Su nave perder;
 Dejarla no quiere
 Y exhala una queja
 Cual pierde la oveja
 Su dulce placer.

Ya triste contempla
 Su nave sin gente . . .
 ¡Y sólo, doliente
 Cristóbal se vió! . . .
 Su tierna mirada
 En torno girando
 Con pena, llorando
 Su mal, exclamó:

“Adiós, nave querida;
 Adiós, tú que surcaste vastos mares
 Desde la Iberia santa
 Peligros a millares
 Con valor arrostrando
 Obediente a mi mando,
 ¡Ay! ¡mitiga de mi alma los pesares! . . .

“¡Cuán triste yo te miro
 Y al contemplar tus restos
 Angustiado suspiro! . . .
 ¡Cuál los hados funestos
 Ajaron tu hermosura!
 ¿Eres tú por ventura
 La carabela que en felices días
 Mostraste tu bravura,
 Y protegida del poder divino
 Altiua resistías
 Al turbión y confuso torbellino? . . .

“¿Cómo volver podré al hispano suelo
 Sin mi *Santa María*?
 ¡Justo y piadoso cielo!

¿Cómo las nuevas darle
De aquesta fértil tierra conquistada,
Si en las olas te anegas, nave amada? . . .”

Hablaba así Colón, y de la nave
Presuroso se aleja
Exhalando un suspiro,
Muda expresión de su doliente queja,
Mientras lágrimas, cual de amarga fuente
De sus ojos manaban tristemente . . .

Después la adversa suerte
Mensajes aguerridos
Cuentan entristecidos
A Guacanagarí;

Y su presencia da que aplaudir.

Y el Cacique
Otros juegos caprichosos
Deliciosos
Inventó;
Y Cristóbal
Al ver que la algarabía
Y alegría,
Terminó;

A sus soldados al instante ordena
Que el estampido muestren del cañón.
Asustóse el Cacique con su gente,
Al oír tan fuerte y belicoso son.

Y se dirigen al cercano bosque
Nunca habitado por ningún mortal,
Mientras miran atónitos los indios
Tantos aprestos a la lid marcial.

Al estampido del cañón sonoro
Todos creyeron tristes fenecer;
Caen al suelo los que huir no pueden;
Los demás indios échanse a correr.

Y disparan después los españoles
Los arcabuces con igual primor,
Infundiendo en los pechos de los indios
Muda sorpresa, pánico terror.

Después fingida lid con sus armas blancas
Ejecutaron con valor sin par,
Mientras los indios de contento llenos
Palmas batiendo gritan sin cesar.
Después de tanta algazara,
Se prepara
El Almirante al salir;
Y en la isla colonia hermosa
Numerosa
Quiso dejar al partir

* * *

Alzan para su seguro
Fuerte muro
Que rodea su mansión,
Y clavan en el baluarte
Estandarte
De la española nación.

El Pref. de la Acad. de lit. esp.

—J. RIZAL

EL HEROÍSMO

CANTO ÉPICO.

Di, musa celestial, ¿quién en la mente
De Colón infundió sublime aliento
Para surcar los mares de Occidente
Revestido de fe y noble ardimiento?
¿Quién bravura le dió cuando imponente
El ponto se irritó, bramando el viento,
Que el ángel malo convocó en su saña
Contra los hijos de la fiel España?

En medio de un silencio majestuoso
Cuando la tierra lánguida dormía,
Y la luna su disco tembloroso
Por un diáfano cielo dirigía,
Un hombre contemplaba el mar undoso . . .
En su risueña faz pintarse veía
El poder de magnífica clemencia
Que respira bondad e inteligencia.

Del mar las crespas ondas blanquecinas
Que bañan la ribera dilatada,
La blanca luz reflejan argentinas
Al blando soplo de aura perfumada;
Y en tanto que de sombras peregrinas
Danzaba en torno multitud alada,
Un anciano feroz, grave, iracundo,
Fantástico salió del mar profundo.

Sostiene firme en la potente diestra
Un pesado flamígero tridente . . .

“¿Y tu audaz corazón vencer espera
El terrible furor del mar bravío
Que cuando ruge la borrasca fiera
Álzase en masa tétrico y sombrío?
¡Oh! ¿quién tranquilo contemplar pudiera
De la sangrienta Parca el hierro frío,
Que el bramido del viento que retumba
En los abismos abre triste tumba?

“¿Qué existe más allá? Sólo la muerte,
La tenebrosa mar que fiera espanta
E infunde miedo en el corazón más fuerte,
Do a cada instante negra se levanta
La tempestad, sin que el marino acierte
Su nave a guiar en la desdicha tanta
Y las aguas al fondo le sepultan
Donde mil monstruos hórridos se ocultan.

“Mas, ¡ay de ti! ¡ay de la infeliz España,
Si en busca corres de remota tierra!
Concitaré del Aquilón la saña
Y el odio cruel de cuanto el mar encierra . . .
Y antes que huelles la región extraña,
En tu nave pondré discordia y guerra;
Y no descansaré hasta ver tu ruina,
Si no te salva protección divina . . .

“Calla, monstruo falaz, con voz sonora
Le contesta Cristóbal, la ignorancia . . .

8 de diciembre 1877.

Á LA JUVENTUD FILIPINA

Lema.—¡Crece, oh tímida flor!

¡Alza tu tersa frente
Juventud filipina, en este día!
Luce resplandeciente
Tu rica gallardía
Bella esperanza de la Patria mía.

Vuela genio grandioso
Y les infunde noble pensamiento,
Que lance vigoroso
Más rápido que el viento
Su mente virgen al glorioso asiento.

Baja con la luz grata
De las artes y ciencias a la arena,
Juventud, y desata
La pesada cadena
Que tu genio poético encadena.

Ve que en la ardiente zona
Do moraron las sombras, el hispano
Esplendente corona
Con pía y sabia mano,
Ofrece al hijo de este suelo indiano.

Tú que buscando subes
En alas de tu rica fantasía,
Del Olimpo en las nubes
Tiernísima poesía
Más sabrosa que néctar y ambrosía,

Tú, de celeste acento
Melodioso rival de filomena,
Que en variado concento
En la noche serena
Disipas del mortal la amarga pena.

Tú, que la peña dura
Animas al impulso de tu mente
Y la memoria pura
Del genio refulgente;
Eternizas con mano prepotente.

Y tú, que el vario encanto
De Febo amado del divino Apeles,
Y de natura el manto,
Con mágicos pinceles
Trasladar al sencillo lienzo sueles.

Corred, que sacra llama
Del genio el lauro coronar espera
Esparciendo la Fama
Con trompa pregonera
El nombre del mortal por la ancha esfera.

¡Día, día felice
Filipinas gentil, para tu suelo!
Al Potente bendice
Que con amante anhelo
La ventura te envía y el consuelo.

22 de noviembre 1879.

ABD-EL-AZÍS Y MAHOMA

Era la noche: el viento quejumbroso
Las altas torres al besar suspira,
Y mil ruidos confusos, en sus alas,
Lúgubre lleva, que el espacio agitan.

La paz enlutan pavorosas nubes
Del astro bello de la noche umbría,
Y un tinte suave cual nevado manto
Los campos cubre que el hispano pisa.

Allá, del alto torreón morisco
Cantando el buho en la orgullosa cima,
Males sin cuento y sanguinosas lides
Con fatídico acento vaticina.

En tanto busca, sobre el lecho blando
Que el muelle moro de marfil fabrica,
Descanso, el laso Abd-El-Azís valiente,
Alivio grato al trascurrido día.

En trípodes de plata, el suave incienso
Que el arabiano vegetal destila,
Arde esparciendo embriagador perfume,
Delicia suave de la estancia rica.

Todo en silencio yace; todo duerme;
Tan sólo el moro con dolor vigila,
La luz contempla que penetra triste
Atravesando la elegante ojiva.

Mas, de repente, mira dibujarse
Dudosa sombra, que a la luz benigna
Le mece un tiempo, y varonil contorno
Adquiere adusta que su faz precisa.

Blanco turbante su cabeza ciñe,
La lengua barba su semblante anima,
Un corvo alfange de su cinto pende
Que sangre ardiente con terror destila.

Cual el triste tañir del hueco bronce
 Que deplora del hombre la agonía,
 Así su voz el sepulcral silencio
 Turba, y al moro la visión fatídica.

“¡Ay! ¡ay!—le dice—y resonó profundo
 El eco de su voz pausada y fría,
 Eco que al alma aterrador conmueve,
 Cual el recuerdo de una voz amiga.—

“¡Ay de mí! ¡Ay de la nación valiente
 Que vió en su seno la arenosa Libia!
 ¡Ay del Korán, sagrado patrimonio
 Que al musulmán Aláh lególe un día!

En vano del cristiano poderoso
 Del Guadalete en la verdosa orilla
 Vencisteis los pendones, pues de nuevo
 Alza rebelde la cerviz cautiva.

Pelayo, el gran Pelayo, el noble godo,
 El hijo ilustre del feroz Favila,
 De Covadonga do las duras rocas
 Del musulmán las fuerzas desafía.

La Cruz, la Cruz, la insignia idolatrada,
 Sigue su hueste, que vencer aspira;
 María va con ellos; con su manto
 Los flacos cuerpos con amor cobija.

Mas no temas, pues siempre victorioso
 El muslime será en la cruda liza,
 Y no valdrá su protección, que sólo
 Dios a los fieles con su brazo auxilia.

Mas ¡ay! si duermes del deleite en brazos
 Y mis preceptos célicos descuidas,
 Caerá el trono que a Tarif sostuvo
 Al golpe rudo de la espada impía;

Cual río desbordado, vuestra sangre
 Inundará los valles y campiñas,
 Y el suelo de la Iberia floreciente
 Del árabe será la tumba fría;

Y en batallas sin cuento, en guerra eterna
 Hundirá en vuestros pechos su cuchilla
 El altivo español, y el bajo polvo
 Morderéis cual serpiente maldecida;

Y palmo a palmo cederéis el suelo
 Que vuestra sangre fecundó bendita;
 Las débiles mujeres y los niños
 Serán esclavos en sus tristes cuitas;

Lanzados otra vez al cruel desierto,
 Amargo llanto por la paz perdida
 Verteréis, y en tormento vergonzoso
 De vuestra vuelta contaréis los días.

Y orgullosos gozando en vuestros males
 Mil naves armarán en su perfidia,
 Y el bello suelo donde en paz descanso
 Amagarán con furia nunca vista.

“¡Ármate! ¡corre! ¡vuela presuroso!
 Lanza a la lid tus huestes aguerridas,
 Y la trompa sonora lance al viento
 Guerrero acento, que a la gloria brinda.

Retiemble el suelo so el ligero casco
 Del fogoso corcel que Arabia cría,
 Y en rojo ardiente cual vistoso múrice
 La sangre infiel tu cimitarra tiña.

Ante la Luna que mi insignia luce
 Haz que la Cruz su fortaleza rinda,
 Y brillen para siempre victoriosas
 Del Korán las benéficas doctrinas.”

Dijo; y cual humo que al subir ligero
 Un viento fuerte rápido disipa,
 Así desapareció, terrible espanto
 Causando al moro la visión divina.

8 de diciembre de 1879.

A FILIPINAS

(En el álbum de escultores filipinos)

Ardiente y bella cual hurí del cielo,
Graciosa y pura cual naciente aurora
Cuando las nubes de zafir colora,
Duerme una diosa del indiano suelo.

Besa sus plantas con amante anhelo,
La leve espuma de la mar sonora;
El culto Ocaso su sonrisa adora
Y el cano Polo su florido velo.

Mi Musa, balbuciente con ternura,
La canta entre las Náyades y Ondinas;
Yo la ofrezco mi dicha y mi ventura.

De verde mirto y rosas purpurinas
Y azucenas ceñid su frente pura,
Artistas, y ¡ensalza a Filipinas!

Febrero, 1880.

Á LA VIRGEN MARÍA

SONETO

¡María, dulce paz, caro consuelo!
De afligido mortal eres la fuente
Do mana de socorro la corriente,
Que sin cesar fecunda nuestro suelo.

Desde tu solio, desde el alto cielo,
Oye piadosa mi clamor doliente
Y cobije tu manto refulgente
Mi voz que sube con veloce vuelo.

Eres mi Madre, plácida María;
Tú mi vida serás, mi fortaleza;
Tú en este fiero mar serás mi guía.

Si el vicio me persigue con fiereza,
Si la muerte me acosa en la agonía,
¡Socórreme, y disipa mi tristeza!

JUNTO AL PÁSIG

ZARZUELA EN UN ACTO Y EN VERSO

PERSONAS

LEÓNIDO, CÁNDIDO, PASCUAL (*todos niños*); coro de Niños, de Diablos, etc.

(La acción se lleva a cabo a orillas del río Pásig, en el pueblo de este nombre; la decoración representa el río, y la orilla opuesta a la en que están los personajes. Verán la iglesia, casas, cañaverales y multitud de banderas y adornos propios de los pueblos del Archipiélago. Es la hora del alba y, de consiguiente, el tono del conjunto ha de ser suavemente reproducido.)

ESCENA PRIMERA

CÁNDIDO, PASCUAL y otros Niños. (Uno de los cuales lleva flores, otros con banderas y juguetes propios de la niñez.)

CORO

Rosas, claveles,
Pásig ameno,
Luce con galas mil;
Divina aurora,
Su hermoso cielo
Viste de luz gentil;
Sus ojos son divinos,
Su frente el rosicler,
Sus labios purpurinos
El pecho hacen arder;
En tí, dulce hermosura,
La mente segura va;
En tí, rica ventura
El alma feliz tendrá.

(*Recitado*)

CÁNDIDO ¡Cuán hermosa es la mañana!
La aurora con sus albores
Va acariciando a las flores
Con que el prado se engalana.

¡El Pásig! ¿Oís el murmullo
 De las cañas en su orilla?
 ¿Escucháis de la avecilla
 El suave y variado arrullo?
 Decidme: tanta belleza,
 Tanto adorno y galanura,
 Que con mágica hermosura
 Ostenta Naturaleza;
 Y esa tranquila corriente
 Do las bancas se deslizan,
 ¿No os encantan?, ¿no os hechizan
 Con su lenguaje elocuente?
 ¿No os dicen que su contento
 Lo causa la Virgen pía,
 Viviendo en aqueste día
 Con pomposo lucimiento?

Todos. ¡Sin duda!

PASCUAL. Tal alborozo
 En el puebló se respira;
 Tal es el placer que inspira,
 Que todos bailan de gozo.
 Llenas encuentro doquier
 De vistosos aparejos
 Las calles; niños y viejos,
 Todos salen para ver.

NIÑO 1.º Hablas, Pascual, muy de veras;
 ¡Y lo creo! Pues la gente
 Anda colgando impaciente
 Gallardetes y banderas.

NIÑO 2.º Aquí traigo un canastillo
 De flores para ofrecer
 A la Virgen . . .

NIÑO 1.º ¡Ole! ¡A ver! . . .
 Es un regalo sencillo . . . (*Lo mira con desprecio.*)
 Yo tengo una jaula en casa
 Do moran pintadas aves,
 Cuyos trinos son tan suaves
 Que se la daré, si pasa.

NIÑO 3.º ¡Pajaritos! ¡Qué locura!
 Yo tengo bombas, cohetes . . . (*con jactancia.*)

NIÑO 1.º ¡Quita allá! ¡Esos son juguetes
Que sólo infunden pavura! . . .

NIÑO 3.º ¡Tú tienes miedo!

NIÑO 1.º ¿Yo? ¡No!

PASCUAL. Tengo una flauta de caña . . . (*Todos se ríen.*)

TODOS. ¡Ja! ¡Ja!

PASCUAL. ¿La cosa os extraña?

¡Pues sí! ¡La tocaré yo!
Mi padre, como sabéis,
Me enseñó varias sonatas,
Lindas, muy lindas, muy gratas:
Las tocaré; ¡ya veréis!

NIÑO 2.º ¡Mejores serán mis flores!

PASCUAL. ¡Mi flauta!

NIÑO 1.º ¿Qué tontería! . . .
Es mejor la jaula mía . . .

NIÑO 3.º ¡Ca! Las bombas son mejores.

NIÑO 1.º ¡No, señor!

NIÑO 3.º ¿Que sí, señor! . . .

NIÑO 1.º ¡Vaya un tonto!

NIÑO 3.º ¿Vaya un loco! . . .
Tu pobre jaula es bien poco.

NIÑO 1.º Tus bombas son lo peor.

CÁNDIDO. ¡Ea, amigos! No riñáis:
Es cada ofrenda preciosa;
Pero os suplico una cosa,
Y es . . . que obedientes me oigáis:
Una banca adornaremos
Con el más bello atavío;
Dentro de ella, aqúeste río
Mansamente surcaremos;
Banderas y gallardetes
Pondremos de mil colores;
Llevarás todas tus flores;
Tú, la jaula; tú, cohetes;
Éste, con flauta sonora,

Irá entre tanto tocando:
Así vamos navegando . . .
Hasta hallar a la Señora.
¿Qué os parece?

TODOS. ¡Bien, muy bien!

NIÑO 3.^o ¡Es idea singular!

NIÑO 1.^o ¡Vamos la banca a buscar!

CÁNDIDO. ¡Eso lo digo también! (*Se dispone a salir.*)
¡Calla! ¿Y Leónido? ¿Dó está?

PASCUAL. ¡Ah! ¡Verdad! ¿Adónde fué?

NIÑO 1.^o ¿Donde ha ido?

NIÑO 3.^o No lo sé.

CÁNDIDO. Pues bien, se le buscará:
Nuestra banca dejaremos
Para después: es igual;
Nos falta lo principal,
Pues al jefe no tenemos.

NIÑO 1.^o Busquémosle.

CÁNDIDO. ¡Ahora mismo!
¡Sin él nada se podrá
Hacer! . . .

NIÑO 3.^o ¡Se registrará
Hasta el fondo del abismo!

CORO

Marchemos, marchemos,
Marchemos sin tardanza:
¡Felice nuestra holganza!
¡María colmará!

ESCENA SEGUNDA

Sale SATÁN vestido de negro y rojo; su color es pálido.

SATÁN. ¿Será verdad? ¿Será cierto
Que el pueblo que me adoraba,
Ahora de arribar acaba
De la salvación al puerto?
Si navegante inexperto
En el borrascoso mar

Del vivir, ¿qué singular
Fuerza le ampara y escuda
Que consigue con su ayuda
Mis escollos evitar?
¿Quién de la mansión sombría
Do se hallaba sepultado,
Poderoso le ha sacado
A la clara luz del día?
¡Ay! Para desgracia mía
Fuiste sin duda, ¡oh Mujer!,
Quien tuvo tanto poder
¡De quitarme mi morada!
¡Criatura privilegiada!,
¿Cuándo te podré vencer?
¡Maldición! . . . El mismo Averno
Do se engendran los dolores,
Las crueles penas y horrores,
No iguala a mi tedio eterno.
¡Ay! ¿Por qué del goce tierno
Me privó la triste suerte?
¿Por qué me negó el más fuerte
Que en mi terrible amargura
Encontrase mi ventura
En los brazos de la muerte?
¡Espíritu! ¡Sér sublime!
¡Sér mísero y desgraciado,
A padecer condenado
Por la mano que le oprime!
Si el hombre en la tierra gime
Y le molesta el vivir,
Se consuela en el sufrir
Viendo la vida tan breve,
¡Mientras el Ángel no se atreve
A esperar que ha de morir!
Mas ¡ay! fuerza es que, sufrido,
Mi triste destino acate,
Ya que en mi sin par combate
Adversa suerte he tenido:
Empero, aunque fuí vencido,
Sigo en mi senda fatal:
Él ama el bien; yo amo el mal . . .
¡Soberbio! . . . Que haga su gusto;

Yo, yo le estorbaré; es justo;
 Que es mi enemigo mortal.
 ¡Comience, pues, nuestra lidia! . . .
 Pensemos recuperar
 Antes mi imperio sin par
 Con la astucia o la perfidia.
 ¡Suelo, que me das envidia!
 ¡Ay! . . . ¡Yo te recobraré!
 Oculto aquí esperaré
 (*Se oculta detrás de un árbol.*)
 A algún incauto cristiano:
 ¡Quiero que caiga en mi mano
 La raza que tanto odié!

ESCENA TERCERA

Sale Leónido.

LEÓNIDO. La orilla está solitaria;
 No se oye la gritería;
 Lo extraño: ya es claro el día
 Y no veo a nadie aquí.
 Debieron haber llegado,
 Pues así me prometieron . . .
 Presumo que ya salieron . . .
 ¿Quién sabe si me perdí?
 Mas no: este es el sendero
 Que a la población conduce;
 Éste es el río que luce
 Su corriente sin igual . . .
 Allá la iglesia . . . Mi casa . . .
 Las banderas . . . ¡Ya lo creo!
 ¡Es el lugar del recreo
 Que a mí me dijo Pascual!
 Desde aquí esperaríamos
 Que pase la Virgen pura . . .
 Más . . . ¿quién a mí me asegura
 Que no acaban de salir?
 Lo mejor será buscarlos:
 Iré hacia abajo; no . . . arriba . . .
 Creo que la comitiva
 Ya no tardará en venir.

(*Se dispone a salir, y viene Satán vestido de Diwata.*)

ESCENA CUARTA

LEÓNIDO Y SATÁN.

SATÁN. ¡Detente! ¿Adónde vas?

LEÓNIDO. ¿Quién sois?

SATÁN. ¿Acaso
No me conoces ya?

LEÓNIDO. No recuerdo vuestra faz,
Ni me acuerdo haberos visto.
Alguna vez. ¡Dadme paso!

SATÁN. ¡Nunca! Mírame bien . . .

LEÓNIDO. Decid, os ruego, quién seáis . . .

SATÁN. Yo soy aquél que, prepotente,
Leyes da al huracán, al mar, al fuego;
Brilla en el rayo y muge en el torrente;
Yo soy aquél que con poder grandioso
Reinó en un tiempo hermoso,
Venerado y temido;
Dios absoluto de la indiana gente.

LEÓNIDO. ¡Mentís! De mis mayores
El dios ya duerme en vergonzoso olvido,
Y sus torpes altares,
Do al eco de fatídicos loores
Víctimas ofrecían a millares,
Hoy yacen derribados:
De su poder en mengua,
Les lanza nuestra lengua
Desprecios a sus ritos olvidados:
Vos no sois ningún dios; mentís sin duda,
Pues sólo un Dios existe verdadero:
El Dios que al hombre creó y al mundo entero,
Y a quien adora nuestra mente ruda.

SATÁN. ¡Insensato! ¿No temes de mis iras
El poder? Niño impío,
¿No ves que es mío el aire que respiras,
El sol, las flores y el undoso río? . . .
A mi voz prepotente, creadora,
De las aguas surgieron
Aquestas islas, que alumbró la aurora;

Islas que bellas en un tiempo fueron;
 Y mientras, fieles a mi culto santo,
 Elevaron sus preces
 En mis altares, les libré mil veces
 De la muerte, del hambre y del espanto.
 Los campos rebosaban
 De fragante verdura;
 Sin trabajo brotaban
 De la piadosa tierra, entonces pura,
 Las amarillas mieses;
 Vagaban por el prado
 El cabrito pintado,
 El ciervo alígero y las gordas reses;
 La diligente abeja
 Su panal fabricaba mansamente,
 Y al hombre regalaba miel sabrosa;
 Retirada en su nido la corneja,
 No auguraba doliente
 Calamidad odiosa;
 Gozaba entonces este rico suelo
 De una edad tan dichosa,
 Que en sus delicias se igualaba al Cielo;
 Y, ahora, sin consuelo,
 Triste gime en poder de gente extraña
 Y lentamente muere
 ¡En las impías manos de la España!
 Empero, yo le libraré, si quiere
 Doblegar su rodilla
 Ante mi culto, que esplendente brilla.
 Tan poderoso soy, que ahora mismo
 Te daré, si me adoras, cuanto ansías;
 Mas, ¡ay de ti, si ciego desconfías!,
 Pues ¡abriré a tus pies el hondo abismo!

LEÓNIDO. Si tan potente sois, si en vuestras manos
 Las venturas están de los mortales,
 ¿Por qué han sido fatales
 Para vos los cristianos?
 Y si, como decís, el mar bravío
 Y el aquilón sumisos obedecen
 A vuestra voz y a vuestro poderío,
 ¿Por qué sus carabelas delicadas,
 Que ahora os escarnecen,

No fueron anegadas
 Y bajo de las olas sepultadas?
 ¿Por qué vuestras estrellas
 En noche tenebrosa los guiaron,
 Y los vientos sus velas empujaron
 Y no les lanzásteis vuestras centellas?
 ¿Sois por eso tal vez omnipotente?
 Y por mayor desdicha, todavía
 El nombre de María,
 Nombre que encanta a la infelice mente,
 Cual arrogante insulto,
 ¡Vino a destruir las huellas de tu culto!

SATÁN. ¡Las huellas de mi culto! ¡Desdichado
 ¿No sabes que conservo
 Un pueblo que me adora prosternado?
 ¡Ay! . . . Vendrán en lo futuro
 Los males que reservo
 A tu raza, que aclama un culto impuro:
 ¡Tristes calamidades,
 Pestes, guerras y crueles invasiones
 De diversas naciones
 En venideras próximas edades!
 Tu pueblo regará con sangre y llanto
 Del patrio campo la sedienta arena;
 Ya en la pradera amena
 No entonará su canto
 El ave a quien hirió metal ardiente,
 Ni tus bosques añosos,
 Ni tus ríos, ni el valle, ni la fuente
 Serán ya respetados
 De los hombres odiosos
 Que turbaron tu paz y tu bonanza;
 Mientras yo, por venganza,
 Desataré los indomables vientos
 Para que en su carrera,
 Con ira y rabia fiera,
 Alboroten los varios elementos,
 Y la débil piragua,
 Hundiéndose en el agua,
 Aumente sus horribles sufrimientos.
 Devastaré en mi saña

Los verdes campos de la mies opima,
 Y desde la alta cima
 De la erguida montaña
 Arrojaré de lavas río ardiente,
 Que envuelto en humo y devorante llama
 Asole poblaciones
 Cual furioso torrente
 Que, cuando se desparrama,
 Arranca los arbustos a montones;
 Y la tierra aterida,
 A mi voz conmovida,
 Temblará con atroz sacudimiento,
 Y a cada movimiento
 El rico suelo amagará, y la vida.
 ¡Ay!, ¡ay! ¡Cuánto quebranto!
 ¡Cuánto gemir inútil!, ¡cuánto llanto
 Oiré yo entonces sin que sienta el pecho
 El duelo de la gente,
 Que con gozo insolente
 Reír los miro con mortal despecho!

LEÓNIDO. ¡Mentira! ¡Nada puedes! ¡Te conjuro,
 En nombre del Señor que el alma adora,
 A decirme quién eres!
 Ángel o genio impuro,
 Que seducirme quieres,
 ¡Aparta el antifaz que desfigura
 Tu primitiva en infernal figura!

SATÁN. ¡Pues bien! ¡Héme ya aquí!
 Y advierte y nota
 Que soy Satán, el ángel que esplendente
 (*En traje de diablo*)
 Se sentaba en un trono
 En época remota,
 Rayos de luz lanzando de su frente.
 Yo soy aquél que con feroz encono
 Luché contra el tirano;
 Después, vencido en mi fatal derrota,
 Arrastré a vuestros padres a la muerte;
 Más hoy, si del cristiano
 La fe divina me venció en mi furia,
 De tan mortal injuria

Me vengaré, y de ti; yo soy el fuerte;
 Y si no quieres que mueras,
 ¡Ríndete a mis pies!

LEÓNIDO. ¡Oh! ¡Nunca!

SATÁN. ¿Ves mi poder y mi fuerza?
 Los espíritus potentes
 Que en el Universo reinan,
 Obedecen a mi voz:
 Sigue mi ínclita bandera;
 Óyeme, pues: si humilde
 Abjuras tu nueva secta,
 Y arrepentido, a mis aras
 Con grato fervor te llegas,
 Yo te haré feliz, dichoso,
 Y tendrás cuanto apetezcas:
 El río que a tus pies corre,
 Que arrastra diamantes, perlas;
 El ambiente que respiras,
 Do mil pajaritos vuelan;
 Esas plantas, esas flores,
 Esas casas y esas huertas,
 Tuyas serán, si al instante
 De tu nueva fe reniegas;
 Si el nombre ingrato aborreces
 De Aquélla cuya es la fiesta;
 Mas ¡ay de ti! si obstinado
 Desobedecerme anhelas,
 Pues a tus pies ahora mismo
 Se abrirá la inmunda tierra,
 Sepultándote en su seno,
 Cual se sepulta en la arena
 La pequeña gota de agua
 Cuando el sol las plantas seca.

LEÓNIDO. En vano infundirme quieres
 Torpe miedo con tu lengua;
 En vano, en vano pretendes
 Que yo a tu fe me someta;
 Jamás al niño cristiano
 El demonio le amedrenta,
 Y ante el Hijo de María
 El Averno eterno tiembla.

¡Espíritu mentiroso!,
Vé, huye, vé a las tinieblas,
A la mansión del gemido
¡Y de la eterna vergüenza! . . .

SATÁN. ¡Pues bien! Ya que lo has querido,
Es necesario que mueras:
Tú serás la postrer víctima
Que ante mis aras se quema;
Tú pagarás por los tuyos,
En ti vengaré mi afrenta.
¡Espíritus!, mis fieles compañeros,
Que encontráis en el mal grata dulzura,
Que con cruel amargura
Os nutre el odio que vuestra alma encierra,
¡Venid alegres a empezar la guerra!

ESCENA QUINTA

Salen Diablos en tropel.

CORO DE DIABLOS

¿Quién nos llama
Con furor?
¿Quién reclama
Nuestro ardor?
¡Viva el mundo
Infernal,
Cuya dicha
Es el mal!
¡Muera, muera
El traidor,
Del Averno
Ofensor!

SATÁN. Venid contentos,
Oíd atentos;
La voce mía
Os llama ya;
Que en este día
Nuestra esperanza
Dulce venganza
Hoy colmará.

CORO DE DIABLOS

Ama el Diablo
 A su Rey;
 Sus mandatos
 Son su ley;
 Obedientes
 Seguirán;
 Por tí, todos
 Lucharán.

SATÁN. Cese el insulto;
 Vuelve a mi culto,
 Niño infelice,
 Lleno de afán:
 Ven y bendice
 Mi imagen pura,
 Pues la ventura
 Te reirá.

LEÓNIDO. Te detesto,
 Vil traidor;
 A Dios sólo
 Rindo amor:
 Mientras viva,
 Seré fiel;
 Morir quiero
 Yo por Él.

CORO DE DIABLOS

¡Viva, viva
 Nuestro Rey!
 ¡Muera, muera
 Quien su ley
 No venera
 Con ardor,
 De la vida
 Con horror!

ESCENA SEXTA

Dichos *y un Ángel.*

ÁNGEL. ¡Atrás, ángeles malditos
 De la cólera del Cielo!
 ¡Volved en rápido vuelo

A la mansión del dolor!
 ¡Huíd, si del vivo rayo
 Teméis el fúnebre brillo!
 ¡Huye, perverso caudillo!
 ¡Huye, oh Arcángel traidor! (*Huyen los diablos.*)
 Y tú, niño fiel, despierta. (*Se despierta.*)
 Ven aquí; soy el enviado
 Del Cielo, que te ha librado
 Del pérfido Satanás:
 Ya la Virgen de Antipolo
 Las aguas surca del río;
 Salúdala en canto pío,
 Pues siempre su hijo serás.
 Ella te libró, piadosa,
 De las garras del Averno;
 Sé de ella el hijo más tierno,
 Pues traé la dicha en pos . . .
 Ya tus compañeros llegan,
 Que te buscan con anhelo:
 Adiós, pues; volveré al Cielo.
 ¡Adiós, Leónido, adiós! (*Desaparece.*)

LEÓNIDO. Adiós, hermosa criatura,
 Que viniste a socorrerme;
 Guarde que vela, si duerme
 El niño el sueño infantil.

ESCENA ÚLTIMA

*Leónido y los Niños. La VIRGEN pasa el río momentos
 antes de concluir el recitado.*

CÁNDIDO. ¡Ah, Leónido!, te buscamos;
 He aquí la Virgen María:
 ¿Sientes la dulce armonía
 Que se oye entre cantos mil?

LEÓNIDO. ¡Oh, sí, amigo!; la percibo;
 La miro también venir . . .
 ¡Oh!, ¡qué secreta alegría
 Yo siento dentro de mí!
 Unamos nuestros acentos

En este día feliz;
Saludemos a la Virgen
¿Qué decís, amigos? . . .

Todos.

¡Sí!

*(Aparece la Virgen iluminada con luz de magnesio
. . . o eléctrica.)*

CORO FINAL

¡Salve!, Rosa pura,
Reina de la mar;
¡Salve!, Blanca estrella,
Fiel Iris de Paz . . .
Antipolo,
Por Ti sólo
Fama y renombre tendrá;
De los males,
Los mortales
Tu Imagen nos librará;
Tu cariño,
Al fiel niño
Le guarda siempre del mal;
Noche y día,
Tú le guías
En la senda terrenal.

8 de diciembre 1880.

AL M. R. P. PABLO RAMÓN, S. J.

Rector del Ateneo, en sus días.

Dulce es la brisa que al romper el alba
Meciendo el cáliz de olorosas flores,
Suaves olores falagüera esparce
Por la campiña;

Dulce es y suave el plácido murmullo
Del manso arroyo que espumosa plata
Ledo desata entre arenillas de oro
Y blanco aljófár;

Dulces los trinos de canoras aves,
Suave el aroma de las gayas flores
Y los olores de la blanca aurora
Suaves y dulces;

Pero tu nombre, Padre idolatrado,
Dulzor más puro en nuestro pecho infunde,
Do luz difunde de esplendor terno
Más suaves rayos.

De Dios la mano cariñosa un Padre
En ti nos muestra, cuyo amor sincero
Por el sendero amargo de la vida
Nos guía amante.

¡Ay! ¿qué será del juvenil esfuerzo
Que bullicioso en nuestro pecho arde
Sin qué le guarde tu piadosa mano,
Tu amor, tu celo?

Somos tus hijos, Padre; tú nos guías
A las moradas de eternal ventura;
No la pavora turbará la mente
Con tal piloto.

El grande Apóstol cuyo nombre llevas,
Cuyas pisadas sigues alentando
Déte colmado del favor divino
Sacro tesoro.

25 de enero de 1881.

¡ ME PIDEN VERSOS !

I

Piden que pulse la lira
Há tiempo callada y rota:
Si ya no arranco una nota
Ni mi musa ya me inspira:
Balbuce fría y delira
Si la tortura mi mente,
Cuando ríe sólo miente,
Como miente su lamento;
Y es que en mi triste aislamiento,
Mi alma ni goza ni siente.

II

Hubo un tiempo . . . ¡y es verdad!
Pero ya aquel tiempo huyó,
En que vate me llamó
La indulgencia o la amistad.
Ahora de aquella edad
El recuerdo apenas resta,
Como quedan de una fiesta
Los misteriosos sonidos
Que retienen los oídos
Del bullicio de la orquesta.

III

Soy planta apenas crecida
Arrancada del Oriente,
Donde es perfume el ambiente,
Donde es un sueño la vida:
¡Patria que jamás se olvida!
Enseñáronme a cantar
Las aves, con su trinar,
Con su rumor las cascadas,
Y en sus playas dilatadas
Los murmurios de la mar.

IV

Mientras en la infancia mía
 Pude a su sol sonreír,
 Dentro de mi pecho hervir
 Volcán de fuego sentía;
 Vate fuí, porque quería
 Con mis versos, con mi aliento
 Decir al rápido viento:
 "Vuela; su fama pregona,
 Cántala de zona en zona,
 De la tierra al firmamento"

V

¡La dejé! . . . Mis patrios lares
 ¡Árbol despojado y seco!,
 Ya no repiten el eco
 De mis pasados cantares.
 Yo crucé los vastos mares
 Ansiando cambiar de suerte,
 Y mi locura no advierte
 Que, en vez del bien que buscaba,
 El mar conmigo surcaba
 El espectro de la muerte.

VI

Toda mi hermosa ilusión,
 Amor, entusiasmo, anhelo,
 Allá quedan bajo el cielo
 De tan florida región.
 No pidáis al corazón
 Cantos de amor, que está yerto;
 Porque en medio del desierto
 Donde discurro sin calma,
 Siento que agoniza el alma
 Y mi numen está muerto.

Laon Laang.

A C . . .

Por qué pedir los versos insensatos,
Que, un tiempo, loco de dolor canté?
¿Será tal vez para arrojarme en cara
Mi necia ingratitud, mi amargo ayer?

Por qué evocar recuerdos desgraciados
Ora que espera el corazón amar!
Llamar la noche al sonreír el día
Sin saber si otro día brillará!

¿Queréis hallar la causa de este tedio,
Delirio de despecho, o de dolor?
¿Queréis saber por qué tantos pesares,
Por qué joven alma, no canté el amor?

¡Ignoradlo por siempre! Que su causa
Tristezas dá, mas os hará reír;
¡Con mi cadáver a la tumba baje
Otro cadáver sepultado en mí!

Un imposible, una ambición, locura,
Sueños del alma, una pasión tal vez . . .
Bebed el néctar que en la vida sirven,
Dejad tranquilo reposar la hiel.

De nuevo siento las espesas sombras
Cubrir el alma con su denso tul;
Capullo sé no más, no flor hermosa;
Pues te falta la atmósfera y la luz . . .

Tenedlos allí, pobres versos míos!
Hijos malditos que lactó el pesar:
Sabéis muy bien a quien deben su vida,
Y ellos a vos os lo dirán quizás.

22 Agosto 1883.

FLORES DE HEIDELBERG

¡Id a mi patria, id, extranjeras flores,
sembradas del viajero en el camino,
y bajo su azul cielo,
que guarda mis amores,
contad del peregrino
la fe que alienta por su patrio suelo!
Id y decid . . . decid que cuando el alba
vuestro cáliz abrió por vez primera
cabe el Néckar helado,
le visteis silencioso a vuestro lado
pensando en su constante primavera.
Decid que cuando el alba
que roba vuestro aroma,
cantos de amor jugando os susurraba,
él también murmuraba
cantos de amor en su natal idioma;
que cuando el sol la cumbre
del Koenigsthul en la mañana dora,
y con su tibia lumbre
anima el valle, el bosque y la espesura
¡saluda a ese sol, aun en su aurora,
al que en su patria en el cenit fulgura!
¡Y contad aquel día
cuando os cogía al borde del sendero,
entre las ruinas del feudal castillo,
orilla al Néckar o a la selva umbría!
¡Contad lo que os decía,
cuando, con gran cuidado,
entre las páginas de un libro usado
vuestras flexibles hojas oprimía!
Llevad, llevad, ¡oh flores!,
amor a mis amores,
paz a mi país y a su fecunda tierra,
fe a sus hombres, virtud a sus mujeres;
salud a dulces séres
que el paternal, sagrado hogar encierra . . .

Cuando toquéis la playa,
el beso que os imprimo,
depositadlo en alas de la brisa,
porque con ella vaya,
y bese cuanto adoro, amo y estimo.
Mas ¡ay! llegaréis, flores,
conservaréis quizás vuestros colores;
pero lejos del patrio, heroico suelo,
a quien debéis la vida,
perderéis los olores,
que aroma es alma y no abandona el cielo
cuya luz viera en su nacer, ni olvida.

HEIDELBERG, *Abril 22, 1886.*

CANTO DE MARÍA CLARA

¡Dulces las horas en la propia patria
Donde es amigo cuanto alumbra el sol;
Vida es la brisa que en sus campos vuela,
Grata la muerte y más tierno el amor!

¿Tienes patria, tú?
¡Pues que canto así,
No me preguntéis
Por mi patria, a mí! *

Ardientes besos en los labios juegan,
De una madre en el seno al despertar;
Buscan los brazos a ceñir el cuello,
Y los ojos sonríense al mirar.

¿Tienes madre, tú?
¡Pues que lloro así,
No me preguntéis
Por mi madre, a mí! *

Dulce es la muerte por la propia patria,
Donde es amigo cuanto alumbra el sol;
¡Muerte es la brisa para quien no tiene
Una patria, una madre y un amor!

* Estas estrofas que están en el Ms. del *Noli Me Tángere*, no aparecen en la 1ª edición.—Ed.

HIMNO AL TRABAJO

CORO

¡Por la patria en la guerra,
por la patria en la paz,
velará el filipino,
vivirá y morirá!

HOMBRES:

Ya el Oriente de luz se colora,
¡sus! al campo, la tierra a labrar,
que el trabajo del hombre sostiene
a la patria, familia y hogar.
Dura puede mostrarse la tierra;
implacables, los rayos del sol . . .
¡Por la patria, la esposa y los hijos
todo fácil será a nuestro amor!

CORO

* * * * *

ESPOSAS:

Animosas partid al trabajo,
que la esposa el hogar vela fiel,
inculcando el amor a los hijos
por la patria, virtud y saber.
Cuando traiga la noche el descanso,
la ventura os aguarda al entrar;
y si el hado es adverso, la esposa
la tarea sabrá continuar.

CORO

* * * * *

DONCELLAS:

¡Salve! ¡salve! ¡Llor al trabajo,
de la patria, riqueza y vigor!
Por él yergue la frente serena,
es su sangre, su vida y su ardor.
Si algún joven pregona su afecto,
el trabajo su fe probará:
sólo el hombre que lucha y se afana,
sostener a su prole sabrá.

CORO

* * * * *

NIÑOS

Enseñadnos las duras faenas;
vuestras huellas queremos seguir,
que mañana, al llamarnos la patria,
vuestra empresa podamos concluir.
Y dirán los ancianos al vernos:
—¡De sus padres, mirad, dignos son!
A los muertos no honra el incienso
como un hijo de gloria y valor

A MI . . .

Ya no se invoca a la musa,
pasó de moda la lira,
ya ningún poeta la usa;
aun la juventud ilusa
en otras cosas se inspira.

Hoy si a la imaginación
le exigen que versos dé,
no se invoca al Helicón,
sólo se pide al "garcón"
una taza de café.

Y en vez del estro sincero
que al corazón conmovía,
se escribe una poesía
con una pluma de acero,
un chiste y una ironía.

Musa, que en mi edad pasada,
me inspiraste cariñosa
cantos de amor, vé y reposa;
hoy necesito una espada,
ríos de oro y acre prosa.

Necesito razonar,
meditar y combatir,
algunas veces llorar,
pues quien mucho quiere amar
mucho tiene que sufrir.

Huyeron los días de calma,
días de alegres amores,
en que bastaban las flores
para consolar al alma
de sus penas y dolores.

Van huyendo poco a poco
cuantos amé de mi lado;
aquél muerto, éste casado,
porque sella cuanto toco
con la desventura el hado.

¡Huye también, musa! Véte,
Busca otra región más pura,
que mi patria te promete
por laureles, el grillete,
por templo, cárcel oscura.

Que si es infame e impío
oprimir a la verdad,
¿no fuera en mí desvarío
detenerte al lado mío
privada de libertad?

Y ¿a qué cantar cuando llama
a serio estudio el destino
Cuando la tempestad brama,
cuando a sus hijos reclama
ronco el pueblo filipino?

Y ¿a qué cantar si mi canto
ha de resonar a llanto
que a nadie conmoverá?
¿Si del ajeno quebranto
el mundo cansado está?

¿A qué cuando entre el gentío
que me critica y maltrata,
seca el alma, el labio frío,
no hay un corazón que lata
con los latidos del mío?

Deja dormir en la cima
del olvido cuanto siento,
¡Bien está allí! Que el aliento
no lo mezcle con la rima
que se evapora en el viento.

Como duermen de los mares
los monstruos en el abismo,
deja dormir mis pesares,
mis caprichos, mis cantares
sepultados en mí mismo.

Yo bien sé que tus favores
sólo sueles prodigar
en esa edad de las flores
de los primeros amores,
sin nubes y sin pesar.

Muchos años han pasado
desde que con beso ardiente
has abrasado mi frente . . .
Aquel beso se ha enfriado
y hasta lo tengo olvidado.

Mas antes que partas, dí,
dí que a tu acento sublime
siempre ha respondido en mí
un canto para el que gime
y un reto para el que oprime.

Mas tú vendrás, inspiración sagrada,
de nuevo a caldear mi fantasía
cuando mustia la fe, rota la espada
morir no pueda por la patria mía;
Tú me darás la cítara enlutada
con las cuerdas que vibran la elegía,
para endulzar de mi nación las penas
y el ruido amortiguar de sus cadenas.

Y si el tiempo con el laurel corona
nuestros esfuerzos, y, mi patria unida,
surge cual reina de la ardiente zona,
blanca perla del fango redimida,
entonces vuelve y con vigor entona
el himno sacro de la nueva vida,
que nosotros el coro cantaremos
aun cuando en el sepulcro descansemos.

15, Diciembre 1890.

Laon-Laon

EL AGUA Y EL FUEGO

Agua somos decís; vosotros fuego;
Como lo queráis, ¡sea! . . .
Vivamos en sosiego,
Y el incendio jamás luchar nos vea;
Sino que unidos por la ciencia sabia
De las calderas en el seno ardiente,
Sin cóleras, sin rabia,
Formemos el vapor, quinto elemento,
¡Progreso, vida, luz y movimiento!

A DON RICARDO CARNICERO

(Poesía dedicada a su guardián en su fiesta onomástica)

Hoy cumple un año, señor,
En que vos, por vez primera,
Llegasteis a esta ribera
Cual nuestro gobernador;
Desde entonces, con ardor,
Noche y día sin cesar
Procuráis su bienestar;
Vuestro celo nada olvida,
A todo dando la vida:
Al pueblo, al bosque, a la mar.

Llegado a la playa amena,
Vuestra afanosa mirada
Vió a esta comarca aislada
Por los mangles y la arena;
Despreciando toda pena
Y con esfuerzo inaudito
Sobre fangoso *cocyto*,*
Sobre indómita corriente
Echasteis el primer puente
Que viera nuestro distrito.

Y después, cómoda vía
De la selva en la espesura
Abristeis ancha y segura
Bajo una bóveda umbría;
Libay se animó, y el día
Alumbró y vió por doquier
Arroz y maíz crecer,
Y surgir casas donde antes
Lianas y árboles gigantes
A monstruos daban el ser.

* *Cocyto* o *cocytus*: el teogónico "río de lamentación", uno de los cinco que conducen a Hades (Averno), según la Mitología griega—Jaime C. de Veyra.

De Dapitan las calzadas
 Que antes en la noche oscura
 Causaban triste pavora,
 Hoy sonríen alumbradas;
 Doquier obras proyectadas,
 Doquier trabajo contino:
 Aquí escuela, allí camino,
 Allá madura la mente
 La traída de la fuente
 Del claro Linaw vecino.

Un año solo pasó,
 Y ya los pueblos se agitan,
 Ya se despierta Dapitan
 Del letargo que durmió;
 Y espera que el que empezó
 Sin dudas y sin zozobra,
 No partirá sin que su obra
 El sol vea terminada,
 Pues si no le arredra nada
 La fe a Dapitan le sobra.

Ante aurora tan galana
 Présaga de hechos preclaros,
 Viene grata a saludaros
 La juventud dapitana.
 Hombres formará mañana
 Que la tierra labrarán
 Y nunca jamás pondrán
 En triste e ingrato olvido
 Cuanto el distrito ha debido
 A vuestro constante afán.

Más que jefe y comandante
 Que impere con dura mano,
 Seguid siendo el buen hispano
 Del distrito padre amante;
 Y puesto que en este instante
 Sois la autoridad primera
 Del pueblo, que a la bandera
 De España fiel se acobija,
 Sed un padre para la hija
 Que sólo en su madre espera.

Y aunque a vuestro proceder
Inertes, mudos y fríos,
No sepan con grandes bríos
Graciosos corresponder,
No les neguéis el querer,
Pues, pobre y sencilla gente
No encuentra voz elocuente
Para expresar su ternura,
Y en su triste desventura
Más calla cuanto más siente.

Que nuestro más grande anhelo
Es que en esta tierra extraña
Encontréis la misma España
Con el mismo sol y cielo;
Sea vuestro nuestro suelo
Cual vuestra cuna de niño;
Enseñadle con cariño
El trabajo y la justicia,
Que si el país no es Galicia
Nuestro amor bien vale el Miño.

Agosto 26, 1892.

MI RETIRO

(A mi madre)

Cabe anchurosa playa de fina y suave arena
y al pie de una montaña cubierta de verdor
planté mi choza humilde bajo arboleda amena,
buscando de los bosques en la quietud serena
reposo a mi cerebro, silencio a mi dolor.

Su techo es frágil nipa, su suelo débil caña,
sus vigas y columnas maderos sin labrar:
nada vale, por cierto, mi rústica cabaña;
mas duerme en el regazo de la eterna montaña,
y la canta y arrulla noche y día la mar.

Un afluente arroyuelo, que de la selva umbría
desciende entre peñascos, la baña con amor,
y un chorro le regala por tosca cañería
que en la callada noche es canto y melodía
y néctar cristalino del día en el calor.

Si el cielo está sereno, mansa corre la fuente,
su cítara invisible tañendo sin cesar;
pero vienen las lluvias, e impetuoso torrente
peñas y abismos salta, ronco, espumante, hirviente,
y se arroja rugiendo frenético hacia el mar.

Del perro los ladridos, de las aves el trino,
del kálaw la voz ronca solos se oyen allí:
no hay hombre vanidoso ni importuno vecino
que se imponga a mi mente, ni estorbe mi camino;
sólo tengo las selvas y el mar cerca de mí.

¡El mar, el mar es todo! Su masa soberana
los átomos me trae de mundos que lejos son;
me alienta su sonrisa de límpida mañana,
y cuando por la tarde mi fe resulta vana
encuentra en sus tristezas un eco el corazón.

¡De noche es un arcano! . . . Su diáfano elemento
se cubre de millares y millares de luz;
la brisa vaga fresca, reluce el firmamento,
las olas en suspiros cuentan al manso viento
historias que se pierden del tiempo en el capuz.

Diz que cuentan del mundo la primera alborada,
del sol el primer beso que su seno encendió,
cuando miles de seres surgieron de la nada,
y el abismo poblaron y la cima encumbrada
y do quiera su beso fecundante estampó.

Mas cuando en noche oscura los vientos se enfurecen
y las inquietas olas comienzan a agitar,
cruzan el aire gritos que el ánimo estremecen,
coros, voces que rezan, lamentos que parecen
exhalar los que un tiempo se hundieron en el mar.

Entonces repercuten los montes de la altura,
los árboles se agitan de confín a confín;
aullan los ganados, retumba la espesura . . .
son espíritus dicen que van a la llanura
llamados por los muertos a fúnebre festín.

Silba, silba la noche, confusa, aterradora;
verdes, azules llamas en el mar vense arder;
mas la calma renace con la sonriente aurora
y pronto una atrevida barquilla pescadora
las fatigadas olas empieza a recorrer.

Así pasan los días en mi oscuro retiro,
desterrado del mundo donde un tiempo viví;
de mi varia fortuna la Providencia admiro:
guijarro abandonado que al musgo sólo aspiro
para ocultar a todos el mundo que tengo en mí.

Vivo con los recuerdos de los que yo he amado
y oigo de vez en cuando sus nombres pronunciar:
unos están ya muertos, otros me han olvidado;
mas ¿qué importa? Yo vivo pensando en lo pasado
y lo pasado nadie me puede arrebatar.

Él es un fiel amigo que nunca me desdora
que siempre alienta el alma cuando triste la ve,
que en mis noches de insomnio conmigo vela y ora
conmigo, y en mi destierro y en mi cabaña mora,
y cuando todos dudan sólo el me infunde fe.

15
Y la tengo, y espero que ha de brillar un día
en que venza la Idea a la fuerza brutal,
que después de la lucha y la lenta agonía,
otra voz más sonora, más feliz que la mía
sabrás cantar entonces el cántico triunfal.

Veo brillar el cielo tan puro y refulgente
como cuando forjaba mi primera ilusión,
el mismo soplo siento besar mi mustia frente,
el mismo que encendía mi entusiasmo ferviente
y hacía hervir la sangre del joven corazón.

Yo respiro la brisa que acaso haya pasado
por los campos y ríos de mi pueblo natal;
acaso me devuelve lo que antes le he confiado:
los besos, los suspiros de un ser idolatrado,
las dulces confidencias de un amor sin igual.

Al ver la misma luna, cual antes argentada,
la antigua melancolía siento en mí renacer;
despiertan mil recuerdos de amor y fe jurada,
un patio, una azotea, la playa, una enramada,
silencios y suspiros, rubores de placer.

Mariposa sedienta de luz y de colores,
soñando en otros cielos y en más vasto pensil,
dejé, joven apenas, mi patria y mis amores,
y errante por doquiera sin dudas, sin temores,
gasté en tierras extrañas de mi vida el abril.

Y después, cuando quise, golondrina cansada,
al nido de mis padres y a mi amor volver,
rugió fiera de pronto violenta turbonada:
vime rotas las alas, deshecha la morada,
la fe vendida a otros y ruinas por doquier.

Lanzado a una peña de la patria que adoro,
el porvenir destruído, sin hogar, sin salud,
¡venís a mí de nuevo! sueños de rosa y oro,
de toda mi existencia el único tesoro,
creencias de una sana, sincera juventud.

Ya no sois como antes, llenas de fuego y vida
brindando mil coronas y la inmortalidad;
algo serias os hallo; mas vuestra faz querida
si ya no es tan risueña, si está descolorida
en cambio lleva el sello de la fidelidad.

Me ofrecéis, ¡oh ilusiones, la copa del consuelo,
y mis jóvenes años a despertar venís! . . .
gracias a ti, tormenta; gracias, vientos del cielo,
que a buen hora supisteis cortar mi incierto vuelo,
para abatirme al seno de mi natal país.

Cabe anchurosa playa de fina y suave arena
al pie de una montaña cubierta de verdor,
hallé en mi patria asilo bajo arboleda amena,
y en sus umbrosos bosques, tranquilidad serena,
repose a mi cerebro, silencio a mi dolor.

Octubre, 1895.

HIMNO A TALISAY

De Dapitan la playa arenosa
y las rocas del monte encumbrado
son tu trono, ¡oh asilo sagrado!
donde paso mi tierna niñez.
En tu valle que esmaltan las flores
y sombrea frutal arboleda
nuestra mente formada se queda,
con el cuerpo nuestra alma a la vez.

CORO

¡Salve Talisay!
Firme y constante,
siempre adelante
tú marcharás.
¡Tú victorioso,
todo elemento,
mar, tierra y viento,
Dominarás!

Somos niños, pues tarde nacimos
mas el alma tenemos lozana
y hombres fuertes seremos mañana
que sabrán sus familias guardar.
Somos niños que nada intimida
ni las olas, ni el baguio, ni el trueno,
pronto el brazo y el rostro sereno
en el trance sabremos luchar.

Nuestros juegos la arena revuelven;
recorremos los antros, las breñas
nuestras casas están sobre peñas,
nuestras armas alcanzan doquier.
No hay tinieblas, no hay noches oscuras
que temamos ni fiero tormenta,
y si el mismo Luzbel se presenta
muerto o vivo cogido ha de ser.

CORO

Talisayon nos llama la gente,
alma grande en un cuerpo chiquito
que en Dapitan y en todo el distrito
no ha tenido Talisay su par;
Nuestro estanque no tiene rivales,
nuestro salto es abismo profundo,
y remando no hay bote en el mundo
que un momento nos pueda pasar.

(Coro: Salve Talisay . . .)

Los problemas de ciencias exactas,
de la patria la historia estudiamos,
tres y cuatro lenguajes hablamos
acordando la fe y la razón.
Nuestros brazos manejan a turno
el cuchillo, la pluma, la azada,
la piqueta, el fusil y la espada,
compañeros del fuerte varón.

(Coro: Salve Talisay . . .)

Vive, vive, frondoso Talisay.
Nuestras voces te ensalcen a coro
clara estrella, preciado tesoro,
de la infancia doctrina y solaz.
En las luchas que aguardan al hombre,
a pesares y duelos sujeto,
tu memoria será su amuleto,
y en la tumba tu nombre, su paz.

Dapitan, 13 de Octubre 1895.

CANTO DEL VIAJERO

Hoja seca que vuela indecisa
Y arrebatada violento turbión,
Así vive en la tierra el viajero,
Sin norte, sin alma, sin patria ni amor.

Busca ansioso doquiera la dicha,
Y la dicha se aleja fugaz:
¡Vana sombra que burla su anhelo! . . .
¡Por ella el viajero se lanza a la mar!

Impelido por mano invisible
Vagará de confín a confín;
Los recuerdos le harán compañía
De seres queridos, de un día feliz.

Una tumba quizá en el desierto
Hallará, dulce asilo de paz:
De su patria y del mundo olvidado . . .
¡Descanse tranquilo, tras tanto penar!

Y le envidian al triste viajero,
Cuando cruza la tierra veloz . . .
¡Ay!, ¡no saben que dentro del alma
Existe un vacío do falta el amor!

Volverá el peregrino a su patria,
Y a sus lares tal vez volverá,
Y hallará por doquier nieve y ruina,
Amores perdidos, sepulcros, no más.

Vé, viajero, prosigue tu senda,
Extranjero en tu propio país;
Deja a otros que canten amores,
Los otros que gocen; tú vuelve a partir.

Vé, viajero, no vuelvas el rostro,
Que no hay llanto que siga al adiós;
Vé, viajero, y ahoga tus penas;
Que el mundo se burla de ajeno dolor.

SALUDO DEL AÑO NUEVO

(Fragmento)

Del abismo de los tiempos
De la inmensa Eternidad
Surjo yo, soy el Año Nuevo
Vengo ahora a gobernar.

(Según versión del Dr. Leoncio López-Rizal)

A JOSEFINA *

(Improvisación)

Josefina, Josefina,
Que a estas playas has venido
Buscando un hogar, un nido,
Como errante golondrina;
Si tu suerte te encamina
A Shanghai, China o Japón,
No te olvides que en estas playas
Late por ti un corazón.

* Josephine Bracken.

ÚLTIMO ADIÓS

Adiós, Patria adorada, región del sol querida,
Perla del mar de oriente, ¡nuestro perdido Edén!
A darte voy alegre la triste mustia vida,
Y fuera más brillante, más fresca, más florida,
También por ti la diera, la diera por tu bien.

En campos de batalla, luchando con delirio
Otros te dan sus vidas sin dudas, sin pesar;
El sitio nada importa, ciprés, laurel o lirio,
Cadalso o campo abierto, combate o cruel martirio,
Lo mismo es si lo piden la Patria y el hogar.

Yo muero cuando veo que el cielo se colora
Y al fin anuncia el día, tras lóbrego capuz;
Si grana necesitas para teñir tu aurora,
Vierte la sangre mía, derrámala en buen hora
Y dórela un reflejo de su naciente luz.

Mis sueños cuando apenas muchacho adolescente,
Mis sueños cuando joven ya lleno de vigor,
Fueron el verte un día, joya del mar de oriente,
Secos los negros ojos, alta la tersa frente,
Sin ceño, sin arrugas, sin manchas de rubor.

Ensueño de mi vida, mi ardiente vivo anhelo,
¡Salud te grita el alma que pronto va a partir!
¡Salud! ah, que es hermoso caer por darte vuelo,
Morir por darte vida, morir bajo tu cielo,
Y en tu encantada tierra la Eternidad dormir.

Si sobre mi sepulcro vieres brotar un día
Entre la espesa yerba sencilla, humilde flor,
Acércala a tus labios y besa al alma mía,
Y sienta yo en mi frente, bajo la tumba fría,
De tu ternura el soplo, de tu hálito el calor.

Deja a la luna verme con luz tranquila y suave,
Deja que el alba envíe su resplandor fugaz,
Deja gemir al viento con su murmullo grave,
Y si descende y posa sobre mi cruz un ave,
Deja que el ave entone su cántico de paz.

Deja que el sol, ardiendo, las lluvias evapore
 Y al cielo tornen puras, con mi clamor en pos;
 Deja que un sér amigo mi fin temprano lllore
 Y en las serenas tardes, cuando por mí alguien ore
 Ora también, ¡oh Patria, por mi descanso a Dios!

Ora por todos cuantos murieron sin ventura,
 Por cuantos padecieron tormentos sin igual,
 Por nuestras pobres madres, que gimen su amargura;
 Por huérfanos y viudas, por presos en tortura
 Y ora por ti que veas tu redención final.

Y cuando, en noche oscura, se envuelva el cementerio
 Y solos sólo muertos queden velando allí,
 No turbes su reposo, no turbes el misterio,
 Tal vez acordes oigas de cítara o salterio,
 Soy yo, querida Patria, yo que te canto a ti.

Y cuando ya mi tumba de todos olvidada
 No tenga cruz ni piedra que marquen su lugar,
 Deja que la are el hombre, la esparza con la azada,
 Y mis cenizas, antes que vuelvan a la nada,
 El polvo de tu alfombra que vayan a formar.

Entonces nada importa me pongas en olvido.
 Tu atmósfera, tu espacio, tus valles cruzaré.
 Vibrante y limpia nota seré para tu oído,
 Aroma, luz, colores, rumor, canto, gemido
 Constante repitiendo la esencia de mi fe.

Mi Patria idolatrada, dolor de mis dolores,
 Querida Filipinas, oye el postrer adiós.
 Ahí te dejo todo, mis padres, mis amores.
 Voy donde no hay esclavos, verdugos ni opresores;
 Donde la fe no mata, donde el que reina es Dios.

Adiós, padres y hermanos, trozos del alma mía,
 Amigos de la infancia, en el perdido hogar;
 Dad gracias que descanso del fatigoso día;
 Adiós, dulce extranjera, mi amiga, mi alegría,
 Adiós, queridos séres, morir es descansar.

"FLOR ENTRE FLORES . . ."

(Fragmento *)

Flor entre flores,—Tierno capullo,
Que mece al aura—Con blando arrullo,
Aura celeste,—Aura de amor;
Tú, que placeres—Do quiera miras;
Tú que sonríes—Y no suspiras,
Toda perfumes,—Toda candor;
Tú, que a la tierra—Tal vez viniste
Para consuelo—Del que está triste,
Para alegría—Del corazón;
¿Dicen que tienes—En tu alborada
El alma pura,—Aprisionada,
Entre los lazos—De la pasión?
Dicen que esparces—El bien doquiera,
Como regala—La primavera
Júbilo y flores—En bello Abril.
Dicen que el alma—Tú la iluminas
Cuando se nubla,—Que sin espinas
Brotan las rosas—En tu pensil.
Si, pues, felices—Haces cual hada
A los que gozan—De tu mirada
Mágico encanto—Que Dios te dió,
¡Ah! dame una hora—De tu alegría,
De tu existencia—Un sólo día,
Que sólo el pecho—Feliz gozó.

* Fragmento: de tal calificamos esta breve composición. La encontramos así, entre los materiales recuperados recientemente de la perdida Colección Rizalina. Es mero ensayo, un borrador; mas el estro del autor revela ya madurez

KUNDIMAN **

Tunay ngayong umíd yaráng dila't pusò
Sinta'y umiilag, tua'y lumalayô
Bayan palibhasa'y lupíg at sumukò
Sa kapabayaán, ng nagturong punò

Datapuwa'at mulíng sisikat ang araw
Pilit maliligtas ang inapíng bayan
Magbabalik mandín at mulíng iiral
Ang ngalang tagalog sa sangdaigdig.

Ibubuhos namin ang dugó't babahâ
Matubos ngâ lamang ang sa amáng lupâ
Hanggang dî sumapit panahóng tadhana'y
Sinta'y tatahimik, tutulog ang nasâ.

JOSÉ RIZAL

** Del original de la colección del Sr. EPIFANIO DE LOS SANTOS, *Día Filipino*
Manila, Diciembre 30, 1921, pág. 15.

KUNDIMAN

(Versión castellana, por EPIFANIO DE LOS SANTOS.)

Verdaderamente enmudecen hoy
Mi lengua y corazón.
Daño columbra el amor
Y la alegría se aleja,
Porque la Patria fué
Vencida y se sometió
Por negligencia
Del instructor caudillo.

Pero volverá
A amanecer el sol;
A despecho de todo libraráse
El pueblo sojuzgado;
Tornará acaso,
Y a ponerse nuevamente en boga
El nombre Filipino
En el mundo.

Derramaremos nosotros
La sangre y será un diluvio
Para tan solo manumitir
Al patrio suelo;
Y mientras no arribe
El tiempo señalado,
Reposará Amor
Y dormitará Anhele.

CERVANTES EN ARGAMASILLA DE ALBA

Tranquila era la noche: silenciosa,
La luna por el cielo discurría,
Y de la Mancha, seca, montañosa,
Sobre los campos su fulgor vertía;

Muda vagaba el aura, quejumbrosa
Entre las flores, que el abril envía,
Cual don precioso; y en tan triste calma
Callaba el ruiseñor, se helaba el alma.

Gozaba entonces del nocturno sueño
El mundo, inquieto, que mimó natura, 10
Y cual dormido por letal beleño
Sus males olvidaba o su ventura:

¡Ay! sólo un hombre con tenaz empeño
Contemplaba tan pálida hermosura 15
Cabe ferrada reja, y parecía
Presa de la cruel melancolía.

Su tersa frente, que el fulgor de Diana
Bañaba en suave luz, se erguía altiva
Y en sus ojos latía soberana
Llama del genio palpitante y viva: 20
Y cual suele al rayar de la mañana
Nublar las sombras su rosada diva,
Su luz brillante, tal el desconsuelo,
Enlutaba su faz con denso velo.

¿Acaso contempla su triste presente
Más triste y acerbo que el tiempo que huyó 25
Evoca una imagen, confusa, su mente,
Imagen, que fiera la Parca borró?

Tal vez suspirando recuerda el cariño
De madre (ya muerta) su llanto al oír, 30
O el canto meloso, que oyó cuando niño
Orilla del río de grato bullir.

Quizás martirizan su herida memoria
 El sueño de rosa, que un tiempo abrigó,
 La sed insaciable de vívida gloria, 85
 Que su alma entusiasta calmar esperó.

Quien sabe si rudo le invade el hastío
 Su sangre, vertida en vano, al recordar,
 Que al mundo egoísta en su cruel desvarío
 Con cárcel infame le place pagar. 40

Su honor, indignado a tan pérfido ultraje
 Quizás se subleva cual negro huracán,
 Y enciende en sus venas ardiente coraje
 Que ruje en su pecho cual rojo volcán.

Tal vez más humano su mísera estrella 45
 Acepta, humildoso, con fiel sumisión,
 ¿Murmuran sus labios la pura, la bella
 Cristiana plegaria en su triste aflicción?

Sus miradas
 Torna al Cielo, 50
 Un consuelo
 Por buscar.
 ¡Pobre genio,
 Que procura 55
 Su tristura
 Mitigar!

Pone el mundo
 En olvido
 Su quejido,
 Su clamor; 60
 Mas él sufre
 Su tormento,
 Cruel, violento,
 Con valor.

Cual susurra 65
 Dulcemente
 Clara fuente
 Al brotar,
 Así espera
 Con acento
 Vago, lento
 Su penar: 70

¡Feliz aquél que el suelo
Deja, sin conocer la vida odiosa,
Y se remonta al cielo 75
Ligero, cual alegre mariposa!

¡Ay, lenta es mi agonía
He de vivir en el pesar sumido,
Cesa ya, vida mía,
Mi corazón, apaga tu latido! 80

Que es muy triste la vida
Exenta de consuelos y ventura,
¡Y más cuando se olvida
Al que sólo confía en su amargura!

¡Ah es verdad! mi suspiro 85
Es tan humilde, que en mis labios muere,
Y cuando yo deliro
¿Que corazón mi desconsuelo hiere?

Mis bellas ilusiones 90
Una tras otra rápidas se fueron,
Mis alegres canciones
¡Ay! ahora en sollozos se volvieron.

¿Quién, como tú, pudiera 95
En vuelo alegre acariciar las flores,
Alma pura y ligera,
Y contarles tus cuitas, tus amores?

Misteriosa Armonía
Si fuera yo del bosque pavoroso,
Cantara noche y día
¡Cabe el río y torrente sonoro! 100

El insectillo alado,
Que en dulce libertad del campo goza,
El cabrito pintado
Que en verde grama busca y se alboroz;

¡Ay! son más venturosos 105
Que yo en mi dignidad y mi infamia.
¡Oh del hombre enojosos
Rencores, odio vil, perfidia impía!

Perseguido do quiera
 Por do quiera infeliz y sin ventura, 110
 ¿Qué en la tierra me espera,
 Sino la paz de grata sepultura?

¿Acaso mi tormento
 Repara el mundo ciego, envilecido?
 ¿Escucha el pobre acento . . . 115
 Del paria, relegado al olvido?

Más que todos, tu . . .
 Grande nación, mi España prepotente,
 Cuando el dolor me acosa, me mata
 Desoyes ¡ay, mi suplicar ferviente! 120

Dijo, y calló y un suspiro
 Lanzó su alma dolorida
 Y dos lágrimas surcaron
 Mansamente sus mejillas.

Oh tú, misteriosa noche 25
 Del desventurado, Amiga,
 Que ocultas rudos dolores
 A la luz del claro día;

Dí, ¿a do volaron ligeras,
 Las lágrimas, que la brisa 125
 Acarició con sus alas
 De nieve y grana teñidas?

Quizá el ángel del consuelo
 Diólas a una florecilla,
 Para, al brillar la mañana, 135
 En perfume convertirlas.

Tal vez subieron al trono
 Del Eterno entre armonías,
 Cual muda oración ferviente
 De una criatura oprimida. 140

En vuelo majestuoso
 Hiende el aire veloz
 Entre tenues acordes,
 Fantástica visión.

Albo ropaje lleno 145
 De intenso resplandor
 Ciñe su talle, esbelto,
 Como nunca se vió.

Laurel orna su frente
 Brillante cual el sol 150
 De la lira, que pulsa,
 Las cuerdas de oro son.

Vívida es su mirada,
 Llena de casto amor,
 Con sus puros destellos 155
 Cautiva al corazón.

Azul del Cielo ardiente
 Puso en sus ojos Dios,
 Sobre su cabellera
 Polvos de oro vertió. 160

La grana de sus labios
 Envidiara la flor,
 Favorita de Venus,
 Do el amor anidó!

Se llega a do el infelice 165
 Postrado sus males llora,
 La visión encantadora
 Tierna y amante la faz: 170
 Absorto él le mira y siente
 Acallarse su amargura,
 Olvida su desventura
 Y torna la dulce paz.

Y tierno cual el gemido
 De blanda armónica lira
 Del amante, que suspira 175
 En la tumba de su amor; 180
 De la deidad el acento
 De suave dulzor preñado
 Oye el infeliz cuitado
 En delicioso estupor: 185

Miguel . . . Miguel ¿por qué tu valentía
 Cede así de la suerte a los rigores?
 Si del Líbano el cedro desafia
 Del huracán horrisonos fragores, 190
 Si dura roca, que la mar bravía
 Airada bate al son de los clamores
 De iracundos tritones, se alza fiera,
 ¿Por qué tu invicto genio desespera?
 ¡Ah! ¿quién soís vos, deidad encantadora
 A cuya voz mi fé se aviva y crece, 195
 Miguel clama, y cual la rubia aurora
 Al mundo alegre cuando se aparece?
 ¿Soís el ensueño, que mi mente adora,
 Hermosa cual la Silfa, que se mece
 En el espacio azul, o engaño solo 200
 Que colma mis desdichas con el dolo?
 —Yo la hija soy del que creó la rosa
 Las fuentes las praderas y los jazmines,
 Yo nací con la luz esplendorosa 205
 Y crecí del Edén en los jardines;
 La dicha doy, quien en mí reposa,
 Vivo con los alados serafines
 Y derramando galas y hermosura
 Embellezco a la plácida natura.
 Un tiempo fué que cual la flor galana 210
 Vertía yo venturas y placeres
 Sobre la angelical pareja humana
 Reyna y señora de los creados séres;
 mas ¡ay! cuando inexperta una mañana
 Eva la más feliz de las mujeres 215
 Bebió curiosa el infernal veneno,
 Volvíme entonces de mi padre al seno.
 Inspiré desde allí la guerrera
 Canción sublime de alabanza y gloria
 De Amram al hijo, cuando a hueste fiera 220
 Abismó Jehová, en su gran victoria;
 Dí a Jeremías voce lastimera,
 De su Sión consagrada a la memoria
 Vibre la lira de David el santo
 Al entonar su religioso canto.

Oí tus quejas del veraz Destino.
 El libro abrí que sacro miedo inspira
 Y en el escrito tu tremendo sino
 Con colores fatídicos se mira.
 Abrigos hallarás en tu camino
 Sembrado para ti por mentira,
 Tú lucharás con tu ominosa suerte
 Cual gladiador herido con la muerte.

Yo páginas grandiosas, inmortales
 Te dictaré desde mi excelso asiento 235
 Y te distinguirás de los mortales
 Cual de las hierbas roble corpulento:
 Conservará la Historia en sus anales
 Tu divino esplendor, y el firmamento 240
 Será pequeño a tanta nombradía
 Aún más brillante, que la luz del día.

Ve pues, Miguel, y que tu clara mente,
 Foco de luz, que alumbrara tu suelo,
 Redima a esa multitud demente
 Rasgando el hosco encapotado velo. 245
 Y, cual nube preñada, rayo ardiente
 Airoso lanza en tu encumbrado vuelo
 Que derribe al dios de la locura
 Brotar haciendo celestial ventura.

Dijo y voló cual la ciprina diosa, 250
 Que abandonando al adalid troyano
 Luz esparció y fragancia olorosa
 Allá en el suelo cálido africano:
 Marcó su paso estela luminosa
 Rápida y un valor sobrehumano 255
 Brotó del pecho de Miguel radiante
 Disipando el pesar de su semblante.

El Oriente se colora
 El alba ríe temprana
 Esplendente precursora
 De la divina aurora 260
 Encanto de la mañana.

Abren su cáliz las flores
 Y reciben la frescura,

Regalo de la natura
Que del día a los albores
Aumenta su galanura.

El ave con blando pío
Saluda desde la rama
Al sol, que se desparrama
Evaporando el rocío
Bello esmalte de la grama.

265

Une la sonora fuente
Al concierto matutino
Que se escucha dulcemente
Su claro y acorde trino
Grato solar de la mente.

270

¡Juega en el prado la brisa!
Se llevó la noche oscura
Sus pesares, su tristura
Y en cambio la dulce risa
Viene con la lumbre pura.

275

También Miguel se alboroz
Al mirar tanta alegría,
Al ver cuan bello es el día,
Pensando en la visión, goza
Que tuvo en la noche umbría.

280

Y de su mente fecunda
Brotó una luz, una llama,
Que de sangre arde le inunda;
El genio su pecho inflama
Y de fulgor le circunda.

285

Cual semidió mortal
Su mirada resplandece,
Tibio calor celestial
Cual la lumbre matinal
Su ser entero encandece.

290

¡Salve Mortal poderoso!
¡Salve taento fecundo!
Que en un calabozo inmundo
¡Ay! diste a luz generosos
Tu obra, admiración del mundo.

295

A MI CRIADOR

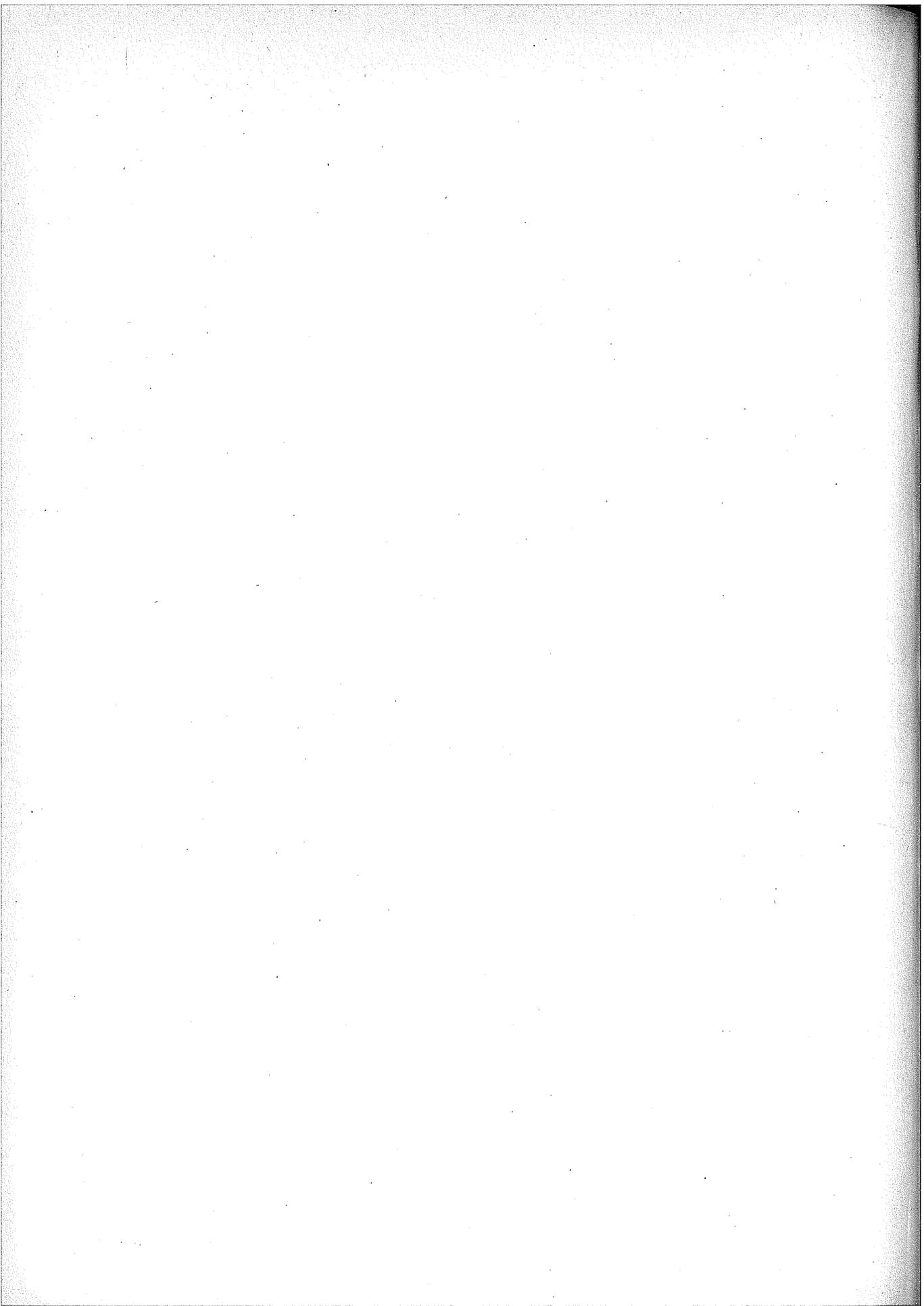
(Fragmento)

A mi Criador yo canto;
A mi Señor, al Todopoderoso
Que calmó mi quebranto
Al Misericordioso
Que en la tribulación me dió reposo.

Tú, con tu poderío
Dijiste: ¡vive! y yo me ví con vida;
Y me diste albedrío,
Y alma al bien impelida
Como brújula al Norte dirigida.

Tú, descender me hiciste
De honrados padres y de honrada casa,
Y una patria me diste
Bella, rica sin tasa,
Si de fortuna y de prudencia escasa.

(De los Documentos Rizalinos)



APÉNDICES

APÉNDICE A

MI PRIMERA INSPIRACIÓN *

¿Por qué exhalan a porfía
Del cáliz dulces olores
Las embalsamadas flores
En este festivo día?

¿Y por qué en la selva amena
Se oye dulce melodía
Que asemeja a la armonía
De la arpada filomena?

¿Por qué en la mullida grama
Las aves al son del viento
Exhalan meloso acento
Y saltan de rama en rama?

¿Y la fuente cristalina,
Formando dulce murmullo
Del céfiro al suave arrullo,
Entre las flores camina?

¿Por qué veo en el Oriente
Más bella y encantadora
Asomar la rubia aurora
Entre arreboles su frente?

Es que hoy celebran tu día
Oh mi madre cariñosa,
Con su perfume la rosa
Y el ave con su armonía,
Y la fuente rumorosa
En este día felice
Con su murmullo te dice
Que vivas siempre gozosa.

Y de esa fuente al rumor,
Oye la primera nota
Que ahora de mi laúd brota
Al impulso de mi amor.

* Se ha publicado por varios editores como poesía de Rizal, incluso la edición oficial por Don Jaime C. de Veyra. Se sabe, sin embargo, según el Dr. Leoncio López-Rizal, uno de los vivientes sobrinos del héroe, que esta poesía no es de Rizal sino de un sobrino de éste, Antonio López.

ADIÓS A LEONOR *

Ya llegó, pues, aquel fatal instante
triste destino de mi suerte impía;
llegó ya, en fin, aquel momento y día
que me voy a separar de ti.

Adiós, Leonor, que me despido,
mi corazón amante te lo dejo;
adiós Leonor, que ya de aquí me alejo,
¡oh, ausencia triste! ¡ay, que dolor!

KUNDIMAN * *

En el bello Oriente, donde nace el día
Una tierra hermosa, henchida de encantos,
Con fuertes cadenas, el déspota abruma,
¡Ay, esa es mi Patria, mi Patria de amor!

¡Cuan triste la vida, lejos de su seno!
¡Luz, mi amor existen fuera de sus campos!
La luz no fulgura; el cielo es tristeza.
¡Ay de mí, si muero, sin ver su esplendor!

A orillas del Pásig, crecen los mangles
De robusto tronco y espléndida sombra;
En sus hojas verdes la luz juguetea,
Prestando al espíritu, dulzura sin par.

En el bello oriente, donde nace el día,
Mi Patria adorada, henchida de encantos,
Entre hierros gime; como esclava muere.
¡Dichoso quien pueda darla libertad!

* Composición poética dedicada a Leonor Rivera. Se publicó en *Poesías de Rizal*, editada por Jaime C. de Veyra, 1946, p. 50 como de Rizal. Hay una gran duda, sin embargo, de que fuese de Rizal por su estilo, por su fraseología y por otras razones.

** Esta poesía que no pocos han atribuido a Rizal, hasta el extremo de que se ha sacado a incluir en su proceso, es de Don Pedro A. Paterno. Rizal lo ha negado enfáticamente durante el proceso, y Don Epifanio de los Santos confirma que no es de Rizal.

A ORILLAS DEL PASIG *

(Kundiman)

Ven a orillas del Pasig Paloma mía,
Ven que ya va muriendo la luz del día,
Ven que por ti tan solo mi banca espera,
Bajo el frondoso cañaveral
Ven a orillas del Pasig que ya la luna
Su blanco disco asoma por la laguna,
ven, por fin iremos juntos hacia Antipolo
Tus negros ojos contemplaré.
Ven, Cielo mío
Que por el río
Mi dulce anhelo
Te cantaré
Y al suave arrullo
De la corriente
Tu hermosa frente
De sampaguitas
Coronaré.

DUO DE LA AFRICANA^a

No cantes más la Africana.
Vente conmigo a Aragón,
Y allí la jota es gloria,
Nos cantaremos los dos.
Vente conmigo y no temas
Estos lugares dejar.
Que la que aquí es prima dona,
Reina en mi casa serás.
Hoy que
Yo estoy muy nerviosa,
Déjame tranquila,
Cállate esas cosas,

* Se le atribuye a Rizal. Se duda sin embargo que fuera de él.

^a Este es un canto copiado por Rizal. El manuscrito está en la colección de D. Eugenio López. Algunos creen equivocadamente que es de Rizal.

Ten por Dios prudencia,
Cese en tu porfía.
Porque si te oyeren
Buenas armonías
Esas ilusiones
No has de realizar
Basta ya Pepito
Deja de soñar (2 veces)
Aunque te quiero y me quieras,
Vente y no dudes ya más.
Vente por Dios alma mía,
Que alguna vez volverás.
Aunque te quiero y me quieres
Vente y no dudes ya más
Entonando coplas
Con la guitarrilla,
te diré gitana,
te diré bien mío,
te diré mi gloria,
te diré lucero
te diré mi encanto,
te diré mi cielo,
Cantaré a tu boca,
Cantaré en tus manos,
Cantaré en tus ojos,
Cantaré a tus garbos
¡Ay Antonia, Ay mi solo amor!
Si me quieres dime por favor.
Calla por Dios que me matas
Eres alma mía de mi corazón
Ten ya de mi compasión
Eres tú mi vida eres mi ilusión.
Vete por fin de mi lado
Eres mi ilusión.
O serás mi perdición
Eres mi ilusión
Vete tranquilo y no sientas
Estos lugares dejar
Eres alma mía de mi corazón
Toda mi alegría
Aunque sin barco solita
Toda mi ilusión

Muero a tu lado
De tanto penar
Vente, vente, vente ya.
Vete por fin de mi lado
Eres mi ilusión
O serás mi perdición
Vete por fin de mi lado
Estos lugares dejar
Aunque sin barco solita
Muero a tu lado
De tanto penar.
Ay que fatiguitas
Siento en mi pecho
Viendo que es provisa
La separación
Pues aunque te digo
Que se marcha al punto
Él solo es el dueño
De mi corazón.

APÉNDICE B

NOTAS

SA AKING MGA KABATA

Rizal escribió esta poesía en su pueblo natal, Calamba en 1869. Nótese como habla un niño de ocho (8) años, de *bayan* (pueblo), de *kalayaan* (libertad), de que *ang salita'y isang kahatulan sa bayan* (por su lengua son juzgados los pueblos), de que *ang salita nati'y . . . nawala'y dinatnan ng sigwá* (nuestra lengua . . . naufragó por monzón desencadenado).

El original Tagalog se publicó en:

1. Cruz, Hermenegildo: *Kung sino ang Kumatha ng Florante*, Manila 1906, pp. 187-188.
2. Tolentino, Guillermo E.: *Ang wika at baybaying Tagalog*, p. 175.
3. Zaide, Gregorio F.: *José Rizal, Life, Works and Writings*, p. 264.

Traducciones de esta poesía en español, por Epifanio de los Santos, aparecieron en *Revista Filipina*, diciembre 1916, en *Poesías del Dr. Rizal*, ed. por Sol H. Gwekoh, pp. 7-8, y en *Poesías de Rizal*, ed. por Jaime C. de Veyra, Manila, 1946, p. 1; en inglés por Frank C. Laubach, en Zaide, p. 16.

FELICITACIÓN

Esta poesía se escribió el año 1875 cuando Rizal tenía sólo 14 años y era estudiante interno del Ateneo Municipal de Manila, dedicada al Sr. Antonino Lopez, esposo de Doña Narcisa Rizal, con ocasión del cumpleaños de éste. La escribió Rizal como si fuera felicitación de sus hermanas.

El manuscrito de esta poesía se quemó durante la liberación de Manila en 1945, en poder del Dr. Leoncio López Rizal.

Poesías de Rizal editado por Jaime C. de Veyra, lleva una reproducción de este trabajo en la página 3.

AL NIÑO JESÚS

Poesía fechada en Manila el 14 de Noviembre, sin expresar el año, según D. Mariano Ponce. Retana cree que fué de la época en que Rizal estudiaba la segunda enseñanza en el Ateneo Municipal de Manila, 1874-1875.

El manuscrito original se quemó en 1945 en poder de Don Leoncio Lopez-Rizal.

Una reproducción aparece en la página quinta de las *Poesías de Rizal*, editado por D. Jaime C. de Veyra.

EL EMBARQUE

(*Himno a la flota de Magallanes*)

El Sr. R. Guerrero, según D. Wenceslao E. Retana, con referencia a las noticias que le fueron comunicadas por el Padre Francisco de P. Sanchez, profesor que fué de Rizal en el Ateneo Municipal de Manila, dice que

esta poesía la fechó el autor el 5 de Diciembre de 1875. Pero según los Sres. Vicente Elio y Mariano Ponce, fué escrita en 1874. Se publicó por primera vez en *La Patria*, de Manila, el 30 de Diciembre de 1899.

Se publicó también en:

1. *Día Filipino*, 19 Junio 1921, p. 48.
2. RETANA, WENCESLAO E.: *Vida y Escritos del Dr. José Rizal*, pp. 26-27.
3. VEYRA, JAIME C. DE: *Poesías de Rizal*, pp. 6-7.

EL COMBATE

(*Urbizondo, terror de Joló*)

Este romance está fechado el 5 de Diciembre de 1875, según comunicación del Padre Francisco de P. Sanchez al Sr. R. Guerrero. Inédito al parecer, por lo menos hasta 1907.

Debe haberse quemado el original manuscrito de esta obra, juntamente con otros, durante la liberación en 1945.

Se publicó este trabajo en *Poesías de Rizal*, editado por Jaime C. de Veyra, pp. 7-8.

Y ES ESPAÑOL: ELCANO EL PRIMERO EN DAR LA VUELTA AL MUNDO

Fechada el 5 de diciembre de 1875, según le comunicó el Padre Francisco de P. Sánchez al Sr. R. Guerrero. Inédita, al parecer, antes de la muerte del autor.

El manuscrito original se encontraba en la Biblioteca Nacional antes de la guerra; pero desapareció durante la liberación de Manila en 1945.

Fué publicado en *Día Filipino* del 19 de Junio 1921, p. 46, y también en *Poesías de Rizal*, editado por Jaime C. de Veyra, pp. 9-10.

ALIANZA ÍNTIMA ENTRE LA RELIGIÓN Y LA EDUCACIÓN

Fechada el 1° de Abril de 1876, según información dada por el Padre Francisco de P. Sánchez al Sr. R. Guerrero. Rizal tenía quince años cuando la escribió.

Una reproducción de esta obra aparece en pp. 17-18 de *Poesías de Rizal*, editado por Jaime C. de Veyra.

Retana intituló esta misma poesía "Alianza íntima entre la religión y la buena educación".

POR LA EDUCACIÓN RECIBE LUSTRE LA PATRIA

Rizal escribió esta poesía cuando estaba en el quinto año de bachillerato, 1.° de abril de 1876. Publicóse por primera vez en *El Renacimiento*, de Manila, el 2 de enero de 1906; "por una casualidad se ha encontrado en los Archivos del Ateneo Municipal de Manila", según dicho periódico.

De esta poesía, Retana dice: "No tiene la suavidad que otras composiciones del autor; pero en cambio merece notarse la tendencia, no muy propia de un escolar de quince años."

Se publicó también en:

1. RETANA, WENCESLAO E.: *Vida y Escritos del Dr. José Rizal*, pp. 27-29.
2. VEYRA, JAIME C. DE: *Poesías de Rizal* pp. 19-20.

SAN EUSTAQUIO, MÁRTIR¹

Tragedia escrita en italiano en 1869 por el Padre Enrique Valle, S. J.

El P. Francisco de P. Sánchez hizo la traducción del original italiano de la obra, en prosa castellana, y Rizal, por instrucción de aquél, la puso en verso castellano. Este ensayo literario de Rizal, según D. Jaime C. de Veyra, permaneció "inédito hasta el año 1916, en que la revista *Cultura Social*, que publicaban los padres jesuitas, lo había dado a la estampa . . . por series durante al citado año de 1916."

Cultura Social, al publicarla, puso la siguiente nota:

"El P. Francisco de P. Sánchez, que había sido profesor de Retórica de Rizal, hizo la traducción del original italiano del drama, en prosa castellana, que entregó al novel poeta, para que durante las vacaciones siguientes al curso de Retórica de 1876, la pusiese en verso, y así se ejercitase en la versificación castellana y estuviese santamente entretenido. Y fué el joven Rizal tan fiel y constante en el trabajo, que el primer día en que se abría la matrícula del nuevo curso, presentaba a su antiguo profesor el drama entero versificado."

"El original se quemó en un incendio durante la liberación en Febrero de 1945. Estaba en mi casa de la Calle Magdalena".—L. Lopez Rizal.

Se publicó en:

1. *Día Filipino*, 19 Julio 1922.
2. VEYRA, JAIME C. DES *Poesías de Rizal*, pp. 73-138.

UN RECUERDO A MI PUEBLO

Esta poesía fué presentada por su autor en una de las sesiones de la Academia de Literatura Castellana del Ateneo Municipal de Manila. De esta composición dice el Sr. Vicente Elio que también pertenecía a dicha Academia; "El diario *La Patria*, de Manila, publicó esta composición en su número del 30 de Diciembre de 1889. El Sr. Ponce dice estar escrita esta poesía en 1876, (lo que no se discute), pero sí aseguró que hasta 1879 no la dió a conocer Rizal en la mencionada Academia. También la publicó *La Democracia*, de Manila, en su número del 19 de junio de 1901." "Publicada en *El Pueblo*, de Cebú, el 19 de junio de 1900.—R. Guerrero." (Retana, *Vida y Escritos del Dr. Rizal*, p. 457.)

El manuscrito original aparentemente está bajo el cuidado de la Biblioteca Nacional. Reproducciones aparecieron también en:

1. *Philippines Herald*, 30 Dic. 1928 y 6 Junio 1929.
2. VEYRA, JAIME C. DE: *Poesías de Rizal*, pp. 4-5.

EL CAUTIVERIO Y EL TRIUNFO

(Batalla de Lucena y prisión de Boabdil)

Fechada en Manila el 3 de Diciembre de 1876, según información facilitada al Sr. R. Guerrero por el P. Francisco de P. Sánchez.

Poesías de Rizal, editado por D. Jaime C. de Veyra, pp. 10-11, contiene una reproducción de este trabajo del héroe.

El manuscrito original se extravió durante la liberación.

LA CONQUISTA DE GRANADA

Es una leyenda escrita el 3 de diciembre de 1876, según comunicó al Sr. R. Guerrero el Rev. Padre Francisco de P. Sanchez.

Esta obra fué publicada en *Día Filipino* del 30 Dic. 1921 pp. 36-37 y también en *Poesías de Rizal*, editado por Jaime C. de Veyra, pp. 12-16, con el título: "Entrada triunfal de los Reyes Católicos en Granada."

COLÓN Y JUAN II

Esta composición poética la escribió el Dr. Rizal cuando era Prefecto de la Academia de Literatura Castellana en el Ateneo Municipal de Manila, posiblemente en 1877, según D. Mariano Ponce.

La Biblioteca Nacional guarda el manuscrito original de esta pieza escrita en 2 páginas que miden 21.6 cm × 34. cm.

Una reproducción impresa de este trabajo se puede ver en la página 28 de *Poesías de Rizal*, editado por de Veyra.

GRAN CONSUELO EN LA MAYOR DESDICHA

Leyenda. Esta composición poética la escribió Rizal cuando era Prefecto de la Academia de la Literatura Castellana en el Ateneo Municipal de Manila, posiblemente en 1877. Esta se halló entre los papeles adquiridos de D. Mariano Ponce por el Gobierno de Filipinas.

Se halla el manuscrito original de este trabajo en la Biblioteca Nacional.

En las pp. 21-25 de *Poesías de Rizal*, editado por D. Jaime C. de Veyra aparece una reproducción de esta poesía.

EL HEROÍSMO

Canto Épico

Canto épico, incompleto, fechado el 8 de Diciembre de 1877, según comunicación del P. Francisco de P. Sanchez al Sr. R. Guerrero. El Sr. Ponce habla de "El Heroísmo, Canto Épico. Composición escolar." Inédita, que sin duda se refiere al mismo escrito.

El manuscrito original escrito en papel *catalan* por Rizal se halla en la Biblioteca Nacional. En Retana, *Vida y escritos*, la poesía aparece con el título "El heroísmo de Colón". En el record de manuscritos de la Biblioteca se pueden leer las palabras siguientes después del título . . . "en octavas reales loando a Colón y relatando el diálogo de éste con Neptuno."

"*Poesías de Rizal*, editado por D. Jaime de Veyra, contiene una reproducción de este trabajo en las pp. 26-27.

A LA JUVENTUD FILIPINA

Esta oda, escrita por Rizal en 1879, fué presentada en el certamen de trabajos en prosa y verso organizado en dicho año por el Liceo Artístico y Literario de Manila, y se llevó el primer premio. El Jurado lo componían españoles peninsulares.

De este trabajo, D. Wenceslao E. Retana, historiador español, dice, entre otras cosas, lo siguiente:

"No se necesita ser un lince para no descubrir *algo* de lo que palpita en esa oda . . . Aquel no debió ser *año de suspicacias*. Pero, a la verdad,

un indígena para quien la *Patria no era España*, sino Filipinas, y que así lo proclamaba, y no sólo esto, sino que estimulaba a la juventud a que se dignificase, tenía algo de insólito; eso no era usual, sino por el contrario excepcional, que un indio alardease de gallardía patriótica (nacionalista en la esencia): de aquí que esa oda deba considerarse como un rasgo revelador de un carácter, revelador de ¡un hombre! que merecía atención."

Reproducciones aparecieron en:

1. *La Independencia*, 25 Septiembre 1898.
2. *La República Filipina*, 30 Dic., 1898.
3. *Homenaje a Rizal*, pp. 393-395.
4. RETANA, W. E.: *Aparato* v. 3, pp. 1577-1578.
5. RETANA, W. E.: *Vida y Escritos*, pp. 32-33.
6. *Nuestro Tiempo*, Diciembre 1904.
7. GUERRERO, LEON MA.: *Young Rizal*, pp. 176-177.
8. VEYRA, JAIME C. DE: *Poesías de Rizal*, pp. 31-32.
9. OROSA, SIXTO Y.: *José Rizal, el héroe nacional filipino*, pp. 59-61.
10. *Bayani*, 6 Junio 1947, v. I, No. 2, p. 3.

ABD-EL-AZIS Y MAHOMA

Según D. Vicente Elio, este romance histórico fué declamado por D. Manuel Fernández y Maniuang, con el título de "Mahoma se estremece", en la noche del 8 de diciembre de 1879, en el Ateneo Municipal de Manila, en la función en honor a su Patrona.

Esta pieza literaria apareció en el *Día Filipino* del 30 de diciembre de 1921, p. 67, y también en *Poesías de Rizal*, editado por de Veyra, pp. 29-31.

A FILIPINAS

Este es un soneto escrito en el Album de la Sociedad de Escultores, y fechado en febrero de 1880. Se publicó por primera vez en *La Independencia*, el 29 de diciembre de 1898. El escultor filipino D. Romualdo Teodoro de Jesús tuvo en su poder el original de este soneto, pero los parientes del escultor ya no lo pueden localizar, dado el tiempo transcurrido.

También apareció bajo el título de "Los artistas filipinos". Reproducción aparece en:

1. *Poesías de Rizal*, editado por Veyra, p. 33.
- Se publicó también esta poesía en las siguientes:
2. RETANA, W. E.: *Vida y escritos del Dr. José Rizal*, pp. 459-460.
 3. VEYRA, JAIME C. DE: *Poesías de Rizal*, p. 33.
 4. BASSIG, ET AL.: *Selected Readings of Rizal's Prose and Poetry*, p. 66.
 5. ZAIDE, GREGORIO F.: *José Rizal, Life, Works and Writings*, p. 41.

A LA VIRGEN MARÍA

Soneto muy poco conocido, que se publicó por primera vez en *La Alborada*, de Manila, el 30 de diciembre de 1901. D. Vicente Elio cree que lo escribió Rizal el año 1880, pero creemos que fué en 1874-1875.

El original se quemó en 1945 durante la liberación en poder de D. Leoncio Lopez-Rizal.

un indígena para quien la *Patria no era España*, sino Filipinas, y que así lo proclamaba, y no sólo esto, sino que estimulaba a la juventud a que se dignificase, tenía algo de insólito; eso no era usual, sino por el contrario excepcional, que un indio alardease de gallardía patriótica (nacionalista en la esencia): de aquí que esa oda deba considerarse como un rasgo revelador de un carácter, revelador de ¡un hombre! que merecía atención."

Reproducciones aparecieron en:

1. *La Independencia*, 25 Septiembre 1898.
2. *La República Filipina*, 30 Dic., 1898.
3. *Homenaje a Rizal*, pp. 393-395.
4. RETANA, W. E.: *Aparato* v. 3, pp. 1577-1578.
5. RETANA, W. E.: *Vida y Escritos*, pp. 32-33.
6. *Nuestro Tiempo*, Diciembre 1904.
7. GUERRERO, LEON MA.: *Young Rizal*, pp. 176-177.
8. VEYRA, JAIME C. DE: *Poesías de Rizal*, pp. 31-32.
9. ROSA, SIXTO Y.: *José Rizal, el héroe nacional filipino*, pp. 59-61.
10. *Bayani*, 6 Junio 1947, v. I, No. 2, p. 3.

ABD-EL-AZIS Y MAHOMA

Según D. Vicente Elio, este romance histórico fué declamado por D. Manuel Fernández y Maniung, con el título de "Mahoma se estremece", en la noche del 8 de diciembre de 1879, en el Ateneo Municipal de Manila, en la función en honor a su Patrona.

Esta pieza literaria apareció en el *Día Filipino* del 30 de diciembre de 1921, p. 67, y también en *Poesías de Rizal*, editado por de Veyra, pp. 29-31.

A FILIPINAS

Este es un soneto escrito en el Album de la Sociedad de Escultores, y fechado en febrero de 1880. Se publicó por primera vez en *La Independencia*, el 29 de diciembre de 1898. El escultor filipino D. Romualdo Teodoro de Jesús tuvo en su poder el original de este soneto, pero los parientes del escultor ya no lo pueden localizar, dado el tiempo transcurrido.

También apareció bajo el título de "Los artistas filipinos". Reproducción aparece en:

1. *Poesías de Rizal*, editado por Veyra, p. 33.
- Se publicó también esta poesía en las siguientes:
1. RETANA, W. E.: *Vida y escritos del Dr. José Rizal*, pp. 459-460.
 2. VEYRA, JAIME C. DE: *Poesías de Rizal*, p. 33.
 3. BASSIG, ET AL.: *Selected Readings of Rizal's Prose and Poetry*, p. 66.
 4. ZAIDE, GREGORIO F.: *José Rizal, Life, Works and Writings*, p. 41.

A LA VIRGEN MARÍA

Soneto muy poco conocido, que se publicó por primera vez en *La Alborada*, de Manila, el 30 de diciembre de 1901. D. Vicente Elio cree que lo escribió Rizal el año 1880, pero creemos que fué en 1874-1875.

El original se quemó en 1945 durante la liberación en poder de D. Leoncio Lopez-Rizal.

JUNTO AL PASIG

En 1880 pidieron a Rizal que concurriese con algún trabajo a las fiestas que anualmente, el 8 de diciembre, se celebraban en el Ateneo Municipal de Manila. En dicho año Rizal era Presidente de la Academia de Literatura Castellana de dicho centro docente. Para aquellas fiestas Rizal escribió este melodrama.

Reproducciones de este trabajo aparecieron en:

1. *La Patria*, de Manila, 30 Dic., 1902.
2. *Nuestro Tiempo*, Dic. 1904.
3. RETANA, W. E.: *Vida y Escritos del Dr. José Rizal*, pp. 37-50.
4. VEYRA, JAIME C. DE: *Poesías de Rizal*, pp. 34-48.
5. GUERRERO, LEON MA.: *Young Rizal*, pp. 181-195.
6. *Día Filipino*, 1915.
7. *Sunday Times Magazine*, Manila, Junio 17, 1951, p. 14.

AL M. R. P. PABLO RAMÓN, S. J.

Oda fechada el 25 de enero de 1881 y dedicada al que era Rector del Ateneo Municipal de Manila, en sus días. Según D. Vicente Elio, las primeras copias corrían de mano en mano entre los alumnos del Ateneo que pertenecían a la Academia de Literatura Castellana.

La liberación de Manila en 1945 fué responsable de la pérdida del original de esta poesía. Una reproducción aparece en *Poesías de Rizal*, editado por Jaime C. de Veyra.

¡ ME PIDEN VERSOS !

Una de las más sentidas poesías de Rizal, escrita en Madrid el año 1882, que se publicó, por primera vez, en *La Solidaridad*, No. 4, Barcelona, 31 de marzo de 1889. También se publicó en *La Independencia*, número extra-ordinario, 25 de Sept. 1898; en *República Filipina* el 30 de diciembre de 1898 y en otros periódicos más de Filipinas; en *Nuestro Tiempo*, de Madrid, enero 1905 y en el *Homenaje a Rizal* y otros más. Rizal la firmó con su seudónimo *Laong-Laan*.

El Sr. Mariano Ponce dijo que tenía una copia de puño y letra del Dr. Rizal, en la que éste introducía algunas correcciones que mejoraban algunos versos, pero no se sabe la suerte que le cupo a esta copia.

La Biblioteca Nacional guarda el manuscrito original de este trabajo.

Esta poesía apareció también en las siguientes publicaciones:

1. RETANA, W. E.: *Vida y Escritos del Dr. José Rizal*, pp. 86-87.
2. VEYRA, J. C. de: *Poesías de Rizal*, pp. 50-51.
3. ROSA, SIXTO Y.: *José Rizal, el héroe nacional filipino*, pp. 62-63.
4. *Philippines Herald*, 30 Dic. 1928 y 19 Junio 1929.
5. LAUBACH, FRANK: *Rizal, Man and Martyr*, pp. 66-68.

A C . . .

Poesía dedicada a la Srta. Consuelo Ortiga y Rey, y escrita en Madrid, según D. Mariano Ponce, el 22 de agosto de 1883. Se publicó por primera vez en *El Renacimiento*, de Manila, el 29 de diciembre de 1904, según el Sr. R. Guerrero.

"Esta poesía fue entregada personalmente por el autor a la Srta. Consuelo Ortiga y Rey el 21 de Agosto de 1883 de modo que no pudo haber sido escrita por Rizal el 22 de Agosto, como dice Ponce. Véase la fecha 23 de agosto de *Memorias Íntimas de Consuelo*."—Leoncio Lopez Rizal.

Fué publicada en *Poesías de Rizal*, editado por de Veyra, p. 52 y también en el *Día Filipino*.

FLORES DE HEIDELBERG

"Id a mi Patria, id., extranjeras flores . . ." Así comienza el primer verso de la primera estrofa de esta hermosísima silva de Rizal, escrita el 22 de Abril de 1886, en Heidelberg, Alemania, cuando se hallaba en aquella vieja ciudad, en las floridas márgenes del Neckar. La firmó con su seudónimo *Laong-Laan*, y se publicó, por primera vez en *La Solidaridad*, de Madrid, el 15 de diciembre de 1889; se reprodujo en *La Independencia* el 25 de septiembre de 1898, en el *Homenaje a Rizal*, en *Nuestro Tiempo* el año 1905 y en otras publicaciones filipinas.

Ésta es una de las más sentidas y conmovedoras poesías de Rizal.

Apareció también en:

1. *República Filipina*, 30 Dic. 1898.
2. RETANA, W. E.: *Vida y Escritos del Dr. José Rizal*, pp. 103-104.
3. VEYRA, J. C. DE: *Poesías de Rizal*, pp. 54-55.
4. OROSA, SIXTO Y.: *José Rizal, el héroe nacional filipino*.

CANTO DE MARÍA CLARA

Esta poesía figura en el capítulo intitulado "La Pesca", del *Noli me Tángere*. Aunque la novela no comenzó a circular sino hacia marzo de 1887, los bibliógrafos la registran en 1886 porque la dedicatoria está fechada en dicho año.

Nótense estas frases de Rizal: "*la propia patria*," "*dulce es la muerte por la propia patria*," escritas diez años antes de su ejecución en Bagumbayan. ¿Presentimiento o convicción de que la alta misión que se había impuesto le llevaría a temprana muerte?

El capítulo XXIII del *Noli me Tángere* de puño y letra del Dr. Rizal lleva el original de esta canción. Una traducción al tagalo encuéntrase en el folleto intitulado *Ang buhay ni Dr. José Rizal* por D. Honorio Lopez.

Reproducciones aparecieron en:

1. *Vida y Escritos del Dr. José Rizal*, por Wenceslao E. Retana, p. 114.
2. *Poesías de Rizal*, editado por J. C. de Veyra, p. 55.
3. *Philippine Literature*, Book I, pp. 440-442.
4. OROSA, SIXTO Y.: *José Rizal, el héroe nacional filipino*.
5. BASSIG, ET AL: *Selected readings from Rizal's Prose and Poetry*, p. 73.
6. LAUBACH, FRANK C.: *Rizal, Man and Martyr*, pp. 50-60.
7. *Philippines Free Press*, 13 Dic. 1952, p. 29.

HIMNO AL TRABAJO

Como lo dice el título, es un himno, cuya música se ignora. No se sabe cuando lo escribió Rizal. Figura en la compilación de poesías editado por D. Jaime de Veyra, y también en *Rizal as Economist and Educator* por Ocampo et al.

No figura en la bibliografía rizalina de Retana, ni en la de Palma.

"Se cree que se escribió para el pueblo de Lipa, Batangas."—L. Lopez Rizal.

A MI . . .

Escrita en Europa. Se publicó en *La Solidaridad* el 15 de diciembre de 1890. D. Jaime C. de Veyra dice:

"Para mi apreciación, su poesía capital es *A mi . . .*: variedad de tonos, arrebató de sentimientos, rebeldía de espíritu, violencia, hasta desesperación, todo está allí: es Rizal, visto con ojos turbulentos."

¿Violencia? Fijese bien el lector en estos versos:

"Hoy necesito una espada,
ríos de oro y acre prosa . . .
Necesito razonar,
meditar y *combatir*,
algunas veces llorar . . ."

Fué reproducida en las siguientes publicaciones:

1. *Día Filipino*, 30 Dic. 1919, p. 8.
2. *Homenaje a Rizal*, pp. 397-400.
3. *La Independencia*, 25 Septiembre 1890.
4. OROSA, SIXTO Y.: *José Rizal, el héroe nacional filipino*, pp. 65-68.
5. VEYRA, JAIME C. DE: *Poesías de Rizal*.
6. *La República Filipina*, 30 de Diciembre de 1898.

EL AGUA Y EL FUEGO

Estos versos aparecen en el capítulo segundo de *El Filibusterismo*, titulado "Bajo Cubierta".

El manuscrito de *El Filibusterismo* está en la Biblioteca Nacional.

Aparece también en *Poesías de Rizal*, editado por Jaime C. de Veyra.

A DON RICARDO CARNICERO

(Poesía dedicada a su guardián en su fiesta onomástica)

Escrita por Rizal en Dapitan, el 26 de agosto de 1892.

Como hoy ya bien se sabe, Rizal no perdió ninguna ocasión en toda su vida para laborar por su pueblo. En una ocasión tan simple como ésta del día natal de su guardián, después de reconocer la labor bienhechora del gobernador Carnicero—construcción de un puente y una carretera, alumbrado público—pide que éste continúe siendo como un padre para el pueblo que se cobija fiel a la bandera de España.

El original en tres páginas existe en la Biblioteca Nacional. Está reproducido en *Poesías de Rizal*, editado por Jaime C. de Veyra, pp. 60-62.

MI RETIRO

Esta poesía escrita por Rizal en Dapitan en 1895 está dedicada a su madre. Es hermosísima y muy sentida. Es indiscutiblemente de las mejores que ha compuesto y de las que más se han vulgarizado. Dice Retana: "Entre los primeros (trabajos literarios) descuella *Mi Retiro*, El Ms. original, en posesión del Dr. Leoncio Lopez Rizal, se quemó en 1945, en la cual describe su casa, su género de vida y alude a sus dolores y anhelos . . . ¡Qué hermosa, qué sentida poesía! ¡Cuanta emoción produce! ¡Qué recuerdos tan delicados . . .!"

"Si Rizal no hubiera escrito más que esta poesía en toda su vida, su recuerdo como poeta sería tan imperecedero como sus demás recuerdos de científico, políglo, pintor, escultor, modelador, naturalista, novelista, polemista, y sobre todo, patriota, mártir, héroe, y libertador de su raza.

"Rizal puso especial esmero en esta poesía que la dedicó a su madre estando ya ésta en Manila de vuelta."—L. Lopez Rizal.

Reproducciones de esta obra Rizalina se hallan en:

1. *República Filipina*, 30 Diciembre 1898.
2. *El Nuevo Día de Cebú*.
3. *Poesías de Rizal*, editado por J. C. de Veyra, pp. 64-67.
4. *Voz de Manila*, 23 Noviembre 1947, p. 12.
5. OROSA, SIXTO Y., *José Rizal, el héroe nacional filipino*, pp. 69-72.
6. *Philippines Herald*, 30 Dic. 1928.
7. HERNANDEZ, J. M., *The Filipino Hero*, p. 132.
8. LAUBACH, FRANK C., *Rizal, Man and Martyr*, pp. 290-294.
9. ZAIDE, G. F.: *José Rizal, Life, Works and Writings*, pp. 184-187.

HIMNO A TALISAY

D. Mariano Ponce, el más caracterizado amigo del Dr. Rizal, dice: "Este "Himno a Talisay" fue escrito por el Dr. Rizal el 13 de octubre de 1895, en Dapitan, durante su destierro. Se publicó en el tomo IV del *Archivo de Bibliófilos* . . . y no era más que la estrofa segunda, después se añadieron tres versos de la quinta estrofa. Todo el himno se compone de seis estrofas de ocho versos, más el *Coro* que antecede, escrito en versos menores."

Este himno está mencionado por D. Wenceslao E. Retana en la *Vida y Escritos del Dr. José Rizal*, p. 336.

Se publicó también en:

1. *Poesías de Rizal*, editado por Jaime C. de Veyra, pág. 63-64.
2. ALFONSO T. ONGPIN, en un follétito.

CANTO DEL VIAJERO

Esta poesía, según D. Mariano Ponce, el más íntimo y caracterizado amigo de Rizal, la compuso éste en Dapitan, y fué publicada por primera vez, por el Sr. Ponce, en el *El Renacimiento*, el 29 de diciembre de 1903.

Se cree que la escribió a raíz de su solicitud, que finalmente fué aprobada, para servir en el cuerpo médico del ejército español en Cuba, que entonces se hallaba en revolución.

Reproducciones aparecieron en las siguientes publicaciones:

1. *Día Filipino*, 19 Junio 1918 (en inglés).
2. *La Vanguardia*, 14 Dic. 1932.
3. *Poesías de Rizal*, editado por de Veyra, pp. 68-69.
4. *José Rizal, el héroe nacional* por Orosa, pp. 72-73.
5. *Rizal, Man and Martyr* por Laubach, pp. 315-316.
6. *Rizal, the Filipino Hero* por Hernández, p. 132.
7. *José Rizal, Life, Works and Writings* por Zaide, pp. 190-191.

A JOSEFINA

Esta brevísima poesía la improvisó Rizal en 1895, después de una visita que le hiciera Josefina Bracken, su "dulce extranjera", su "amiga," su "alegría". Después de meses de convivencia en Dapitan, Josefina vivió por algún tiempo en Manila, pero fué luego a Dapitan para verse con el Dr. Rizal, y, por lo que se colige en esta poesía, tal vez ella habría ido allá para despedirse de su amado.

Se publicó en:

1. LAUBACH, FRANK C.: *Rizal, Man and Martyr*, pp. 309-310.
2. ZAIDE, GREGORIO F.: *José Rizal, Life, Works and Writings*, p. 189.
3. VEYRA, JAIME C. DE: *Poesías de Rizal*, p. 68.

ÚLTIMO ADIÓS

De esta célebre poesía, dice D. Mariano Ponce: "He tenido el privilegio, que diría un anglosajón, de ser el primero en publicar este trabajo postrero del Mártir filipino. En los primeros días de enero de 1897, esto es, algunos días después del sangriento drama de Bagumbayan, el Sr. J. M. Basa (que residía en Hong-Kong) recibió de Manila de la familia una copia que me entregó para que yo la mandase poner en letras de molde, a fin de repartir a los amigos. La copia no llevaba título, ni firma, ni iba acompañada de carta ninguna que advirtiera su procedencia y su paternidad. A la lectura de los primeros versos conocí enseguida que eran de Rizal, y los titulé "Mi Último Pensamiento." Más tarde tuve en mis manos el original autógrafo, que tampoco llevaba título ni firma. Era un pedazo de papel comercial ordinario con líneas azules enjaretadas, que medía nueve y medio centímetros de ancho por 15 centímetros de largo; llevaba escritos en letras diminutas y líneas muy ceñidas, en ambas caras, aquellos hermosos versos. Rizal metió el papelito dentro del depósito de alcohol de la lamparilla de su cafetera, y así se salvó de la vigilancia de sus carceleros. Se conocía la alteración que la acción del alcohol produjera sobre la tinta en algunas partes. Yo publiqué después otra edición copiada letra por letra del original."

Acerca del original, el Sr. Ponce añade: "Rizal antes de morir advirtió (a su familia?) la existencia de este papel dentro de la lamparilla (de alcohol, y vacía), encargando además que recogieran otro papelito que estaría dentro de sus botas, en la planta del pie, cuando fuese cadáver. Confirmado por las hermanas de Rizal este papelito ya no se halló; pues cuando fué exhumado en 1898, ya no existía más que polvo."

La Biblioteca Nacional es poseedora del manuscrito original por compra.

Copias de esta obra Rizalina aparecieron en las siguientes publicaciones:

1. *La Independencia*, 25 Sept. 1898.
2. *República Filipina*, 30 Dic. 1898.
3. *Odds and Ends*, Hongkong, Mayo, 1897.
4. *Revista blanca*, Madrid, 15 Abril, 1899.
5. *Germinal*, Madrid, 9 Julio, 1897.
6. *El País*, Madrid, 30 Dic. 1904.
7. *Nuestro Tiempo*, 10 Mayo 1906.
8. *Las Desdichas de la patria*, por Vital Fete, Madrid, 1899.
9. *Archivo del Bibliófilo Filipino*, V. 4, 1908.
10. OROSA, SIXTO Y.: *José Rizal, el héroe nacional filipino*, pp. 74-76.

FLOR ENTRE FLORES

Esta composición se encontró entre los materiales recuperados de la perdida colección rizalina, según D. Jaime C. de Veyra, quien cree que es sólo un fragmento. No lleva fecha.

La Biblioteca Nacional posee el original de este trabajo poético del insigne Calambeño. Está escrito en lo que se llama papel comercial rayado.

Las Poesías de Rizal, editada por D. Jaime C. de Veyra, contienen una reproducción de esta obra en las páginas 59 a 60.

KUNDIMAN

Esta breve composición poética fué escrita por Rizal en tagalog y la versión castellana es de D. Epifanio de los Santos Cristobal.

No se tiene noticia del año exacto en que se escribió esta poesía.

Según el *Día Filipino* del 30 de Diciembre de 1921, el manuscrito original de esta obra es parte de la colección del Sr. Epifanio de los Santos. Una reproducción de esta poesía aparece en la página 15 del citado número del *Día Filipino*.

CERVANTES EN ARGAMASILLA DE ALBA

En esta hermosa composición poética, Rizal revela su dominio de la métrica española y su elevada y privilegiada inspiración. Describe los sufrimientos de Miguel de Cervantes Saavedra en la cárcel de Argamasilla de Alba, sus anhelos por la libertad por ver el mundo exterior que pasa ante sus ojos al través de las rejas, la intervención y la ayuda de la diosa Silfa, el hermoso apóstrofe que ésta dirige a Don Miguel de Cervantes Saavedra, con citas mitológicas e históricas, y finalmente como Don Miguel recobra las alas de su espíritu abatido y vuelve a ser un gigante el inmortal autor de Don Quijote de la Mancha, el Caballero de la Triste Figura.

Esta composición tiene un total de 295 versos endecasílabos, duodecasílabos, cuatrísílabos, silva y octosílabos.

Argamasilla de Alba es una pequeña población de Alcalá de Henares, distrito de la Ciudad Real, cuyos habitantes que no pasan de tres mil almas se dedican a hacer argamasas. De ahí el nombre de Argamasilla de Alba.

APÉNDICES

ADIÓS A LEONOR

Brevísima composición poética dedicada, indudablemente, a Leonor Rivera, tal vez escrita un poco antes de su marcha a Europa en 1882.

Se publicó en *Poesías de Rizal*, editado por Don Jaime de Veyra.

